LAS FRONTERAS DEL INFIERNO

JORDI SIERRA I FABRA

SIF

©Jordi Sierra i Fabra 2007

©Editorial SiF 2022

Diseño de portada: Xavier Bartumeus

Adaptación a formato electrónico: Daniel Sierra i Cortijos

www.editorialsif.com

contacto@editorialsif.com

Culaquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley.

Las fronteras del infierno

Jordi Sierra i Fabra

1

Sólo cuando el avión tocó tierra, se sintió Tasio liberado de sus fantasmas.

Cerró los ojos y soltó el aire retenido en sus pulmones, pero no dejó de aferrarse a los reposabrazos, anquilosado, como había hecho en muchas fases del vuelo, en especial atravesando los retazos de turbulencias con los que se habían encontrado sobre el Atlántico. Allí no se trataba únicamente de la altura, sino de que abajo la tierra ya no existía. Mar y nada más que mar.

Aterrador.

Los pasajeros del vuelo aplaudieron, no supo si felices por haber llegado o por la liberación de su tensión. Claro que la mayoría se había pasado el vuelo hablando, de pie, yendo de un lado a otro o durmiendo como si tal cosa.

Miró a su madre, tan pálida como él.

–¿Estás bien, mamá?

–Sí, sí.

Su primer vuelo. Todas aquellas horas desde la salida de su casa, al otro lado del mundo. Una breve noche apenas intuida más allá de las ventanillas cerradas, mientras las pantallas de los televisores proyectaban una tras otra tres películas felices. La sobrecargo acababa de decirles por los altavoces, antes de aterrizar, que en España eran las doce y treinta y nueve de la mañana. Siete horas más que en Ecuador. Así que para ellos, todavía eran las cinco y treinta y nueve.

Los primeros pasajeros, los más nerviosos, se pusieron en pie antes de que el avión llegase a la terminal y se detuviera. El hombre sentado junto a su madre, ya que él se había quedado la ventanilla, le dirigió una última sonrisa de ánimo.

–Que tenga un feliz reencuentro.

–Gracias, señor, muy amable. Dios le bendiga.

No es que hubiesen hablado mucho, pero en el intercambio de confidencias ella le había contado lo más básico, que iban a vivir y a trabajar en España, con sus papeles en regla, y que en el aeropuerto estaría su marido esperándola.

Un año sin verse.

Después de cinco años trabajando en España, por fin se reunían todos. Bueno, casi. María Fernanda y María Esperanza seguían allá, en Quito, ya casadas, con sus maridos y sus hijos.

Tasio había llorado al separarse de sus sobrinitos.

–Las cosas irán bien, seguro –el día anterior, el de la despedida, la madre de Tasio se aferraba a sus sueños–. Con suerte venimos a veros en dos años, por la Navidad.

Dos años.

Con suerte.

¿Cuándo habían tenido suerte ellos?

–Vamos ya, hijo. No te dejes nada.

–No, mamá.

Cargaron con sus bultos de mano y enfilaron por el pasillito del avión hasta la salida. Una agradable temperatura, primaveral, les dio la bienvenida y les confortó. El día era hermoso, sin nubes en el cielo. Un día para soñar y mantener vivas todas aquellas esperanzas. Caminaron por el acceso que enlazaba el avión con la terminal y después por ella hasta el control de pasaportes, con sus largas y pacientes colas. Se los examinaron del derecho y del revés. Tuvieron incluso que mostrar al policía sus papeles, legalizados por la embajada. Todo en orden. Por último, y tras unos largos, muy largos veinte minutos de espera, se hicieron con sus maletas. La frontera final fue la de la aduana.

–¿De dónde vienen?

–De Ecuador.

–Abran esa maleta, por favor.

Se lo revolvieron todo, pero ya no hubo más. Lograron restablecer el orden interior y salir por aquella puerta que les comunicaba con el futuro. La gente que se agolpaba al otro lado formó una marea de rostros anónimos que ellos escrutaron a la búsqueda del que ansiaban.

Tasio fue el primero en verle.

–¡Papá!

Y a continuación ella.

–¡Mauricio!

Corrieron los tres, los recién llegados empujando el carrito con las maletas y él abriéndose paso a la carga por entre los espectadores de primera fila. La fusión fue total. Se abrazaron, lloraron, se besaron y tocaron los rostros con las manos, como para estar seguros de que se trataba de ellos, y luego volvieron a abrazarse, a llorar, a besarse.

–Mi Coralita... Tasio... ¡cuánto has crecido, hijo!

Tasio cerró los ojos y se dejó arrastrar por aquella emoción.

Recuperaba a su padre, pero perdía sus raíces, su mundo.

Y todo aquel miedo brotó allí, en aquel instante, ahogándole lo mismo que hacía su padre con aquel largo y denso abrazo cargado de emociones aplazadas.

2

Dentro del coche, con ellos tres, las maletas y el señor Genaro, el conductor, no había ya más espacio. Su padre le pagaba al hombre la gasolina del trayecto y todos contentos. Pero con lo viejo que era el automóvil, daba la impresión de que se quedaría parado en cualquier momento.–Un taxi cuesta de treinta a cuarenta euros mínimo, según el tráfico y la hora –les había dicho.

Tasio hizo el cálculo de lo que representaba eso en Quito y se estremeció.

Eran tantas las diferencias...

Fue un trayecto largo, y con dos embotellamientos de tráfico de por medio. Parecía como si todos los automóviles de España estuviesen allí. Intentaba mirar por la ventanilla, para absorber un poco de lo que le esperaba, pero le resultaba difícil. A cada momento su padre lo atrapaba y le revolvía el pelo, o le abrazaba con entusiasmo. Los edificios eran altos, lujosos, y por todas partes se construían más. Un bosque de grúas llenaba el horizonte en cualquier dirección, bordeando las autopistas igual que islas de cemento. Las cintas de asfalto se cruzaban y entrecruzaban a veces hasta los tres niveles.

–El barrio está lejos, pero hay muy buena combinación de transportes, autobuses, y también el metro a menos de diez minutos.

Por carta y por teléfono ya se lo había contado prácticamente todo, pero su padre se lo repetía ahora de viva voz, para llenar aquel hueco que formaba el viaje desde el aeropuerto a la casa. En el piso tendrían una habitación entera para los tres. Un lujo. Habían levantado un pequeño tabique a un lado para que no tuvieran que dormir juntos, así que, por minúsculo que fuera, Tasio tendría su

espacio, aunque para entrar y salir se viera en la necesidad de cruzar el de ellos. Antes su padre compartía habitación con otros dos hombres, dormían en colchones, en el suelo. Ahora, con la reunificación de la familia, la comunidad ecuatoriana se había preocupado de hacer los cambios. Tasio dormiría en el suelo, sobre un colchón individual, pero sus padres tendrían una cama de verdad. En el edificio los reajustes eran muy frecuentes, adaptándose siempre a las necesidades de la comunidad.

Un pequeño Ecuador al otro lado del Atlántico.

–¿Cómo son las otras familias de la casa? –se interesaba su madre.

–Buena gente –el tono de su padre era condescendiente–. Me instalé hace una semana, así que no les he tratado mucho, pero están muy contentos con vuestra llegada.

El piso tenía cuatro habitaciones, una para cada familia. La cocina disponía de turnos para su uso, y el baño, lo más problemático, se regía por normas estrictas, sobre todo por las mañanas, cuando todos iban a sus trabajos. La sala era de uso común, y la televisión era vista siempre por votación de la mayoría, que escogía el canal. Aquella densidad era lo que más asustaba a Tasio. En su casita de Quito, al pie del Panecillo, siempre habían estado solos, con espacio, a nivel de calle.

Ahora vivirían en un piso alto, con otras tres familias, en una comunidad llena de emigrantes como ellos.

Emigrantes.

Emigrantes latinoamericanos en España.

–Bueno, con vosotros aquí, y trabajando los tres, en un año o dos conseguimos algo mejor, ya veréis. Esto será provisional. Lo importante es estar juntos.

–¿Y seguro que los trabajos están confirmados? –quiso saber su madre.

–Seguro, ¡seguro! –el hombre irradiaba felicidad–. Tasio comienza el lunes de camarero con el señor Quiroga. Es un buen bar, ¡y ganará tanto con las propinas como de sueldo, ya lo verás! Y tú limpiarás unas oficinas muy nuevas, muy bonitas. Estarás muy bien. Mi primo Augusto ha ayudado mucho –su entusiasmo se desbordó–. Los comienzos son duros, yo también los tuve al llegar hace cinco años, ya lo sabéis, pero fíjate: ¡Por fin estamos juntos! ¿Lo veis? ¡En unos años tendremos nuestra propia vivienda!

Los ojos de Tasio se encontraron con los del dueño del coche, el señor Genaro. Un cruce rápido, apenas un destello.

Suficiente.

–¿Cuánto lleva aquí, señor? –le preguntó ella de pronto.

–Diecisiete años, señora.

–¡Y tiene coche! –exclamó el padre de Tasio antes de agregar en plan explicativo–: Aquí lo llaman coche.

Ya se encontraban en la ciudad. Atrás habían quedado las autopistas y los bosques de grúas. Las casas, poco a poco, se hicieron viejas, gastadas. Las calles dejaron de ser avenidas y se convirtieron en angostas líneas proyectadas sobre un suelo al que apenas si llegaba el sol, con coches aparcados a ambos lados, sin árboles. No era una sucursal del infierno, ni mucho menos, porque el conjunto, pese a todo, destilaba energía y vitalidad; pero tampoco se trataba de una puerta del cielo. Más bien mostraba un lado fronterizo, como de purgatorio.

«En un año o dos conseguimos algo mejor.»

Las palabras de su padre resonaban en su cabeza.

Y también las de Alejandra, en la despedida:

–No te vayas, quédate.

–No puedo –le había dicho–. He de hacerlo, por mi mamá, por mi papá. Cuando esté allí ya veré.

Ya estaba viendo.

Y el agujero en su mente se hacía más y más grande.

–Es ahí, en la siguiente esquina –les anunció el cabeza de familia–. Preparaos.

El automóvil dobló la esquina a cámara lenta.

Entonces vieron la calle llena de personas, y la pancarta escrita con toscas letras rojas sobre una tela blanca colgada en la tercera casa de la izquierda.

Su casa.

En la pancarta podía leerse: «¡Bienvenidos!».

–Somos una comunidad, una familia –suspiró de nuevo con orgullo su padre.

3

Octavio, el hijo del primo de su padre, tenía un año más que él, diecisiete. Llevaba seis en España y apenas se acordaba de cuando jugaban juntos en Quito. Era como si en el pasado ya se hubieran formado las primeras lagunas. El tiempo adquiría nuevas formas y dimensiones. Pero recordaba bien que Octavio, por ser mayor, siempre había sido el jefe, y que él le seguía a todas partes como un corderillo, a veces incluso metiéndose en problemas.

Problemas que siempre caían sobre sus espaldas.

–¿Cómo va el *jet lag*?

–Bien –fue sincero.

–Vamos, te mostraré el barrio, para que sepas por dónde moverte.

–¿Ahora?

–El lunes empiezas a trabajar. Tienes dos días. No es mucho para ponerte a punto, ¿no crees? Esto no es Quito.

No, no era Quito.

Ni siquiera había una montaña que utilizar como punto de referencia, como su Panecillo, con su impresionante vista sobre la parte colonial de la capital.

–Está bien.

Su madre estaba en la escalera, hablando con otras mujeres, integrándose. Ellas le preguntaban cosas del país que habían dejado atrás, y ella por su parte les preguntaba cosas del país que tenía por delante. Era una conversación a seis voces en la que se mezclaban opiniones, consejos, recuerdos, risas...

La presencia de los dos jóvenes hizo que dejaran de hablar un momento.

–Me llevo a Tasio a dar una vuelta.

–Qué alegría que estés aquí, Octavio –suspiró la mujer–. Así no se sentirá solo ni desubicado.

–Pues claro.

Bajaron por la escalera. Del rellano les llegaron los últimos comentarios.

–¡Que guapo es su hijo, Coralita!

–¡Arrasará! ¡Las muchachas se lo disputarán en cuanto le vean!

–¡No, no, yo lo quiero para mi Lucecita!

La tormenta de risas los despidió.

Ya en la calle, Octavio le pasó un brazo por encima de los hombros. Tenían la misma estatura.

–Lo primero será ponerte ropa adecuada.

–¿No voy bien?

Octavio echó a andar hacia su izquierda, guiándole con la presión de su brazo. Tasio lo miró de reojo. La camiseta amplia, muy amplia, los pantalones bajos, muy bajos, con las perneras rozando el suelo, las zapatillas deportivas aparentemente nuevas, los gruesos collares colgando de su cuello, los diversos anillos en las manos, la cadena con la llave de su piso, los tatuajes visibles en los brazos, con imágenes de Jesucristo, una corona de espinas, una serpiente enroscada...

Y el pañuelo verde en la cabeza.

–Has venido en una buena época –le dijo Octavio–. La primavera y el verano son estupendos, mucho calor. Luego llega el tiempo triste, el otoño, y para cuando descarga el invierno... –se estremeció.

–Mi padre dice que a veces la temperatura llega a menos de cero grados.

–Y nieva. Esa sí es toda una experiencia.

–No sé si sabré acostumbrarme al frío –reconoció él.

–Al principio es duro. Hay que dormir con mantas, que pesan y te aplastan. Pillas resfriados, a más de uno se le ponen los dedos como salchichas por los sabañones, oscurece muy temprano... Luego te acostumbras –se encogió de hombros–. Uno se acostumbra a todo, y

eso está bien. Si eres listo puedes hacerte el amo, y ganar mucha plata.

–¿Cómo?

–Bueno –alargó la e y se encogió de hombros por segunda vez–. Hay que verlas venir, y adaptarte, y saber escoger el momento... Ya sabes.

No, no sabía. Pero no se lo dijo.

El dinero que su padre había enviado durante aquellos cinco años fue muy importante: para pagar deudas, tener una vida digna, comer, estudiar...

Sobre todo estudiar.

Allí la palabra sonaba extraña.

–Te voy a mostrar nuestro saludo –Octavio se detuvo y le cogió la mano derecha–. Primero cierras el puño y se lo ofreces al que tienes delante. Él hace lo mismo y entrechocáis los nudillos tres veces. A continuación unes tu dedo índice con el suyo, arrastrándolo con fuerza hacia ti, y para terminar pones el brazo así, con el puño a la altura del pecho, y lo cierras haciendo un gesto de fuerza.

–¿Y para qué necesito conocer ese saludo?

Octavio reemprendió la marcha. Su tono era de lo más familiar.

–Esta noche o mañana te presento a los demás: te cuento dónde nos vemos, qué hacemos para pasarla bien, dónde bailamos... Y en cuanto pueda y me den permiso, te llevo con nuestro grupo.

–¿Grupo?

–Nosotros lo llamamos grupo. Los demás, banda. Da lo mismo. Son los hermanos. Habrás de afiliarte –le dijo Octavio con la mayor de las naturalidades.

–Espera, espera –se detuvo en seco en mitad de la calle–. ¿Tú eres de una banda?

–Todos nosotros lo somos, primo.

–No vine a España para eso –lo miró con gravedad.

Octavio alzó las cejas. Primero pareció sorprenderse, después molestarse. Finalmente cinceló en su rostro del color del cobre una sonrisa cómplice.

–Tú no sabes, Tasio.

–Sé lo suficiente. En Quito ya tuve algunos problemas.

–Conozco la historia, tu valor. Pero allá es distinto. Aquí somos extraños, y si no estamos unidos, si no defendemos a nuestras mujeres y hermanas, es como aceptar la sumisión y la derrota.

–¿De qué derrota hablas? No estamos en guerra.

–Nosotros, la Nación Latina, no lo estamos –concedió Octavio hablando despacio–. Pero los otros sí. No somos violentos, somos diferentes a las demás bandas. Pero si no nos defendemos vienen ellos y ¡pum!, ¿entiendes? Por eso la formamos y nos llamamos así. Si no perteneces a algún grupo estás solo, y si estás solo no existes, estás muerto, eres un blanco fácil. Vamos, ven –lo tomó del brazo y lo arrastró unos pocos metros, hasta un escaparate delante del cual se detuvieron–. ¿Qué ves?

–A ti y a mí.

–No somos blancos, somos mestizos, y lo seremos siempre. Podremos trabajar, salir adelante, casarnos y tener hijos acá, pero seguiremos siendo lo que somos, con este aspecto. Fíjate en ti.

Tasio estudió sus facciones, menos indígenas que las de Octavio, con la piel mucho más clara que la suya, pero no del todo blanca. Era la imagen que cada día le transmitía el espejo.

–Eres guapo, primo –le hizo notar Octavio–. Aquí te comerás a muchas hermanitas. Pero no te engañes. Tu aspecto no es europeo. Para ellos –abarcó el mundo en general abriendo los brazos– siempre serás un emigrante, un ser inferior, de tercera clase. No puedes ganarte el respeto tú solo. Necesitas a los hermanos. Necesitas al grupo. Y eso es lo que somos nosotros –su voz se pobló de orgullo al pronunciar las dos palabras finales–: Nación Latina.

Tasio se apartó del escaparate.

Octavio no reaccionó hasta que hubo cubierto media docena de pasos.

–Todo se te hace raro, ¿verdad? –volvió a pasarle el brazo por encima de los hombros–. Bueno, te adaptarás rápido. No hay problema. Tómate tu tiempo aunque...

–¿Qué? –lo apremió al ver que se detenía.

–Si te matan tendrás toda la eternidad ... pero para arrepentirte.

4

Se le apareció en mitad de la escalera, igual que una luminosa revelación en la penumbra difusa que enlazaba rellanos y pisos. Tenía el cabello rizado, muy largo, hasta más allá del final de la espalda, y tan negro como el azabache puro, lo mismo que sus ojos. Lo atravesó con ellos y Tasio experimentó una suave descarga eléctrica. Una mano invisible removiendo sus neuronas sensitivas. Por si fuera poco, los ojos no estaban solos. Iban acompañados por una boca generosa, de labios grandes y carnosos, una nariz de simetrías únicas y dos pómulos tan redondos como la barbilla. Llevaba un top muy ajustado, ombligo al aire, y unos vaqueros no menos apretados en torno a sus formas modélicas y estilizadas, de pernera corta por encima de los tobillos. Nada que ver con las ropas holgadas de la mayoría. Ella era especial, lo sabía y lo lucía.

Una llamarada vida.

–Hola –se le iluminó la mirada–. Tú debes de ser Tasio, el hijo del señor Mauricio.

–Sí.

–Soy Lalena –se acercó a él y lo besó en la mejilla.

Una sola vez, como en Ecuador.

–¿Cómo estás? –se quedó cortado.

–Bueno, ya ves, aquí –la sonrisa permitió que afloraran dos filas de blanquísimos dientes–. Primera vez en España, ¿verdad?

–Sí.

–Te adaptarás rápido. El idioma ayuda, ¿sabes? Una amiga mía se fue a Alemania y la pobre... –agitó la inmensidad de su melena–. ¿Qué tal por Quito?

–¿Eres de allí?

–Ajá.

–Con líos políticos y mucha palabrería, como siempre –fue su parca respuesta.

–Acá todas las noticias que nos llegan son malas –hizo un gesto de resignación–. Las buenas se quedan por el camino, pero las otras... Yo cuando estaba en mi casa allá, pensaba que en España todo eran problemas, terrorismo, bombas, porque era de lo que hablaban los periódicos o la televisión. Ahora no cambiaría esto por nada. Es otro mundo. Aquí serás muy feliz, ya lo verás.

No supo calcularle la edad. Era mayor que él, desde luego, pero los años... diecinueve, veinte, veintiuno...

–Bueno –reanudó Lalena su marcha–. Vivo ahí, en la tercera puerta, con mis padres –señaló el piso inmediatamente superior, que era el que estaba por debajo del suyo–. Supongo que nos veremos, y si puedo ayudarte en algo, no dudes en decírmelo, ¿de acuerdo?

–Gracias.

Ella volvió a acercarse a él para besarlo en la mejilla.

Cuando aspiró su aroma, sin pretenderlo, evocó a Alejandra.

–¡Chao! –la chica echó a andar escaleras abajo.

–Chao, nos vemos.

Acabó de subir el tramo hasta su planta y allí se encontró a su padre, acodado en la barandilla, esperándolo.

–¿Qué haces aquí? –se extrañó.

–Te oí hablar con la de abajo.

No dijo «Lalena», ni «la vecina», ni la «muchacha del piso inferior». Dijo «la de abajo».

–Acabo de conocerla, sí.

–Eres mayor, pero acabas de llegar y supongo que debo contarte algunas cosas –comentó el hombre mientras extraía las llaves de uno de los bolsillos de su pantalón–. Una de ellas es que te cuides de esa muchacha.

–¿Por qué?

–No es de fiar.

–Sólo me ha saludado.

–Sé lo que me digo, Tasio –insistió su padre–. Es muy guapa. demasiado. Y ya es mayor –chasqueó la lengua como si aquella ecuación fuese explosiva–. Perdió a su mamá, su papá no puede controlarla y está muy salida, de aquí para allá. El día menos pensado esto acabará mal, así que mejor estar al margen, no meterse.

–No pensaba meterme.

–Sé de lo que hablo, hijo –le dio un suave cachete en la mejilla–. Esa chica no es como para estar cerca de ella. Tú dedícate a lo tuyo, a trabajar y a aprovechar la oportunidad que tienes. Que seas digno de lo que este país va a brindarte.

Entraron en el piso. En la sala, reunidos en torno al pequeño televisor a color, contó nueve personas de todas las edades: desde una anciana agrietada y sin dientes en las encías, hasta un niño de apenas tres años. Otra mujer sostenía a un bebé al que amamantaba con los ojos prendidos en las imágenes televisivas y uno de los hombres dormitaba con la espalda apoyada en la pared, porque no había más sillas, ninguna igual a otra, sustraídas de los contenedores de las calles. como la mayoría de sus muebles.

¿Ellos también esperaban ser dignos de la oportunidad que su nuevo país les daba?

–Está bien, papá –suspiró sin ganas de discutir.

Fue a su habitación, abrió la puerta, cruzó por el espacio destinado a sus padres y accedió a su pequeño cubículo. El colchón estaba en el suelo y sus cosas en el otro lado; no había ventana y la pared recién construida todavía olía a cemento fresco, con los ladrillos vistos porque nadie iba a revestirlos de yeso o pintarlos.

Se sintió igual que un león enjaulado.

Y no supo si volver a salir o tumbarse en el colchón, cerrar los ojos, pensar en Alejandra y castigarse un poco.

Finalmente optó por lo último, porque no se veía con fuerzas de volver a cruzar aquel lugar lleno de gente y porque, de todas formas, en la calle no tenía a dónde ir.

5

En el primer turno de la tarde le tocaba estar detrás de la barra. Prefería las mesas por el ir y venir, y porque así atendía la parte de afuera y veía la calle, la gente que se movía de un lado a otro, el tráfico, la vida. La barra era mucho más esclava, con un espacio angosto para desplazarse, rodeado de botellas, la cafetera, el pequeño grill, el microondas y los olores que emanaban tanto de las tapas como de los distintos alcoholes liberados con cada consumición servida. El primer día se había mareado.

Ahora ya estaba acostumbrado.

–Te dejo picotear lo que quieras –lo saludó nada más llegar el señor Quiroga, aunque prefería que lo llamaran por su nombre de pila, Fausto–. Hoy tienes carta blanca. Te pones las botas y ya verás como para mañana te quedaste sin hambre y sin ganas de probar nada.

Lo había hecho. Aceitunas, berberechos, pimientos, anchoas, boquerones, montaditos, ensaladilla, tortilla de patatas... Y varias cervezas. Todo gratis. Un paraíso.

Por la noche vomitó y, tal y como le dijo el señor Quiroga, don Fausto, al día siguiente ya no le apetecía nada de lo que veía o servía.

En los dos últimos días ni siquiera había roto nada, ningún vaso.

Y ya se daba muy buena maña sirviéndolo todo a la máxima velocidad.

Don Fausto era un buen hombre.

–Los he tenido mejores, pero también peores. Lo importante es la constancia –adornaba muchas de sus palabras con ese tipo de frases, un poco pretenciosas, pero que en sus labios sonaban a lección y sabiduría.

Era de Guayaquil, y se le notaba. Lo hacía valer con orgullo:

–Nosotros tenemos el mar en las manos, y ustedes el cielo y las estrellas, porque están demasiado altos y el oxigeno no les llega a la cabeza.

Allí también existía la rivalidad entre Guayaquil y Quito.

Por eso el señor Fausto era del Barcelona de España, como allá era del Barcelona de Guayaquil, y las paredes de su bar estaban llenas de fotografías de los dos equipos.

Entraron tres chicas jovencitas, entre los catorce y los quince años, y fueron directas a la barra. La clientela era variopinta, pero predominaban los ecuatorianos, y también los colombianos y peruanos. El hecho de que el bar estuviese ubicado en la plaza, territorio abierto, y fuera el único con mesas en el exterior, ayudaba a la convivencia. Fausto Quiroga sí era un veterano. Llevaba casi veinte años en España.

El segundo día le dijo que su país le había dado la espalda.

Y eso fue todo.

–Hola.

–Tú eres nuevo, ¿verdad?

–¿Cómo te llamas?

Iban pintadas y lucían sus encantos adolescentes. No era la primera vez que aparecían chicas por el bar y tonteaban con él. El señor Quiroga ya había comentado que a lo mejor resultaba un buen reclamo. Las tres que ahora se acodaban en la barra llevaban las uñas pintadas con esmero y de forma multicolor, una de ellas con los colores de la bandera ecuatoriana y otra con estrellitas. Sus labios estaban húmedos y sus ojos brillantes.

–Me llamo Tasio.

–¡Qué bonito! –dijo la primera–. Yo soy Leti.

–Yo Norma.

–Y yo Desy.

No supo si darles la mano. Se encontró con la mirada chispeante del señor Quiroga y optó por centrarse en su trabajo.

–¿Qué vais a tomar?

–Cerveza –dijo la que parecía mayor.

–Eh, eh, niñas –la figura del dueño del bar surgió igual que un

muro a su lado–. ¿Queréis que me cierren el local o me pongan una multa?

–¡Pero si nos la sirven en todas partes!

–No aquí –fue terminante. Y dirigiéndose a su nuevo empleado le advirtió–. Ni se te ocurra, ¿eh?

Ellas se marcharon, riendo.

Sin tomar nada.

–En Quito debías de ser un donjuán –movió la cabeza de lado a lado el dueño del bar.

–Tengo novia –dijo él.

–Tenías.

Lo dejó sin esperar su respuesta.

Y Tasio apartó a Alejandra de sus pensamientos para no confundirse más de lo que ya estaba.

Sirvió un café, unas tapas, una cerveza, una copa de coñac...

Hasta que entró él.

Era imposible no reparar en su figura, tanto por lo cuadrado de la misma –cabeza redonda, sin apenas cuello, hombros rectos, musculatura forjada en horas de gimnasia o pesas, cuerpo abultado sin un átomo de grasa–, como por su vestimenta o el aplomo de sus gestos, que no le hacían pasar desapercibido.

Lucía una camiseta holgada, negra, sin mangas, con un texto en rojo en el que podía leerse «Latin power» –poder latino–, en medio de una explosión típica de viñeta de cómic. Por encima de la camiseta flotaban tres o cuadro cadenas muy gruesas, doradas y plateadas, una de ellas rematada en un colgante con una M gigante salpicada de piedrecitas que parecían imitar brillantes. Los anillos de las manos eran aparatosos. Los dos brazos, venas marcadas al límite, como si la carne fuera a explotar, emergían como mazas y llevaban tatuajes de arriba abajo. Una corona de espinas, las siglas NL con otra corona encima, esta real, una serpiente enroscada, la inscripción «Brothers & Sisters»...

Y llevaba un pañuelo verde en la cabeza. Como Octavio.

No quiso ser indiscreto.

–¿Qué va a ser?

–Una cerveza.

Se la sirvió en silencio.

Sin dejar de notar sus ojos directos, fríos.

Tasio se sintió incómodo, extraño. Le dio la espalda y lavó unos pocos vasos y tazas. Se aisló. Tampoco fueron más allá de unos segundos. Un minuto a lo sumo. Cuando volvió a situarse de cara a la barra se quedó aún más sorprendido de no verle.

Junto al vaso vacío había una moneda de dos euros y otra de un euro.

–Pero...

El señor Quiroga no estaba allí para preguntarle.

6

Tasio intentó concentrarse.

La hoja de papel, el cartón que le servía de soporte, el bolígrafo. Todo a punto.Sólo necesitaba encontrar las palabras.

Con mano inquieta, el cuerpo doblado sobre el objetivo de su atención y el corazón latiéndole muy fuerte en el pecho, igual que si la tuviera delante en ese momento, empezó a trenzar las primeras palabras de la carta:

Querida Alejandra...

Se lo pensó un instante.

Levantó la cabeza y miró a las personas que caminaban delante de él, ajenas a su realidad, cada una envuelta en sus propios pensamientos. Rostros anónimos que iban y venían por la acera sin hacer mucho caso de los que ocupaban los bancos, en su mayoría ancianos y ancianas apretados en las zonas con sombra.

A él no le importaba estar al sol.

Reanudó la carta una vez resuelta su duda:

Querida Alejandra, amor mío.

Y volvió a detenerse.

Las dos últimas palabras eran un grito. Más que un grito un aullido, feroz. Surgía de lo más profundo de su ser, trepaba por su garganta y saltaba al vacío con un eco ensordecedor que se propagaba en torno suyo. «Amor mío», «amor mío», «amor mío».

Con Alejandra todo había sido tan distinto en aquellos meses pasados...

No llevaba encima ninguna foto de ella, para no arrugarla. De noche, tumbado en el colchón, sí las miraba y cerraba los ojos

imaginando, soñando y dejándose llevar. Pero se hacía daño. El dolor comenzaba en alguna parte de su estómago y se propagaba por su cuerpo hasta dominar sus terminaciones nerviosas. Un dolor extraño, inquietante. Un dolor invisible porque era el dolor del alma.

Y no había aspirinas para él.

He tardado en escribirte porque quería contarte algo más que el viaje. Deseaba explicarte cómo es mi vida en España, cómo la paso, dónde vivo, que tal me va en el trabajo y muchas más cosas. Han pasado ya diez días desde mi llegada pero a veces aún abro los ojos por la mañana y creo que estoy en Quito, y que en una hora te veré y estaremos juntos. Si todos mis sueños en la vida pasan por lo que siento ahora, casi preferiría no tenerlos, porque te echo de menos y te necesitaría aquí, a mi lado.

Alejandra tenía un año más que él. A su edad su hermana María Fernanda ya se había casado. Ahora, con veintiún años y dos hijos, era una mujer adulta que incluso parecía mayor que su propia madre. María Esperanza lo hizo un poco mayor, a los diecinueve, embarazada, y también era ya madre de dos pequeños, niño y niña, como María Fernanda.

¿Cuánto esperaría Alejandra?

Trabajo en un bar. Se llama Bar Fausto porque su dueño es Fausto Quiroga, un buen hombre. Es de Guayaquil, costeño. El trabajo es duro porque son muchas horas de pie, aguantar a los clientes, sobre todo de noche cuando algunos beben de más, pero me gusta. En España nadie quiere ser camarero, por los horarios y porque el sueldo es bajo, así que todos son extranjeros. Los hay incluso de Rumanía o Bulgaria, y africanos, de Marruecos y otras partes, que casi no hablan el español. Por eso nosotros, los latinoamericanos, tenemos ventaja. De todas formas, y aunque me guste, no espero quedarme ahí. Estoy buscando algo más, que me permita ir a alguna escuela nocturna, porque sin educación no eres nada, en ninguna parte. Y no quiero resignarme como los demás. El bar...

¿Qué hacía, le hablaba sólo del trabajo? ¿Y qué podía contarle de lo otro, que vivía en una habitación postiza robada a la de sus padres, con un tabique de ladrillos de por medio y una puerta rescatada de un contenedor de basura? ¿Le decía que su horizonte se limitaba a aquel metro y medio de ancho por tres de largo en el que se hacinaba sin una mísera ventana por la que ver la vida?

El color de sus sueños en Quito era luminoso.

Pensó en romper la carta, pero no lo hizo.

Tenía que ser honesto.

Alejandra merecía eso y más.

No sé de qué forma explicarte lo que siento, porque me faltan palabras. Si pudiera seguir estudiando sabes que te escribiría todos los versos que mereces, y los poemas más bonitos. Te llevo en mi corazón. Tengo tu olor en mi nariz y tu tacto en las manos. Estoy lleno de caricias, las que me diste y las que guardo. Cuando miro un mapa y veo la distancia que nos separa me abrumo. Pero a fin de cuentas en avión apenas si son unas horas. Cariño, cuéntame qué haces, cómo es ahora tu vida, tus paseos, si todavía lloras...

Había llorado tanto en la despedida.

Abrazada a él, reteniéndolo, tan rota como una vara desgajada del árbol.

–Alejandra –musitó su nombre a media voz.

Su piel era blanca, muy blanca, y su cabello trigueño. En la escuela, al comienzo, la llamaban «la Descolorida». Luego un médico le dijo que era cosa de la pigmentación. Solo eso. Una peculiaridad y nada más. En aquellos días no eran más que amigos. Menos de un año antes, sin embargo, se había producido el milagro. Una mirada, el revolcón del espíritu, la sorpresa, el primer beso y todo lo demás.

Los extraños caminos del amor.

Tasio se quedó mirando las últimas palabras escritas:

... si todavía lloras...

Una pareja pasó por delante de él, acaramelada, abrazada de forma tan compacta que parecían venir de un concierto en el que la asistencia de público hubiera doblado el aforo, comprimiendo a los espectadores. Ella le miraba a él con arrobo. Él la miraba a ella como si deseara absorberla. Un mundo único. Suyo.

... si todavía lloras...

No supo cómo seguir la frase, ni de qué manera terminar la carta. Además de las palabras, le faltaba la energía.

Quien lloraba era él.

... si todavía lloras no lo hagas, porque sólo desde tu coraje yo tendré el valor de resistir y ser fuerte, mi vida.

7

La hora en que cerraba el bar, por la noche, representaba el final de casi todo, aunque lo peor era tener que parar en seco, echar la puerta metálica abajo y relajarse. No siempre le era fácil, por la adrenalina y por el cansancio acumulados, a partes iguales. Y aun así prefería el horario de tarde noche que el de las mañanas.

Claro que a fin de cuentas trabajaba doce horas igual, no ocho, como la mayoría de las personas.

–Buenas noches, Tasio –le deseó Fausto Quiroga.

–Buenas noches.

Caminaron en direcciones opuestas. El señor Quiroga y su sobrino hacia la derecha, él hacia la izquierda. La carta de Alejandra le quemaba en el bolsillo. De camino a casa pasaba por un buzón. Quería echarla y no pensar en nada más. Luego, un día, la llamaría por teléfono desde algún locutorio… cuando tuviera un poco de dinero, aunque le decían que no era muy caro. Y diez minutos daban para un poco.

–Tasio.

Se detuvo asustado y levantó la cabeza.

Octavio.

–Ah, hola. ¿Qué haces aquí?

–Te esperaba. ¿Damos una vuelta?

–¿A esta hora? –se extrañó–. ¿Es que tú no duermes nunca?

–La noche es para soltarse el ánimo.

–Yo estoy agotado –fue sincero.

–Pareces una vieja de ochenta años. ¿Seguro que vas a cumplir diecisiete?

Enfiló el camino de su casa con Octavio a su lado. El hijo del primo de su padre no perdió el tiempo.

–Quería hablar contigo –le dijo.

–¿De qué?

–De tu fidelidad.

–¿Mi fidelidad? –frunció el ceño.

–Vamos, primo –Octavio alzó los dos brazos–. No puedes andar solo por ahí. Si no perteneces a algo, no eres nada. Yo soy de la Nación Latina. Y mírame –se le puso delante unos pasos–. Me siento bien, seguro, feliz. Los hermanos me cuidan y yo cuido de mis hermanos. ¿Qué te parece esto? –se subió la camiseta y le mostró sus tatuajes.

Tenía el cuerpo lleno de ellos.

–¿Qué significan?

–El payaso es porque todos reímos por fuera y lloramos por dentro. Así es como nos sentimos en el grupo. Las dos mujeres son mis novias, y tengo sitio para más –sonrió–. El cisne es por el día de mañana. Las lágrimas son por los muertos queridos, una por cada uno. El número es el de mi destino. Sé que moriré un día 27. La corona de espinas es uno de nuestros símbolos...

–No quiero pertenecer a ninguna banda, te lo dije –su cara reflejó el cansancio que el tema le producía.

–¡No somos una banda! ¡Somos un grupo, yo también te lo dije el primer día! ¡Eso nos diferencia de los demás! ¡Fíjate en nuestro distintivo! –se llevó una mano a la cabeza y señaló el pañuelo con el que se cubría–. ¡Es verde, el color de la esperanza, de la naturaleza y de la tierra! ¡No somos violentos, aunque tenemos nuestras reglas y si nos agreden... reaccionamos! Nosotros no hacemos que las candidatas al grupo se acuesten con varios de los nuestros como hacen otras bandas, ni golpeamos a los candidatos con saña para probar su fuerza. Nuestras pruebas son de valor. Nuestra biblia está basada en el respeto. Es toda una «constitución». ¡De verdad somos diferentes! –la arenga llegó a un punto culminante–. ¡Por Dios, primo! ¿Sabes el honor que se te hace? ¡Acabas de llegar y ya te lo proponen! ¿Y por qué? ¡Por mí! ¡Por mí y porque les hablé de ti, de tu cerebro, de tu capacidad, de cómo eras allá y de lo que te respetaban!

–No quiero que me respeten porque me tengan miedo.

–¿Quién va a tenerte miedo? –casi gritó Octavio.

–Ya basta, por favor –se detuvo en seco–. Sé de qué va eso.

–No, no lo sabes. Acá es distinto de allá.

–¿Estás seguro?

–¡Claro que lo estoy! –se enfadó el muchacho–. Mírate, primo. Caminas solo, de noche, y atraviesas terreno peligroso antes de llegar al barrio, a casa. ¿Crees que estás a salvo? ¿Crees que las calles y las casas no tienen cien ojos? ¡Ya te han visto! ¡Nadie pasa desapercibido! Pero te diré algo: si llevas este pañuelo verde en la cabeza... ¡Oh, amigo!, entonces estás a salvo. Todo está bien. Saben que eres un miembro de la Nación Latina.

–¿Quiénes son los otros?

–¿Qué otros?

–Vamos, Octavio –reemprendió la marcha–. Es tarde, estoy agotado y quiero meterme en la cama. Si existe la Nación Latina es porque al otro lado hay otra cosa. Y si no, ¿de qué iba a tener miedo yo? ¿Para qué necesitaría un pañuelo verde en la cabeza?

–Ellos no son nada –el chico escupió al suelo.

–¿Cómo se llaman?

La respuesta tardó un largo segundo en llegar. Como si Octavio no quisiera envenenarse con las palabras.

–Indígenas de Ecuador –rezongó–. Lo abrevian y se queda en Genos –luego lo repitió con asco–: ¡Genos! ¿Qué clase de nombre estúpido es ese?

–¿Cómo se les reconoce? ¿Cuáles son sus colores?

–Llevan un pañuelo rojo.

–¿Y su ideología?

–Renegados –Octavio distendió los labios en una mueca de desagrado–. Nosotros somos integradores. En la Nación Latina hay ecuatorianos, colombianos, peruanos, venezolanos... Todos juntos, ¡unidos! ¡Somos herederos de la Revolución Bolivariana! Los Genos en cambio son racistas. Son ecuatorianos pero no los siento como mis hermanos. Son excluyentes. Si no tienes rasgos indígenas no te quieren. Ellos no se mezclan con nada. Y aunque seas indígena, si te adaptas a lo nuevo, si te haces español, o te ven con una española o un español, van a por ti. Sus códigos son militares. ¿Entiendes por qué estás en peligro?

–No.

–¡Oh, primo, primo...! –Octavio se puso a dar vueltas sobre sí mismo, desesperado–. ¡Por lo menos afíliate, siéntete parte de ello aunque vayas por libre! ¡Nadie te dirá nada, aunque si te necesitan... habrás de acudir, claro! ¡Tú pasas la prueba de admisión, pagas tu cuota mensual, siete euros, y ya está! ¿No ves que si no lo haces quien queda mal soy yo? ¡Me perjudicas!

–¿Por qué habría de perjudicarte?

–Llevas mi sangre, ¡y soy mayor que tú! ¡Hay una jerarquía! Me preguntarán por qué mi primo rechaza a la Nación Latina. ¿Y qué les digo? ¡Ellos verán que no tengo ninguna fuerza!

Tasio se detuvo frente al buzón de correos. No quería que Octavio viera la carta, pero o se la llevaba consigo a casa y perdía un día más o...

Fue lo más rápido que pudo.

La sacó del bolsillo trasero de sus pantalones y la introdujo en la ranura.

–¿Una carta? –alzó las cejas su compañero–. ¿A quién escribes?

–A los amigos.

–¿Tienes una novia en casa?

–No –mintió. Le costaba hacerlo. Demasiado tímido. Demasiado inseguro a veces y apocado otras. Su primo se lo notó.

–Sí tienes una novia –expandió una sonrisa cómplice en su rostro.

Tasio reanudó la marcha.

–No te entiendo –suspiró Octavio poniéndose de nuevo a su lado–. Dices que no quieres pertenecer a nada, pero todo el mundo pertenece a algo. Es imposible. no se puede vivir solo. ¿Qué quieres hacer en España?

–Ahora, trabajar. Después buscarme algo mejor y en septiembre, al terminar el verano, intentar estudiar por las noches.

–¿Estudiar? –su asombro no tuvo límites–. ¿Aquí? ¿Para qué?

–Si tienes una oportunidad, has de aprovecharla –sabía que no lo convencería, pero continuó hablando–. Allá las cosas no están bien, pero no he venido a España para ser uno más.

–¿Y qué harás, aprovecharte de tu físico? Alguna española te

pagará bien. O algún español. Pero eso es todo.

–Quiero ser libre e independiente –pasó por alto las últimas palabras de Octavio–. Tengo sueños, ¿OK? Un hombre sin sueños no es nada.

–Yo te diré lo que no es nada: un hombre muerto.

–Nadie va a hacerme daño –dijo con serenidad–. Pero sí podría correr ese riesgo si me meto en problemas –añadió mirando significativamente el pañuelo verde anudado en la nuca de su compañero.

–¡Primo...!

Le dejó atrás, porque Octavio ya no le siguió.

Así que hizo el resto del camino solo, rabioso y enfadado, consigo mismo y con el mundo en general, mientras repetía una y otra vez en voz baja y con los puños cerrados:

–Dejadme en paz... Dejadme en paz... Dejadme en paz...

8

Se encontró a Lalena bajando la escalera por la mañana, cuando se dirigía al trabajo. A la muchacha se le iluminó la cara al verle y le revolvió el pelo en un gesto desenfadado.

–¡Eh!, ¿cómo te va?

–Bien, trabajando.

–¡No se te ve!

–Yo a ti tampoco –se defendió él.

–Huy, yo soy una chica muy ocupada –enfatizó el «muy» con aire provocador–. Pero tú, recién llegado... Me dijeron que eras mesero en el Bar Fausto.

–Sí.

–Buen hombre el señor Quiroga –asintió ella–. No eres el primero al que da una oportunidad, aunque no te veo yo a ti mucho sirviendo mesas.

–Es lo que hay y no me quejo. El sueldo está bien, y las propinas ayudan.

Llegaron a la calle. Tasio pensó que se separarían pero no fue así. Lalena señaló su rumbo.

–Yo también voy hacia allá.

Dieron los primeros pasos, y se volvieron los primeros rostros para contemplarla, en todo su esplendor. Llevaba otro top, tan ceñido como cualquiera de los suyos y de un naranja visible desde la Luna. Pero en vez de pantalones lucía una falda muy corta, hasta la mitad de los muslos, que permitía admirar también sus largas piernas. Las zapatillas sí eran las mismas, cómodas, de un blanco impoluto. Sin embargo era la sonrisa que expandía su cara lo que mayor luminosidad proporcionaba al conjunto, por encima de sus senos

jóvenes y firmes o sus perfectos muslos tallados por un imaginario Miguel Ángel.

Tasio supo lo que era ser mirado por la calle.

Y envidiado.

La incomodidad fue breve.

–A los españoles se les cae la baba con muchas de nosotras –susurró Lalena acercándose a él–. Sus mujeres son menos explosivas, muestran menos y les falta ritmo.

–¿En serio?

–Claro, mi amor –lo proclamó como si fuera una verdad incuestionable–. Creo que es cosa del frío y de que son más serios, todo el día trabajando, con tantos problemas en la cabeza... Mucho hablar de los latinos pero... En el Mediterráneo es distinto. Los que viven cerca del mar tienen otro talante.

–¿Has visto el mar?

–Sí, Barcelona, Málaga...

–¿Cuánto llevas aquí?

–Tres años.

–¿Te gusta?

–Mucho –lo afirmó con vehemencia–. Yo no me vuelvo para allá.

Quería preguntarle qué hacía, en qué trabajaba y dónde, pero se contuvo. Preguntar cosas a las chicas equivalía a dos posibilidades: que mintieran o que callaran. No quería ni lo uno ni lo otro. Sus pasos eran rápidos pero cuanto más se alejaban de su calle y del centro del barrio, los hombres la miraban más. Incluso los que conducían. Uno estuvo a punto de saltarse un semáforo en rojo a causa de su obnubilación.

Lalena seguía sonriendo.

Como si el mundo fuese suyo.

A Tasio le gustó su orgullo.

–¿Y la integración? –quiso saber ella.

–Me voy adaptando.

–Todo es distinto, ¿verdad?

–Mucho.

–Lo único que debes hacer estas primeras semanas es cuidarte, no dar pasos en falso, tomar las decisiones adecuadas en los momentos oportunos, y sobre todo ser inteligente –la chica lo miró sin dejar de caminar y agregó–: ¿Tú eres inteligente, Tasio?

–No lo sé, creo que sí, ¿por qué?

–Por tu primo Octavio.

–Bueno, no es mi primo… Su padre y el mío sí.

–Si los padres son primos, vosotros sois primos –lo zanjó ella–. ¿Te ha hablado de su banda?

El chico no resistió el fuego de sus ojos.

–¿Te ha hablado? –repitió la pregunta Lalena.

–Sí, lo ha hecho.

–¿Y te metiste? –el tono fue de alarma.

–No.

–¿En serio? –lo sujetó por un brazo.

–¿Por qué iba a mentirte?

Se detuvieron en un semáforo y Lalena se le colocó delante. Bañada por el sol era más que una belleza. Tenía todos los dones de la feminidad. Ni siquiera sudaba por el calor que ya les golpeaba duro.

Tasio parpadeó.

–No te metas en bandas –se lo dijo seria, casi con dolor–. Si entras ya no sales, y acabas siendo un mierda, un esclavo. Te comen el cerebro, te hablan de hermanos y hermanas, de respeto, dignidad, orgullo, pero todo es falso.

–Lo sé.

–¿Cómo lo sabes?

–Ya escapé de eso en Quito, pero a mi mejor amigo le costó la vida.

Se quedaron en silencio, sosteniendo sus respectivas miradas, apasionada la de ella, cauta la de él. La belleza de Lalena le hizo daño, no por deseo o amor, sino porque le llevó hasta Alejandra, a miles de kilómetros de distancia.

Tampoco era tan ingenuo como para pensar que Lalena coqueteaba o se interesaba por él. Lalena era como la sangre:

necesitaba fluir. Y también era como Ecuador. Vida y ritmo.

Había música hasta en el parpadeo de sus ojos.

–Yo voy hacia allá –le puso su mano cálida en la mejilla–. Nos vemos.

Tasio la vio partir, sembrando el pasmo allá por donde pasaba.

9

Su mundo se circunscribía a la habitación familiar. Y aun así, las paredes eran casi transparentes. Se escuchaban las toses, los llantos o las risas. Y de noche, también los amores, los suspiros del goce, por más que quienes los emitían quisieran ahogarlos en un silencio imposible. Sus propios padres, disfrutando del reencuentro tras la separación forzosa, contribuían a ello con la necesidad de recuperar el tiempo perdido.

Aquella noche era un poco más tarde que las otras.

Intentó abrir la puerta de la habitación y cruzarla hasta su espacio sin hacer ruido. Pero tampoco es que le sorprendiera mucho que ellos estuvieran despiertos.

Fue su padre quien pulsó el interruptor de la luz.

–Lo siento –se excusó él–. No quería despertaros.

–Estábamos despiertos, hijo –su madre se incorporó un poco, hasta apoyar la espalda en la pared.

No pudo proseguir su avance.

–Tasio, espera. Apenas hablamos –le detuvo el hombre.

–¿Sucede algo? –se inquietó.

–No, no pasa nada –lo tranquilizó–. Pero llevas aquí unos días y... bueno, queríamos saber cómo te va.

–Bien –no supo de qué forma argumentar su respuesta–. Me estoy adaptando.

–¿El trabajo...?

–Ya no rompo ningún vaso –bromeó–. Y sé calcular la medida de los *whiskys*, los coñacs y otras cosas.

–Bien, bien –suspiró su padre.

–¿Y a ti cómo te va, mamá?

–Es duro, pero estoy en ello –admitió la mujer.

Tasio acababa de atravesar sus defensas. Limpiaba suelos, fregaba las oficinas de los ejecutivos. Había cruzado el Atlántico para ser una fregona, quizás el último escalafón de los trabajos disponibles en España, Europa, la tierra prometida. Ya no era la mujer hermosa de las fotografías familiares. Ni siquiera parecía tener cuarenta y dos años, sino sesenta. Se había casado con su padre con diecinueve años, diez menos que él, separado de su primera esposa, con la que tuvo un hijo olvidado.

Ni siquiera lo había visto nunca.

Un hermanastro perdido.

–Los periódicos hablan mucho de delincuencia –mencionó el hombre.

–¿Qué quieres decir?

–A los colombianos se les asocia con drogas, mal que les pese a todos, y a nosotros con bandas juveniles, aunque nos duela.

–No estoy en ninguna banda, papá.

–No te metas en líos, por favor –la voz de su madre se revistió de súplicas.

–¿A qué viene eso? –preguntó él con desconcierto.

–La gente habla.

–¿De qué?

–Eres la novedad –la mujer hizo un gesto inseguro–. Las vecinas cuentan cosas, dicen que eres muy guapo, todas te buscan ya novias o piensan en sus hijas. Pero luego hablan del barrio, de las bandas, dicen que eres joven y acabarás como todos.

–¿Y les crees?

–A mí me da miedo. No sé.

–Di, mamá, ¿les crees?

–A veces pienso en Darío.

–¿Y yo no? Era mi mejor amigo.

–No pudiste hacer nada, no te lo reproches –manifestó su padre.

No quería hablar de ello. Ni recordar el pasado o pensar en Quito,

porque eso equivalía a llenarse de Alejandra. Además, por suerte, sus padres no sabían nada, salvo que Darío estaba muerto.

–¿Vamos a seguir hablando toda la noche? –no les ocultó ni su cansancio ni su fastidio.

–No, claro que no –se resignó su madre.

Tasio alcanzó la vieja puerta adosada a la pared hecha con ladrillos. El cemento rezumaba por todos los bordes. Quien la hubiese hecho había puesto más voluntad que conocimientos. La abrió y desde el quicio volvió la cabeza.

–No quería que vinieras para acabar mal, hijo –señaló el cabeza de familia–. Lo hice para darte aquí la oportunidad que no tenías allá.

–Lo sé, papá, lo sé –admitió.

Cerró la puerta y, una vez en el otro lado, se despidió de ellos.

–Buenas noches.

Como si estuvieran allí mismo, sin pared de ladrillos, les oyó responder a los dos al unísono:

–Buenas noches, Tasio.

10

Por las mañanas el tiempo se expandía más. La hora de los desayunos era la peor, con todo el mundo amontonado en la barra pidiendo cosas a la vez, masticando deprisa, un ojo en el reloj y el otro en los periódicos deportivos que hablaban de la competición nacional y la pugna por el liderato a falta de muy pocas jornadas. Pero después era distinto, quedaban los parroquianos faltos de prisa con los que a veces intercambiaba palabras o entablaba conversaciones de cualquier tipo, los que se sentaban en las mesas y alargaban su refresco, su cerveza o su café hasta lo indecible. Un tiempo perezoso que él aprovechaba, en ausencia del señor Quiroga, para leer otra clase de informaciones en los periódicos.

Las ofertas de empleo.

Y para que el dueño del bar no sospechara nada, ni siquiera arrancaba los anuncios. Prefería copiarlos en un papel.

–¿No te preguntas a dónde va? –le sonrió con malicia Amalio, el sobrino de Fausto Quiroga.

–A casa, supongo –se encogió de hombros–. O tendrá gestiones que hacer, papeleo, bancos...

–Eres un ingenuo –el joven pasó de la malicia a la suficiencia.

–¿Tú sabes a dónde va?

–Pues claro –movió la cabeza hacia la puerta, y más allá de ella, a la calle–. Tiene una amiga.

–¿El señor Quiroga?

–¿Te extraña?

No, ¿por qué iba a extrañarle? Todo el mundo necesitaba a alguien. La ley de la reciprocidad: amar y ser amado.

–Es un buen hombre.

–Y ella una buena mujer, te lo aseguro.

–¿Qué quieres decir, que es guapa?

–No está mal –lo consideró Amalio–. Viuda, sin problemas económicos...

–¿Y por qué a esta hora?

–De noche están los hijos. De día trabajan.

–Oh.

–No es que sea joven, tiene más de cincuenta, pero un hijo de treinta y otro de veintisiete viven todavía con ella. Aquí en España los hijos no se van de casa. ¿Para qué? La vida es mucho más fácil.

Amalio se acercó a él. Eso hizo que se guardara disimuladamente la hoja de papel en la que había anotado las ofertas de trabajo que parecían más interesantes. Luego pasó la página del periódico.

–¿Qué haces?

–Mejoro mi vocabulario –le mintió–. Apunto palabras que no conozco en español, para poder emplearlas.

–¿Y eso para qué?

–Es bueno hablar bien.

–¿Para tratar con esos? –el joven abarcó el bar.

–No siempre seré camarero.

Amalio se cruzó de brazos.

–Pues algún día esto será mío –afirmó–. A no ser que mi tío le haga un hijo a la viuda para reemplazar al que se le murió, claro –reapareció en él aquel rictus de malicia–. Y no creo que saber palabras bonitas ayude a que la gente pida más cervezas o deje mejores propinas.

Tasio no le respondió. Amalio no era mala persona. De mente estrecha, sí. Mala persona, no. Ya había rebasado los veinticinco y vivía con una mujer mayor que él, separada. A diferencia de lo que solía ocurrir, él quería casarse y ella no. Le decía que el bar era un pozo de ligues.

Bien lo sabía Tasio.

Aunque ahora acababa de descubrir algo más.

–¿Tu tío tenía un hijo?

–Sí, pero no le digas que te lo he contado –se mordió el labio inferior–. No le gusta hablar de ello.

–¿Cómo...?

–Olvídalo, ¿quieres?

Se apartó de su lado para zanjar el tema y Tasio lo aceptó. A los dos minutos Amalio ya se había olvidado de ello. Coqueteó con una clienta y bromeó con un cliente. Cuando la mujer se fue le guiñó un ojo a su compañero.

–Ayer no vino tu club de fans –le recordó.

–No es mi club de fans.

–A mí me divierten. Están locas. Y en uno o dos años... –puso ambas manos por delante, fingiendo tener unos enormes pechos.

–No seas bestia.

–Allá tú –le miró de hito en hito–. No me saldrás *bujarra*, ¿verdad?

–No.

–No quiero meterme un tapón...

–¡Que no! –se irritó.

–Vale, atiende a ese.

Tasio volvió la cabeza.

Acababa de entrar por la puerta, proyectando una enorme y recia sombra sobre el suelo, igual que si fuera un gigante. Primero le vio el pañuelo verde, después el colgante con la letra M salpicada de falsas piedras preciosas, finalmente el resto: la camiseta negra y holgada, los brazos al descubierto, los tatuajes, la cabeza encajada en el cuerpo sin apenas cuello...

El lema de su camiseta era esta vez «Nación Latina».

Flotaba en letras rojas sobre un mapa de América al que le faltaban los dos países del norte, Canadá y Estados Unidos.

Tasio aguardó.

Hasta que el recién llegado se acodó en la barra y pronunció una sola palabra:

–Cerveza.

11

Las colas en la oficina de empleo eran relativamente grandes. Una docena y media de personas por turno. Tanto daba que fuera para solicitar el paro, un empleo o información. La colas eran las mismas. Quienes las hacían parecían veteranos, revestidos todos de una paciencia que rayaba en la sumisión. Se miraban entre sí calibrando no se sabía qué, y al personal que los atendía, como queriendo traspasar sus fronteras, averiguar algo que les sirviera para su propósito. Los había veteranos de cien mil batallas y jóvenes como él. Los había blancos y negros. Hombres y mujeres.

Eran las eternas colas del autobús de la fortuna.

¿A cuántos sitios había ido ya en la última semana, robándole horas a su trabajo en el bar, escapándose o telefoneando por si hubiera suerte? ¿A cuántas puertas había llamado? ¿Cuántos viajes de ida y vuelta había realizado?

No sentía ninguna desesperación, pero sí incomodidad. No experimentaba la menor urgencia, pero le estaba echando un pulso al futuro y, de momento, el futuro no estaba en ninguna parte.

Conocía las preguntas, y no tenía mejores respuestas.

–¿De dónde eres?

–De Quito, Ecuador.

–¿Tienes los papeles en regla?

–Sí, y estoy dado de alta en la Seguridad Social.

–¿Hace mucho?

–Llegué a España hace poco.

–¿Tienes trabajo?

–En un bar, pero espero algo mejor.

–¿Alguna experiencia?

–No.

–¿Qué sabes hacer?

Y ahí terminaba todo.

–Puedo aprender rápido lo que sea –decía él.

–Bien, te llamaremos si sabemos de algo. Vuelve a pasarte por aquí en unos días.

–No me importa empezar desde abajo, incluso cobrando menos si hay perspectivas de...

–Tranquilo. Tú insiste, ¿vale?

Los trabajos a los que sí tenía acceso no eran mejores que el de camarero en el Bar Fausto. Ayudante de cocina, mensajero en caso de tener una motocicleta propia, basurero...

El resto no quería hispanoamericanos.

Apenas si estaba durmiendo cinco horas por noche.

Y eso sí le pesaba.

Movió la cabeza hacia atrás, y luego la flexionó a un lado y a otro. Sus vértebras cervicales crujieron por la comprensión y descompresión. Los ojos se le llenaron de lucecitas y tuvo que llevarse una mano a los párpados para recuperar el equilibrio.

–Respira hondo por la nariz, y luego suelta el aire por la boca –le dijo una voz a su espalda.

Abrió los ojos, se giró y se encontró con ella. Diecisiete, dieciocho como mucho, tez blanca, cabello rojizo, acento español, ojos claros, grisáceos, menuda y viva. Llevaba una falda muy larga, hasta los pies, y una camisa abierta desde el vértice de los senos hasta el cuello. La falda era negra con flores rojas. La camisa verde con botones rojos. Era de formas generosas, no gorda, pero tampoco delgada. Las proporciones justas y equilibradas para hacerla hermosa, boca grande, nariz fina, mirada limpia.

Y calzaba unas sandalias que permitían ver unos bonitos pies.

–¿Entiendes de eso? –le preguntó él.

–Cuando te has tirado muchas horas de colas, sí.

–Pues...

–Vamos, hazlo –le apremió.

–¿Ahora?

–¿Dónde si no? ¿Esta noche, en tu cama? Respira…

La obedeció. Inspiró por la nariz, lo más profundamente que pudo, y luego expulsó el aire por la boca, hasta vaciarse. Por mimetismo, ella lo hizo con él.

–Otra vez –le puso una mano en el pecho.

Lo repitió.

La mano acompañó la expansión de sus pulmones y luego su retroceso.

–Levanta la barbilla, no me mires a mí.

–¿Y a dónde miro?

–Pues al techo.

–Prefiero mirarte a ti.

–¡Anda ya! –se burló con desparpajo.

Empleó un minuto en hacer lo que le decía. Ella no retiró la mano de su pecho.

–¿Mejor?

–No sé. Yo creo que si lo hicieras con las dos manos…

Se preguntó de dónde había sacado valor para decir eso.

A la chica le dio por sonreír. Un destello de ironía inundó el brillo intenso de su mirada.

–Eso me pasa por ser buena samaritana –retiró la mano–. Es mi sino.

–No, en serio, te lo agradezco –intentó rectificar.

Sus sonrisas los unieron por espacio de dos o tres segundos. Tasio no supo qué decirle. Por un lado, su timidez. Por el otro, el deseo de hablarle. Todavía no tenía ningún amigo o amiga español, y lo necesitaba. Claro que aquello no era más que la cola de una oficina de empleo.

–Te toca –dijo la chica de pronto.

–¿Qué?

Ella señaló hacia adelante.

–Es tu turno, y será mejor que no hagas a esperar a ese porque encima no te lo va a poner fácil.

Tasio miró al frente.

Hacía un minuto tenía por delante a dos personas, pero ahora ya no estaban allí.

Ni siquiera pudo decirle adiós a la desconocida.

12

La carta de Alejandra le quemaba en el bolsillo. No había tenido tiempo de abrirla. Quería leerla como era debido, no a la carrera. Cada vez que en el bar parecía menguar el trabajo, llegaban clientes o le reclamaba el señor Quiroga para descargar unas cajas en la parte de atrás. La impaciencia iba consumiéndole.

Cuando ya no pudo más, le dijo a Amalio:

–Voy al servicio, y es largo.

–Vale, pero me voy a quedar todas las propinas –le advirtió el sobrino del dueño.

No era una broma. Sabía que lo hacía. Todas las propinas iban a un bote cuyo contenido se repartía una vez a la semana. Pero en más de una ocasión Tasio había visto a Amalio meterse el dinero directamente en el bolsillo, creyendo que nadie reparaba en él. Y no se atrevía a decir nada, por prudencia, porque a fin de cuentas la sangre era más espesa que el agua y si se enemistaba con Amalio el señor Quiroga probablemente se pondría siempre del lado de su sobrino.

Cuando encontrase un trabajo mejor...

Se metió en el servicio, se sentó en la taza del inodoro y cerró la puerta con pestillo. No era el mejor lugar del mundo para leer la primera carta que recibía de Alejandra, pero se negaba a demorar por más tiempo el encuentro. Rasgó el sobre lo mejor que pudo, para no dañarlo y conservarlo, y del interior extrajo la hoja de papel cuadriculada, arrancada de una simple libreta. La letra de su novia, imprecisa, hecha de renglones torcidos, inundó su ser. Tuvo que apaciguarse, respirar, no empezar a correr por encima de las palabras, porque entonces no habría podido captar su esencia.

El encabezamiento era frío:

Querido Tasio.

Tuvo un sobresalto, como si intuyera lo que seguía. «Querido Tasio» no era lo mismo que «Mi muy querido Tasio» o «Mi amado Tasio».

Espero que cuando recibas estas letras te encuentres bien. Yo también lo estoy. Primero me puse un poco enferma, se me hacía muy duro lo que me estaba pasando. Luego entendí que las cosas a veces no son tan malas como parecen, sino que responden a unos designios que se nos escapan. Dios nos puso juntos por algo, y ahora nos ha separado por la misma razón, ¿no crees?

Se frotó los ojos. Empezaban a dolerle. Primero, la escasa luz. Segundo, el escozor. Sus malos presagios ya no le dominaban. Era peor. Ahora se manifestaban allí, con cada palabra, con cada sentimiento que, poco a poco, Alejandra vertía en su declaración. El lúgubre servicio del Bar Fausto se convertía en un pequeño infierno.

Ante todo, perdona la tardanza en responderte, pero no sabía muy bien qué decirte, ni cómo hacerlo. El día que me anunciaste que te ibas a España lloraste y te atropellaste. Yo no lo hice, ¿recuerdas? Me quedé muy seria, quieta, como conmocionada, pero traté de ayudarte y que no sufrieras. Qué extraño. Tú te ibas en pos de una nueva vida y la que más sufría era yo, pero no quise hacerlo más duro. Aunque nunca sabrás cuántas lágrimas vertí después en mi casa.

Tasio, tú siempre has sido un soñador. En parte fue lo que me gustó de ti. Me arrastraste. Caí rendida bajo la magia de tus palabras y ese mundo que me pintabas, lleno de lucha y empeño. Eras tan distinto a los demás muchachos... A tu lado aprendí a creer. A tu lado. Y eso es algo que ya no tengo. Ahora estoy sola, no puedo soñar, no tengo en qué creer salvo en mi realidad cotidiana. Tampoco pido demasiado. Me conformo con saber que soy quien soy, mientras que en tu caso es justo lo que persigues.

Tu carta me abrió los ojos, no por lo que dices, sino por lo que no dices. Primero me dio rabia, te hubiera abofeteado. Luego me resigné, que es lo más amargo del mundo. Pero finalmente vi la realidad y la acepté, nada más. Te has ido. La realidad es esa: te has ido. Puede que vuelvas, puede que un día quisieras llamarme para que volara contigo a España, puede que... ¿Pero cuándo sería eso? Tu padre marchó a España de mayor, dejó a tu madre acá con dos hijas y un hijo ya crecidos. Nosotros somos demasiado jóvenes para perder la vida en esperas. Necesitas ser libre en tu nueva casa, y yo necesito ser libre en la mía. No quiero odiarte, ni que te odies a ti mismo o me odies a mí. Sé que te irá bien. Eres un luchador, y trabajarás mucho para conseguirlo todo.

Apartó la hoja de papel para que la lágrima que cayó de su pupila no la manchara ni emborronara las letras. Tragar saliva se le hizo

duro. Ni siquiera sabía cómo había aparecido aquella enorme bola en su garganta. Quiso respirar pero el mal olor ambiental del servicio le supo amargo.

La carta seguía un poco más.

La puntilla.

Te quiero, Tasio. Nunca te olvidaré y sé que tú nunca me olvidarás a mí. Pero escribirnos cartas llenas de dolor y distancia no sirve de nada, ni llamarnos por teléfono y escuchar nuestra voz a miles de kilómetros, sin poder tocarnos, viendo cómo pasan los minutos sin saber qué decir, mientras lloramos. Te quiero y eso debería ser suficiente para recordarnos con gratitud. No pudo ser, pero mientras fue la gozamos.

Sé muy feliz.

Alejandra.

Necesitaba aire puro, pero no pudo levantarse de la taza del inodoro. Lo habían aplastado y clavado. La hoja de papel era la puerta a una dimensión desconocida. Alejandra se iba por aquella puerta. Incluso se desvanecía en su memoria. Quiso retenerla y no lo consiguió. Un lago adiós cargado de evocaciones, como el vapor de un baño que tiñe el espejo hasta hurtarle las imágenes.

¿Qué esperaba?

En el fondo quizás ya lo sabía. Cuando él mismo escribió su carta, vacilando, sin saber muy bien qué decir. Tenía que imaginarlo, aunque se lo negase a sí mismo. En algún lugar recóndito y apartado de su razón, la verdad pugnaba por salir a flote. Y la propia Alejandra acababa de liberarla.

Solo que la realidad era mucho peor.

Del otro lado, alguien intentó abrir la puerta del servicio.

Tuvo un sobresalto.

–¡Ocupado! –dijo–. Ya va.

Se guardó la carta, igual que un niño sorprendido y asustado. Luego, sin saber muy bien por qué, pulsó el botón de descarga del agua y se dispuso a regresar al mundo.

Tan aturdido...

Abrió la puerta y se encontró a un hombre de unos sesenta años, parcialmente calvo, sin afeitar, con bolsas bajo los ojos y a ambos lados de la cara, que le miró sin ninguna simpatía.

Tasio pasó por su lado sin decir nada y volvió al trabajo.

13

De repente, sentía odio.

Odiaba España, la ciudad, el barrio, el bar.

Estaba solo.

–¿Qué te pasa hoy? –llegó a preguntarle el señor Quiroga.

–Nada –mintió.

–Pues estás en las nubes, y con una cara... Vas a espantar a la clientela.

Calló, se sintió igual que un lobo acorralado.

–¿Tienes problemas? –insistió el dueño del bar.

–¡No!

–Es que si los tienes, una de dos: o los dejas en la puerta o me los cuentas.

Amalio observaba la escena desde una prudente distancia. Su tío era una excelente persona salvo cuando se enfadaba. Entonces se le veía el rabo al diablo.

–Me duele el estómago –manifestó por decir algo.

–Pues si has de vomitar no lo hagas aquí, ¿vale? Vete atrás.

–Trató de centrarse en lo que estaba haciendo. La tarde era animada. Cuanto más calor, más gente ociosa. Las conversaciones en la barra o la terraza se disparaban progresivamente de tanto en tanto, formando una espiral que en ocasiones rozaba el puro grito, como si a nadie le importase que lo que decía fuese del dominio público. Hombres hablando de fútbol, otros hablando de enfermedades, parejas discutiendo hipotecas, mujeres criticando a mujeres... Cuando se alcanzaba un punto en el que la potencia de los decibelios era casi insostenible, se hacía un silencio curioso y todos volvían a una

estabilidad que se rompía de nuevo al poco.

Tasio se dio cuenta de que tenía un ataque de pánico.

Si quería a Alejandra, ¿por qué aceptó irse a España con sus padres?

¿La amaba o era el lazo que le ataba a Ecuador?

–Cuando se muere alguien, no lloramos por el que se va, sino por nosotros, que nos sentimos heridos por su ausencia –solía decir su madre–. El que se ha muerto ya no siente nada. Nosotros sí.

Pero Alejandra no había muerto.

Solo el amor.

Un grupo de cinco chicos, todos muy jóvenes, ocupó una de las mesas exteriores. No eran emigrantes. Dos llevaban la cabeza rapada, y los otros tres un poco más de cabello, aunque no demasiado. Vestían camisetas gastadas y pantalones cortos. Se dirigía hacia ellos cuando, de todas formas, le llamaron.

–¡Eh, tú!

Se colocó a un lado, esperando los pedidos. El mismo que le había reclamado su atención lo miró y le preguntó:

–¿Hablas español?

Sintió deseos de golpearlo.

–Sí, claro.

No hubo más. Cinco cervezas. Regresó a la barra para buscarlas. Al pasar junto a otra de las mesas, donde se encontraba uno de los clientes más habituales, un hombre cercano a la treintena con el que apenas hablaba, le oyó decir:

–Ni caso.

–¿Cómo dice? –se detuvo.

–Digo que ni caso, que tú a lo tuyo.

–Es lo que hago –no supo si irritarse por la intromisión.

El hombre le miraba con simpatía no exenta de calor.

–Te he estado observando desde que llegaste, y tú eres de los buenos –sonrió.

–¿Cómo lo sabe? –se extrañó por el comentario.

–Estás en tu sitio, y eso es lo correcto. No todos nosotros, los ecuatorianos, trabajamos en cosas ínfimas ni malvivimos. La dignidad de todos depende a veces de unos pocos.

–¿Usted a qué se dedica? –se sintió atrapado por la conversación.

–Soy empleado de una compañía de seguros. Me costó, no fue fácil, y llegué con tu edad más o menos. De eso hace diez años. Pero ni los parientes de esos –señaló la mesa de los cinco chicos– pudieron conmigo. Me mantuve en mi lugar, trabajé. Nunca seré rico, pero mantengo mi dignidad a salvo, y me va bien. Pronto me casaré con una española preciosa –sonrió.

Tasio sostuvo su mirada.

Solo un buen tipo. Tal vez un amigo ocasional.

De pronto lo agradeció.

No quería limitarse a trabajar en el bar, o en una compañía de seguros, contentándose con lo mínimo además de la dignidad de la que le hablaba el cliente. Quería más.

Pero se lo agradeció, por el tono, por el color de la esperanza con la que le hablaba.

–Bien –asintió.

El hombre curvó las comisuras de los labios hacia arriba. Más que una sonrisa fue un gesto cómplice.

Tasio continuó su camino hacia la entrada del bar.

No llegó a trasponerla para cumplir con el pedido de los cinco chicos. Primero se tropezó con Octavio.

–¿Tienes un minuto?

–¿Ahora? –arrugó la cara–. ¿No ves que hay gente?

Su primo no esperó más.

–Tengo un recado para ti.

–¿De quién?

–El rey quiere verte.

–¿Qué rey?

–Vamos, Tasio –Octavio mostró su desagrado–. Es un gran honor, ¿entiendes? No has hecho nada para acercarte a nosotros y en cambio él te tiende la mano. Quiere verte, nada más.

–¿Para qué?

–Hablar contigo, conocerte.

–¿Así que tenéis un rey y todo, como en cualquier banda?

–Hay un rey en cada barrio, y una vez cada tres meses se reúnen para hablar y ver cómo está todo. Es necesario.

–¿Y el emperador? Porque habrá un emperador, ¿no?

–Tasio... –parecía a punto de perder la paciencia.

–No voy a entrar –fue categórico–. No quiero meterme en eso y ya basta, por favor. Octavio: ya basta.

–Estás loco –le reprochó el chico–. No puedes despreciar una invitación del rey de esta zona. ¡Aunque sea por cortesía has de ir!

–Me van a despedir –hizo ademán de entrar en el bar a por las cinco cervezas.

Octavio lo retuvo sujetándolo por un brazo.

–Cuando tengas problemas y te sientas solo, ya verás.

–¿Por qué he de tener problemas?

–Porque no eres de aquí, porque o estás dentro o estás fuera, con nosotros o contra nosotros, sin neutralidades; y porque ya te lo dije, primo: nadie pasa desapercibido. Los problemas llegan, tarde o temprano. Y entonces lo único que tienes es la familia, los hermanos que velan por ti. No seas ingenuo.

Se soltó de su mano y ya no se dijo nada más. El diálogo final fue un disparo hecho a través de sus miradas. En la terraza, los cinco jóvenes reían a gritos, con desparpajo. Cerca, el hombre que acababa de hablarle de dignidad se hallaba enfrascado en la lectura de un periódico. En el interior del bar, Amalio no le perdía de vista. El señor Quiroga hablaba con un parroquiano en la barra.

Octavio quedó atrás.

–¡No quiero ir a tu entierro, primo! –le alcanzó su voz.

Para cuando salió con las cervezas, ya no estaba allí.

14

Las colas parecían las mismas.

Incluso era como si las formasen las mismas personas.

Observó aquellos rostros impasibles, endurecidos por el paro o por la falta de oportunidades. Hombres y mujeres mayores, al límite, agotando sus esperanzas finales. Hombres y mujeres de mediana edad, resistiéndose al retiro prematuro. Jóvenes de ambos sexos con la impotencia reflejada en sus rostros o sus gestos, mirándose entre sí como enemigos a la disputa de un trabajo mejor. Nadie sonreía. Las miradas se dirigían a los empleados de las ventanillas y los mostradores, los pequeños dioses capaces de convertir tres peces y cinco panes en una comilona. O eso deseaban todos. A veces una voz estallaba, a veces alguien recordaba que era un ser humano y reclamaba su parcela de dignidad, a veces una súplica y otras un suspiro cerraban la entrevista.

Y aquella era la España rica, la Europa próspera.

–Todo lo que no te dé tu ingenio, no te lo darán ellos –solía decir también su madre.

Pura filosofía de la vida.

Cuando llegaba de su trabajo, de lavar los suelos, las paredes, las ventanas y los inodoros de la oficina en la que prestaba sus servicios de mujer de la limpieza, lo hacía casi doblada en dos, pero resistiendo, sin quejarse, sin que un solo lamento les quebrara el ánimo.

–Los comienzos siempre son duros –insistía su padre.

¿Pero cuando terminaba el comienzo y empezaba el futuro?

Sus pensamientos desaparecieron de un plumazo al notar el contacto. Apenas si tuvo tiempo de darse cuenta de lo que sucedía.

La voz:

–Hola, cariño. Siento haber tardado tanto.

El beso en la mejilla.

La miró aturdido antes de reconocerla.

La chica de la otra vez, allí mismo, haciendo la cola eterna.

–Hola –no supo qué más decir.

–¿Hace mucho que estás aquí? –le guiñó un ojo cómplice–. Si vieras qué tráfico hay... ¡Y con este calor! Menos mal que aún no es nuestro turno.

El hombre situado detrás de Tasio reemprendió la lectura del periódico.

Y ella suspiró.

Luego se pegó a él y le susurró al oído.

–Gracias.

Consiguió hacerle sonreír. Su primera sonrisa en algunos días, desde la carta de Alejandra, desde la última visita de Octavio para decirle que el rey quería verle. Una sonrisa enlazada con la de ella.

Vestía igual que la vez anterior, aunque la ropa fuese distinta. Una falda larga hasta los tobillos, una camisa mitad abotonada mitad abierta al límite de sus senos... Las sandalias sí eran las mismas.

Se entretuvo una fracción de segundo de más mirándole los pies.

–¿A que los tengo bonitos? –le susurró su inesperada acompañante.

–Sí –lo reconoció pillado a contrapié.

–Y las manos –las extendió delante de ambos–. ¿Qué tal?

–Muy bien.

–¿De verdad?

–Que sí.

–Cada cual tiene unos encantos, ¿no? Yo presumo de pies y manos.

–Puedes presumir de más cosas.

–¡Ah, sí! –se le animaron los ojos–. Luego me haces una lista –se puso de puntillas para acercar sus labios a su oído y le susurró–: Me llamo Sara.

–Yo Tasio.

–¿Tasio?

–De Anastasio.

Puso cara de chiste. Luego se mordió el labio inferior.

–Perdona –manifestó–. Eres el primer Tasio que conozco.

–Yo en cambio he conocido a catorce Saras –dijo él.

–Sara no se cortó.

–Lo sabía –su expresión reflejó asco–. Todos sois iguales. Tú mi Tasio número uno y yo tu Sara número quince.

–Es que en mi país todas las mujeres se llaman Sara –bromeó un poco más.

–¿De dónde eres?

–De Quito, Ecuador.

–Yo soy del norte, asturiana. ¿Conoces Asturias?

–No.

–Una pasada. Tierra verde y piedras blancas. Y la costa... –puso cara de éxtasis.

–¿Y qué haces aquí?

–¿Qué haces tú?

–Ya –comprendió Tasio.

–¿Estás solo?

–Con mis padres. Llegué no hace mucho.

–¿Y no tienes trabajo?

–Soy camarero, en un bar, pero es temporal.

–Todo es temporal, ¿verdad? –Sara se cruzó de brazos y paseó la mirada por las colas–. Algunos matarían por un trabajo, y otros por un trabajo mejor.

–¿Tú tienes algo?

–Cuido niños, paseo perros, soy modelo...

–¿Modelo?

–¿Qué pasa? –le desafió–. ¿No tengo aspecto de modelo?

–Sí, pero pensaba que para eso había que medir metro setenta y pico.

–Yo soy modelo pictórica –le aclaró.

No tenia ni idea de qué era eso y no quiso preguntárselo, para no parecer un ignorante. De todas formas, como en una descarga, se la imaginó desnuda frente al lienzo de un pintor.

La cola avanzó un poco más.

Sara le echó un vistazo a su reloj.

–Oye, ¿cuándo termines vas a desaparecer como la otra vez? Así, visto y no visto.

——Pues, no sé...

–¿Quedamos a la salida?

En Quito las chicas no tomaban la iniciativa. En Quito ninguna muchacha como Sara le habría dicho aquello. En Quito...

Estaba en España.

–Sí, estupendo.

–Vale.

Le iluminó con la mejor y más espontánea de sus sonrisas.

15

Ninguno de los dos había conseguido nada con la visita a la oficina de empleo. Primero Tasio, después ella. No tuvo que esperarla demasiado. Menos de cinco minutos y ya la tenía al lado, flotando más que caminando. Le recordó algunas viejas fotografías de fines de los años sesenta y comienzos de los setenta del siglo pasado, cuando los aires de libertad los esgrimían los *hippies* soñadores e idealistas de un tiempo que no volvería aunque mantenía sus huellas. Por Quito a veces veía restos de su presencia, hombres y mujeres con los cabellos muy largos, ropas añejas y desgastadas, guitarras al hombro, collares, bolsas enormes, símbolos pacifistas. Parecían fuera de tiempo, desgajados de otra dimensión. Decían que América Latina era el último reducto, recorrían Perú desde Arequipa y Cuzco hasta Puno y el lago Titicaca pasando por el Machu Picchu, se perdían por Palenque o la península del Yucatán en México, por Tikal en Guatemala, por las selvas húmedas de Costa Rica y por supuesto visitaban las islas Galápagos en Ecuador, el vestigio final. Eran diletantes de una vida que desmenuzaban con nostalgia, a la espera de los sueños perdidos, u olvidados, o ganados. Cómo saberlo.

Nunca hubiera creído que pudieran existir en España.

Aunque Sara no era como ellos.

Era diferente.

–¿A dónde vamos?

–Yo he de trabajar dentro de media hora.

–Yo no tengo nada que hacer –Sara se encogió de hombros–. Te acompaño.

–Bien.

–¿No te importa?

–No, no.

–Háblame de Quito.

–Pues... —hizo memoria, o más bien centró sus ideas–. Es una ciudad muy larga, más de cincuenta kilómetros de largo por solo dos de ancho en algunas partes.

–¿En serio? –lo interrumpió Sara.

–Es como si hubiera muchos Quitos –reflexionó él–. Hay una zona central muy bella, colonial, a los pies del Panecillo...

–¿Qué es eso?

–Un cerro, con una imagen arriba.

–¡Faltaría más!

–¿No eres religiosa?

–No es eso. Es que en cuanto hay una montaña le encasquetan un Cristo o una Virgen. El Tibidabo en Barcelona, el Cristo del Corcovado en Río de Janeiro... Es como un monopolio –le dio un suave golpe con la cadera y le apremió–: Venga, sigue.

Le habló de Quito, de sus dos mil seiscientos, dos mil setecientos, dos mil ochocientos metros sobre el nivel del mar, y de los más de tres mil que había en las altas montañas que la rodeaban, casi siempre ocultas por las nubes. Le habló de los volcanes que, en los días claros, silueteaban con sus nieves aún perpetuas el horizonte. Le habló de la diferencia entre ellos y los costeños. Someramente. Tampoco pretendía ser un manual.

Le habló y le habló, con un nostálgico orgullo.

Por una parte porque lo sentía. Por otra porque así, al menos, no estaba callado ante su presencia ni se sentía tímido o extraño.

Paseaba con una chica.

Y española.

Eso era sin duda lo más alucinante.

Cuando terminó de hablar de Quito esperó nuevas preguntas.

–Es duro dejar el lugar en el que vives y marcharte a otra parte, ¿verdad? –suspiró inesperadamente Sara.

–Sí –admitió él.

–¿Tenías amigos en Quito?

–Ya no –bajó la cabeza.

–Todo el mundo tiene amigos.

–A mi mejor amigo lo mataron.

–Lo siento.

–Se llamaba Darío.

Temió una pregunta más personal: si tenía novia. Pero Sara no se la formuló.

–Mi pueblo es muy bonito –dijo ella–. Un pesebre hecho realidad. Lo malo es que los pocos habitantes que quedan no solo han envejecido mil años sino que, de pronto, se han vuelto locos. Una especie de guerra civil de la que yo no quería saber nada. Los ambientes agresivos por cuestiones familiares son los peores, ¿sabes? Aquí nadie se conoce; es más impersonal, de acuerdo, pero al menos eres libre. No hay control. Tu vida te pertenece.

–¿Vives sola?

–Con una amiga y su novio –hizo un gesto de disgusto–. No es lo mejor, ya lo sé. A veces resulta incómodo y a veces engorroso. Pero de momento es lo que hay. Vivo y dejo vivir, y ellos lo mismo. ¿Y tú?

–Con mis padres –pareció avergonzarse de ello–. No hay más remedio.

–Ya encontrarás algo mejor. Si sé de algo te aviso.

Se imaginó diciéndoles a sus padres que se iba a vivir solo, o con amigos, o amigas. Le matarían. O casi.

O tal vez no. Nunca habían hablado de ello.

Miró a Sara y se sintió emocionado.

¿Existía una razón para que las cosas fueran como eran?

–¿Puedo preguntarte algo?

–Dieciocho.

–Yo cumplo diecisiete en unos días, pero no era eso.

–¿Sólo diecisiete años? –vaciló ella–. Vaya, soy una infanticida. Parece que tienes dieciocho o diecinueve como mínimo.

–Siempre he aparentado más edad. Lo siento.

–No seas bobo. La edad es un accidente. ¿Qué querías preguntarme?

–¿Por qué me has pedido que te esperara?

–¡Menuda pregunta! –bufó Sara–. ¿Qué quieres que te diga, que eres guapo, que parecías necesitar una amiga? Sinceramente, te veo algo pardillo.

–¿Yo?

–Soy una buena samaritana, descuida –le dio otro suave golpe con la cadera que lo hizo trastabillar un poco–. Antes, cuando te he visto en la cola, me ha parecido... un milagro.

–¿Por volvernos a encontrar?

–Y porque me ahorraba ponerme la última.

–Puro egoísmo.

–No, hombre –lo inundó con su sonrisa generosa–. También me ha hecho ilusión. Hay personas que tienen empatía y otras que no.

No estaba muy seguro del significado de esa palabra, pero no se lo preguntó.

Quedaba mucho para llegar al bar.

Y el día era delicioso.

–¿Te gusta algún tipo de música? –volvió a hablar Sara.

16

El último borracho había tenido que ser sacado un poco a la brava.

No era lo más frecuente, pero sucedía. El hombre insistía en que no podía regresar a su casa, porque su mujer lo esperaba para matarlo. Tasio casi estuvo a punto de acompañarlo.

–No lo hagas –le dijo el señor Quiroga.

–¿Y si ella lo mata de verdad?

–No tiene esposa. Vive solo. Cuando bebe se inventa una vida que no tiene.

Lo vieron alejarse del bar, trastabillando, siguiendo una ruta llena de imprevistos y dificultades pero precisa. Luego bajaron la puerta metálica y concluyó la jornada. Fausto Quiroga le deseó sus habituales:

–Buenas noches, hijo.

Lo llamaba hijo, y le gustaba.

–Buenas noches.

Tomaron sus caminos divergentes y Tasio atravesó la plaza por su centro. En un par de bancos las dos últimas parejas quemaban sus energías finales y se daban los besos de reserva, comiéndose con la devoción de los insaciables. Por lo general, y salvo un noctámbulo postrero, hacía el camino sin ver a nadie y apenas si se cruzaba con algún coche. Se envolvía en sus pensamientos y eso era todo.

Aquella noche sus pensamientos volaron de Alejandra y Quito a Sara y su nuevo mundo.

¿Por qué se había interesado por él?

¿Por su físico, como le dijo?

Bueno, ¿y por qué no? Alejandra también le decía que era atractivo, demasiado para ella, y que un día encontraría a otra más guapa.

–Menudo bicho –musitó en voz baja al evocar a Sara.

Tenía sus señas. Y su teléfono, cosa de la que él carecía. Podía llamarla cuando quisiera, y quedar, y pasear, ir al cine o bailar. Podía hacerlo.

¿Alejandra acababa de dejarle y ya pensaba en otra?

–Tómate la vida como viene.

Darío solía decir eso.

Y a él la vida le vino mal dada.

Dobló una esquina a la derecha y pasó frente a la obra que presidía la calle, a pocos pasos de ella. El olor a cemento fresco y humedad le invadió. Bajó a la calzada porque la valla de seguridad se había comido casi toda la acera y anduvo junto a los coches aparcados fijándose en los modelos. Le gustaba verlos.

Algún día tendría uno.

Recorrería España, iría a Asturias.

Algún día.

No fue consciente de su presencia hasta que los tuvo encima, y para entonces resultó inevitable.

Sin escape.

El primero surgió como un fantasma por delante, quebrando su paz y su sosiego. No pudo hacer nada, ni reaccionar. El segundo lo abatió con un formidable golpe sobre su espalda.

Tuvo tiempo de pensar, instintivamente, que si no le daba en la cabeza para dejarlo inconsciente era por algo.

El tercero le dio una patada en el vientre nada más llegar al suelo.

Fue inútil protegerse, intentar levantarse o tratar de dar un solo golpe. No era un luchador, ni un valiente, y ellos eran tres. Además sabían dónde pegar.

Cómo hacerle daño sin arrebatarle el sentido.

Perdió la cuenta de las patadas después de la séptima, y la de los puñetazos porque los que le atizaban, a cuatro manos, eran dos. Acabó doblado sobre sí mismo, con la cabeza entre los brazos, gimiendo, sin

llegar a gritar, porque para una vez que había gritado la lluvia de golpes fue peor y más dañina.

Ni una palabra.

Hasta que dejaron de pegarle y uno se inclinó sobre él.

–¿Puedes escucharme, mierda?

No se movió.

Recibió un cachete en la cabeza.

–Si puedes escucharme, asiente.

Asintió.

Era una pesadilla, le ardía el cuerpo entero, se hallaba en el centro de una dolorosa irrealidad.

–¿Se puede saber qué coño estás haciendo aquí, indio? –habló de nuevo el que llevaba la voz cantante.

No supo si contestar o no.

–¿Qué pasa, que en tu puto país no tenéis nada? –escuchó al segundo.

–¿Tenéis que venir aquí a tocar los huevos? –fue el turno del tercero.

Tasio sintió el sabor de la sangre que llenaba su boca.

–Hernán Cortés y los demás no hicieron bien la escabechina.

–Para nada.

–Y además, se han multiplicado como conejos.

No quería mirar. No quería verlos. Sólo deseaba estar muy lejos de allí. No eran latinos, hispanos. Su español era correcto, duro, de barrio.

A cada segundo que transcurría la pesadilla crecía.

El miedo se desbordaba.

Pensó en Darío.

–¿Qué hacemos?

–¿Le cortamos el pito?

–Mejor le rociamos con gasolina y nos calentamos.

–No, hombre, con el calor que hace. Eso en invierno.

–Pues ya me dirás...

–¿Le dibujamos «la sonrisa del payaso»?

«La sonrisa del payaso». Con una navaja hacían un corte a ambos lados de la cara, desde la comisura de los labios hasta las orejas. La cicatriz era eterna por ser la zona más sensible del cuerpo. El marcado tenía el aspecto de sonreír siempre, eternamente.

–No estaría mal, pero seguro que chilla como un cerdo.

–Si nos lo cargamos luego salimos en los periódicos, y que si racismo y que si tal y que si cual.

–Yo no me mancho las manos con esa rata.

–Pero ¿y si se lo cuenta a alguien?

–Sabe que si lo hace será peor, ¿verdad? –le cayó otro cachete–. ¿Verdad, mierda?

Asintió con la cabeza.

–No, si tontos no son –fue condescendiente el que parecía el cabecilla–. Indios, sí. Cagaos, sí. Asquerosos, sí. Pero tontos no. Si hasta hablan español, no te jode.

–¿Qué te parece? ¿Nos vamos?

Silencio.

–Te lo pregunto a ti, mierda.

Asintió por tercera vez.

Contó hasta cinco. Una forma como otra cualquiera de mantener la razón. Percibió su ausencia porque dejaron de proyectar sus sombras sobre él.

Sin embargo seguían allí.

La patada en su trasero, con la punta del zapato, o la bota, o lo que llevase, fue muy dura.

El gemido final.

Después... el silencio.

Tasio continuó en mitad de la calzada, llorando, con el cuerpo roto y lo que era peor, el espíritu quebrado.

17

Se arrastró una eternidad después, más por miedo a que volvieran a rematar su faena que por encontrarse bien. Boca arriba, con los ojos fijos en el cielo estrellado que luchaba por dominar el espacio abierto sobre la ciudad contaminada, envió sondas mentales a todas las terminaciones de su cuerpo hasta convencerse de que no tenía nada roto, al menos que él notara. Podía mover las piernas, los brazos, las manos. Sus ojos no perdían fijeza. Sus oídos percibían los sonidos apagados de la noche. Otra cosa era que tuviera alguna costilla fastidiada, y tampoco lo parecía, porque respiraba con normalidad.

Sabían dónde golpear.

Para causar dolor, nada más.

Primero se metió entre dos coches, medio incorporado. Esperó un par de minutos para vencer el mareo y dominar la arcada. Luego intentó levantarse y fracasó. Las náuseas fueron ya imparables y vomitó cuanto llevaba en el estómago y más. Lejos de sentirse peor, la tormenta de su interior le ayudó. El siguiente intento lo coronó con éxito. No quería quedarse allí por más razones que la posible vuelta de los tres energúmenos. Por un lado, alguien podía verle desde una ventana y llamar a la policía, y por el otro, cualquier transeúnte que se tropezara con él se asustaría y empezaría a gritar.

Su aspecto no debía de ser el mejor del mundo.

Caminó doblado sobre sí mismo un largo trecho. Se le hizo agónico. Eterno. Por dos veces se apoyó en la pared más cercana para recuperarse y serenarse. Lo peor era lo mucho que le faltaba para llegar a su casa, al menos en sus condiciones, y la obligatoriedad de cruzar la habitación de sus padres para alcanzar la suya; porque si seguían despiertos o le hablaban o encendían la luz, como hacían a veces para darle las buenas noches, como si no pudieran dormir hasta sentirlo bajo su techo, entonces...

Vomitó bilis no mucho después.

Y con cada arcada, el dolor de su cuerpo se expandía hasta el infinito a causa del esfuerzo.

–Mierda... –gimió.

Miró las calles, las casas, para orientarse. Le faltaban tres calles para conseguirlo. En otras circunstancias, habría tardado menos de tres minutos. En las suyas, un calvario. Quiso echar a correr, quemar sus energías en un esfuerzo supremo, y lo único que hizo fue tropezar y caer de bruces.

Lastimarse las rodillas y los codos.

El sonido de la puerta de un coche al abrirse lo alarmó. Volvió la cabeza a ras de suelo y vio que alguien corría hacia él. Una mujer. Sus piernas eran muy bonitas. Y llevaba zapatos de tacón. Zapatos especialmente femeninos. Por detrás creyó ver otras piernas, en este caso las de un hombre.

–¡Tasio!

Era su nombre.

Miró hacia arriba cuando la mujer se arrodilló a su lado, sin importarle ensuciarse las piernas. Por entre el claroscuro de sus ojos vidriosos vio a Lalena.

Hermosa y consternada a la vez.

–Tasio... ¡Oh, Tasio! –musitó al darse cuenta de su aspecto.

–Estoy... bien –quiso tranquilizarla.

El hombre llegó a su lado. Era joven pero no un muchacho. Más de veinticinco y menos de treinta. Bien parecido, bien vestido. Diferente.

–¿Le conoces?

–¡Es un amigo mío, un vecino! ¡Por favor, Víctor, ayúdame!

Lo levantó con menos esfuerzo del que cabía esperar, y una vez de pie Lalena colaboró en el traslado, pasándose un brazo de Tasio por encima de sus hombros. Lo condujeron al coche del que habían salido. A cada paso el herido emitía pequeños gemidos de dolor.

Pero estaba a salvo, y eso era más de lo que había esperado un poco antes.

–¿Qué te ha sucedido? –preguntó Lalena, asustada.

–¿No ves que no puede hablar? –objetó su amigo.

–¿Llamamos a la policía?

No obtuvo respuesta de su parte.

–No –dijo Tasio.

–Pero...

–Me han querido... robar –lo justificó de la única forma que pudo–. Como no llevaba... nada... se han enfadado. Ni siquiera he visto...

Lo colocaron en la parte posterior del coche abriendo las dos puertas traseras. Lalena fue por un lado y Víctor lo introdujo por el otro. La cabeza de Tasio acabó reposando sobre los muslos de la chica.

–Llevo agua en el maletero, y una toalla en la bolsa –el dueño del automóvil fue hacia la parte trasera una vez depositado el herido.

Tasio sintió la mano de Lalena acariciándole el rostro.

–Voy... a mancharte de sangre... –lamentó.

–¡Cállate! –le reprochó–. La sangre se lava.

–Estoy bien. De... verdad...

Se escuchó un sonido que rebotó por todo el interior del coche. El del maletero al cerrarse. El amigo de Lalena reapareció con el agua y la toalla. Se lo dio a ella y esperó.

Paciente, con mimo, de la forma más delicada que pudo, la chica comenzó a lavarle la cara.

–Pobre Tasio –dijo una o dos veces–. Mi pobrecito Tasio... Si no hubiéramos estado aquí, ¿verdad, cariño?

18

–¿Estás bien? –le preguntó por tercera vez en los últimos diez segundos.

–Sí, de verdad.

–No podíamos traerte hasta aquí en coche –la angustia de Lalena era manifiesta–. Si me vieran con él...

–Tranquila.

–¡Oh, Tasio, lo siento... lo siento...!

–Estoy mejor, en serio.

La veía nerviosa, alterada, y sabía que el motivo era doble. Por un lado su estado. Por el otro que ahora alguien conociera su secreto. De noche, y arreglada, Lalena parecía una diosa. Los claroscuros arrancaban nuevas dimensiones a su piel, sus ojos, sus labios.

–Es un buen chico –habló de nuevo–. Trabaja en una oficina de construcción y es aparejador, algo así como el segundo del arquitecto. Se llama Víctor y es colombiano. No sabes lo duro que trabajó para estudiar y situarse.

–¿Estáis enamorados?

–Sí –fue rotunda.

–¿Hace mucho?

–Cinco meses –Lalena suspiró–. Los mejores cinco meses de toda mi vida.

–Me alegro... Cuidado.

En su calle, y pese a la hora, no todo el mundo dormía. Las ventanas tenían ojos. Cualquiera podía estar asomado a una y verlos. Claro que entonces los rumores apuntarían a que el nuevo se había liado con la belleza local, o lo que era lo mismo, que ella, mayor,

había seducido al jovencito recién llegado.

Fuera como fuera sería duro, y difícil de afrontar.

Dejaron pasar al hombre que circulaba por la acera frontal escondiéndose en el hueco de una tienda. Apenas si les quedaban treinta metros para empezar a sentirse a salvo, subir la escalera, llegar cada uno a su respectivo piso.

–Tasio –el susurro de la chica seguía revestido de angustias.

–No te preocupes.

–¿Cómo no voy a hacerlo? Tengo mala fama, ¿sabes?

–¿En serio?

–No seas tonto. Ser guapa a veces es una condena. Y más si te gusta pasarla bien, divertirte, ser feliz de acuerdo a tu edad, porque solo se es joven una vez... Las mujeres creen que soy una depredadora, y los hombres... Todos son iguales, Tasio. Todos.

–Vale, gracias.

–Tú eres diferente.

–No lo creas.

–Aquí practicamos el racismo al revés –el tono de Lalena era de abatimiento–. Si me vieran con Víctor...

–Pero si estáis enamorados, tarde o temprano...

–No podemos actuar como novios normales y corrientes. ¿Te lo imaginas en mi casa, con diecisiete personas viviendo juntas? Lo sabe, no le he engañado, conoce mi situación, pero no puedo presentárselo a mi papá como si nada. Prefiero que digan estupideces de mí, que se inventen cosas, a estropear esta relación tan bonita; porque él es sincero. ¿Lo has visto? Me ama, y yo le amo a él.

–¿Quién no te amaría a ti?

–Bobo –logró hacerla sonreír.

Eran los metros finales, pegados a la pared.

–Víctor me ha propuesto que vivamos juntos. Está decidido.

–¿Y por qué no lo haces? Eso lo arreglaría todo.

–Tengo miedo, Tasio –le sostenía para que no tropezara y se cayera, así que el chico notó su estremecimiento–. No me atrevo a dar un paso así. Tendría que enfrentarme a mis padres, a toda la

comunidad.

–Si tus padres te quieren, desearán que seas feliz. En cuanto a la comunidad... Eso es algo abstracto.

–¡Mi papá me quiere, pero según sus reglas y sus normas! ¡Para ti es distinto! ¡Si tú tienes una novia española se alegran, eres un conquistador, eso te abre puertas! Pero yo soy una mujer, y además él es colombiano ¡Aquí las ecuatorianas para los ecuatorianos! En otras partes no sé, pero aquí es así. ¡Dios Santo, Tasio... el barrio es un gueto y esta calle, la casa, una cárcel!

–Es difícil adaptarse –admitió él.

–¿Sabes quiénes te pegaron?

–No.

–¿Les viste la cara, las ropas...?

–Eran españoles, no hispanoamericanos. Es todo lo que sé.

–¿Te hablaron?

–Insultos racistas, solo eso.

–¿Solo eso? ¿Crees que fue casualidad, que eran nazis de esos que salen y golpean al primero que se encuentran?

Había meditado sobre ello, antes y después de vomitar.

No creía en las casualidades.

–No lo sé, Lalena. No lo sé –se sintió aliviado de llegar a la casa.

Entraron en el portal sin hacer ruido, como sombras buscando nuevas sombras en las que ocultarse. Se apoyó en la pared mientras ella abría y cerraba la puerta exterior con su llave. Después vino lo peor: subir la escalera.

Peldaño a peldaño.

–Así, despacio.

–Me estoy mareando...

–¡No lo hagas, no vomites! Tendría que limpiarlo y alguien nos oiría.

–Ya no tengo nada que echar fuera.

–Tasio, ¿puedo preguntarte algo?

–Sí.

–¿Te metiste con Octavio en lo suyo?

–¿Quieres decir si estoy en la banda? –frunció el ceño con desagrado, como si el hecho de que Lalena dudase de él le molestase–. ¡No! ¡Ya te lo dije la primera vez!

–Bien, perdona.

–Esto no tiene nada que ver... –no terminó la frase.

–Perdona –insistió ella.

Ya no volvieron a hablar. Sobre todo por precaución. Lalena le ayudó a llegar hasta su piso antes de bajar al suyo. Lo dejó en la puerta, quieto. La oscuridad era casi total. La penumbra apenas quedaba rota por una leve claridad que provenía de la ventana del rellano. Eran capaces de vislumbrar el perfil de sus facciones.

Inquietantes las de ella, machacadas las de él.

–Seguirás siendo un chico muy guapo, tranquilo –susurró Lalena mientras le acariciaba el rostro y le apartaba el pelo de la frente.

–Gracias por ayudarme.

–Tarde o temprano necesitaré un amigo que me apoye. Espero que seas tú.

–Dalo por hecho.

–Buenas noches, tesoro.

Le besó la mejilla y retrocedió para bajar un piso y meterse en su casa.

19

Por la mañana al abrir los ojos, pensó que todo había sido una pesadilla.

Hasta que notó los pinchazos en las articulaciones, el intenso dolor de cabeza, el mareo.

Hora de enfrentarse a la tormenta.

Tarde o temprano, le verían, así que quedarse en cama era una tontería, y más lo era decir que se encontraba mal. Su padre ya habría ido al trabajo, pero su madre lo hacía más tarde. Si no se levantaba entraría ella para despertarle.

Pero levantarse requería un esfuerzo enorme que no sabía si estaba en condiciones de llevar a cabo.

Como si ella leyera sus pensamientos, la escuchó al otro lado de su puerta.

–¡Tasio! ¿Se puede saber qué haces todavía en la cama? ¡Haz el favor de levantarte, hijo!

No le respondió, y eso fue peor.

–¿Tasio?

–Sí, mamá, ya voy.

–¡Ahora!

–¡Ya voy!

Lo dejó, refunfuñando, y él se puso boca arriba. La oscuridad allí era plena. Sentía el cuerpo asaeteado por miles de agujas punzantes y una masa enorme aplastándole el cerebro; o peor aún: metida allí, dentro de su cabeza y pugnando por expandirse. Hizo acopio de fuerzas y valor y se incorporó.

La primera vez fracasó. No veía nada pero sintió cómo todo le

daba vueltas.

Esperó unos segundos y volvió a intentarlo de nuevo. Esta vez encendió la luz.

Centró sus ojos en un punto de la pared. En la mancha más grande. Venció las punzadas, el dolor, el mareo y las arcadas y logró quedar sentado en la cama. Para ponerse en pie tuvo que arrodillarse, apoyarse en la pared de su espalda y empujar hacia arriba. El cuerpo le pesaba una tonelada y los músculos se resistían a hacer su trabajo. Pero lo consiguió. La siguiente dificultad fue vestirse, ponerse algo para llegar al único cuarto de baño y confiar en que a esa hora ya no hubiera nadie dentro o esperando.

Se puso los pantalones y salió de allí.

Hacía mucho calor, y sabía que cuando el verano estuviese en su apogeo, sería peor. Su diminuto espacio olería a tigre.

Tuvo toda la suerte del mundo. Ni su madre se cruzó en su camino ni había nadie en el cuarto de baño. Lo de «cuarto de baño» no dejaba de ser un eufemismo. Un lavamanos, un inodoro y una ducha. Todo muy pequeño. Ni siquiera cabían dos personas. Cuando se miró en el espejo se asustó. Las marcas en la cara eran lo de menos: un par de rasguños, el labio algo hinchado y un hematoma junto al ojo izquierdo. Pero las del cuerpo asustaban. Ya habían adquirido tonos violáceos. Sabía que luego se pondrían cárdenas, más tarde amarillas comatosas y finalmente remitirían.

Tampoco era su primera paliza.

Se lavó la cara antes de optar por meterse en la ducha. El agua hizo algo más que lamerle las heridas: se las avivó. Estuvo a punto de gritar pero se quedó quieto, liberando el dolor para que saliera a flote. Luego se secó como pudo, sintiéndose mejor, más dueño de sus reflejos. No le habían roto nada. Una paliza cerebral, medida, de expertos. Cuando salió del cuarto de baño lamentó no haber cogido una camisa además de los pantalones.

Porque su madre, entonces, sí estaba allí.

No pudo abrir la boca. La reacción fue fulminante.

–¡Tasio, Dios mío!

–No te asustes...

–¡Pero qué...! –se llevó las manos a la cara y se cubrió la parte inferior, no los ojos, que expresaban todo su horror y consternación–. ¿Qué has hecho, hijo?

Tasio se sintió aún más herido.

–¿Yo?

–¡Hay que llevarte al médico!

–Estoy bien, solo fueron unos golpes.

–¡Oh, Tasio! –llegaron las primeras lágrimas.

–Espera, espera, ¿a qué ha venido eso de preguntarme qué he hecho *yo*?

La mujer no sabía si tocarle. Seguía consternada, contemplando el cuerpo de su hijo.

–¿Qué pasó? –logró preguntar.

–¡Me quisieron robar! –gritó él–. ¡No pasó nada más que eso, que intentaron robarme y como no llevaba nada, se enfadaron y me golpearon! ¿Por qué demonios tenía que ser otra cosa?

–No digas eso –su madre se santiguó al escuchar el nombre del diablo–. Ven, vamos a la habitación, deja que examine...

–Mamá, no –la detuvo.

–¡Tasio!

–Me robaron, ¿de acuerdo? –la miró fijamente mientras la sujetaba por los brazos–. Yo no hice nada, ni me he metido en líos. Si dudas, me ofendes.

–¿Seguro? –se obstinó ella.

Tasio se sintió abrumado por un súbito cansancio.

–No importa –inició el camino de regreso a su habitación.

–Déjame que te lleve al hospital, por favor.

–Tendría que dar parte, poner una denuncia, ¿y alguien iba a creerme? Somos emigrantes, mamá. Para ellos, nosotros traemos los líos y los problemas –sostuvo su mirada asustada–. Me duele pero pasará. Y ya estoy avisado, tendré más cuidado. ¿Qué más quieres que te diga?

Alguien se acercaba. La dejó en mitad del pasillito y se refugió en la habitación. No se detuvo en la parte de sus padres. Se coló en su espacio dispuesto a vestirse y salir de allí cuanto antes.

Le costó mucho, muchísimo, no dejarse caer sobre el colchón, agotado.

20

Lo peor, de pronto, era la ofuscación.

No podía pensar con claridad.

La paliza había diseminado minas por todo su cerebro, y no dejaban de estallar a cada instante, cuando sentía dolor, cuando sentía rabia, cuando sentía frustración. Minas, minas, minas. Deseaba tanto olvidar como... matar.

No era justo.

El señor Quiroga le dispensó de hacer trabajos duros. Se quedó en la barra. Lo único que le preguntó fue:

–¿Culpa tuya?

–Me asaltaron anoche, al salir de aquí, es todo lo que sé.

–Bien –suspiró el hombre.

Y no dijo nada más.

Pero al terminar la jornada, lo suyo ya se había extendido como una mancha de aceite por el barrio. Al bar fueron a verle sus pequeñas fans, Leti, Norma y Desy. Respiraron aliviadas al comprobar que los daños eran superficiales. Coqueteaban con él sin cortarse un pelo. Desy era la peor, o la mejor, según se mirase. Unos días antes había llegado a guiñarle un ojo, procaz, mientras se pasaba la lengua por los labios de manera aún más evidente. Eran tres diablos, jóvenes, hermosas, con la vida reventando igual que una fruta libre y poderosa a través de sus cuerpos.

Al anochecer, Fausto Quiroga le dijo que se fuera a su casa.

–Vete, no estás para seguir. Se te doblan las piernas.

–Estoy bien, señor Quiroga –insistió.

–Bueno, pues aunque lo estés: lárgate y duerme doce horas.

Mañana tu cuerpo te lo agradecerá.

Tuvo que hacerle caso. Por suerte no era un día de mucha actividad, víspera de festivo o festivo. Eso lo convenció. Salió del bar y bajo el asomo de la noche sobre la ciudad se detuvo un instante, mirando al cielo.

No quería volver a pasar por el sitio de la paliza.

–No seas imbécil –se dijo.

Reanudó la marcha, y aunque lo esperaba de un momento a otro, sintió una mezcla de rabia y fastidio cuando vio a Octavio.

Esperándolo.

–Primo, primo... –su cara era un poema.

–Déjame en paz, Octavio –intentó eludirlo.

–¿Cómo voy a dejarte en paz? ¡Llevas mi sangre, maldita sea! ¡Dios...! –se aproximó a él–. ¿Qué te hicieron?

Tasio se detuvo.

–Dime una cosa –le miró con acritud–. ¿Fuisteis vosotros?

El horror tintó las facciones del chico. Y parecía sincero.

–¿Qué estás diciendo? –abrió las dos manos–. ¡Pero qué maldita pendejada estás diciendo, joder! ¡Mira, no trates de confundir las cosas! ¡Te lo dije, te avisé, y no me hiciste caso! ¿Crees que no sabía de qué te estaba hablando? ¡Llevo aquí muchos años, tú no!

–Entonces fue un accidente, unos nazis de mierda.

–¿Quieres mentirte a ti mismo?

–Octavio... –reapareció aquel cansancio abrumador, que le saturaba la mente y se le metía por los huesos, paralizándole la razón.

–Saben que estás solo –su primo se le puso delante, muy cerca, para dar mayor énfasis a sus palabras–. Aquí se sabe todo.

–¡Yo no soy nadie! –gritó él–. ¿Qué les importo?

–No se trata de ser o no importante. Tú eres uno de los nuestros, y te atacan a ti para demostrar que ellos están al tanto y dominan la situación. Es así de simple.

–¿Y qué ganan con eso?

–¡Poder! –la palabra estalló en los labios de Octavio–. Es de lo que se trata, de lo que va esta película: de poder y respeto. Sin lo uno no

hay lo otro. Por eso es necesario que pertenezcas a algo. ¡En este mundo nadie puede estar solo o aislado! ¡Ya no existen las islas, primo! ¿Cómo quieres que te venguemos si no eres de los nuestros?

–¿Venganza? –la palabra fue otra cuña en su cerebro–. ¡Si ni siquiera sé quiénes eran!

–Eran Genos, seguro.

–Hablaban español, sin acento. Y no llevaban ningún pañuelo rojo en la cabeza.

–¿Crees que no tienen amigos? Probablemente han preferido desmarcarse esta vez, para que no sospechemos de ellos –Octavio arrugó la frente–. ¿Te hablaron?

–Sí.

–¿Y qué te dijeron?

–Nada, insultos.

–Los nazis te habrían matado.

–De acuerdo –rezongó–. Fueron Genos. ¿Qué vais a hacer? ¿Ir a por uno de ellos, sin más?

El tono de Octavio fue seco e implacable.

–Sí.

–¡Y luego ellos irán a por uno de nosotros! ¡Y vuelta a empezar!

–¡No! ¡Cada vez llegan más hermanos! ¡Estos son los días decisivos! ¿Quieres que nos echen del barrio o que nos maten a todos? ¿Quieres que nuestras hermanas no se sientan seguras ni puedan salir de casa? ¡Esos cerdos no respetan nada, nosotros sí! ¡Estás del lado bueno, Tasio! ¡Del lado legal!

La voz de Octavio lo aturdía.

–La violencia nunca es legal.

–¡Es autodefensa! ¡La Nación Latina es un paraguas protector, no un grupo de choque! ¿Es por el dinero? ¡Yo pagaré tu cuota!

–No seas estúpido.

–¿Y tú qué eres, un maldito cobarde? ¿No ves lo que te hicieron? ¿De haber podido, no los hubieras matado allí mismo? ¿*tú* a ellos?

De haber podido.

Seguían en medio de la plaza, demasiado cerca del bar como para

sentirse a gusto o a salvo de la mirada de Fausto Quiroga o de Amalio. Quería echar a andar de nuevo y perderse, pero esta vez sabía que no iba a ser tan fácil.

–Ven –le pidió Octavio cogiéndole del brazo para obligarlo a andar.

–¿A dónde?

–Ven –insistió su primo.

–No.

Fue una rebeldía vana. No tenía apenas fuerzas para resistirse.

–Esto se acabó, Tasio –se mantuvo firme–. Lo quieras o no, vas a venir, porque puedo llevarte a rastras en tu estado. Y vas a escuchar. Solo eso. Ni siquiera está lejos, ¿OK?

Quería acabar con todo aquello.

Y tal vez lo mejor fuera enfrentarse directamente al lobo, verle las orejas, resistir su mirada.

Aquella mirada fija y penetrante.

–De acuerdo –se rindió con todo su pesar.

21

No caminaron mucho. La dirección era contraria a la suya, pero apenas si se trataba de unos quinientos metros, aunque no en línea recta. El barrio era el mismo, pero allí mostraba mayores signos de degradación, si ello era posible. Basuras en las esquinas, niños jugando por la calle, mujeres sentadas en las sillas plegables que bajaban de sus casas, automóviles de poca potencia, algunas camionetas y camiones robando el exiguo espacio, ropa tendida en las ventanas, música surgiendo de varias de ellas...

De mi pobre corazón,
yo sé muy poco.
Y me engaña la razón,
me vuelve loco.
El amor es mi enemigo,
herida abierta.
Y ahora te maldigo,
al cerrarme esa puerta.

Era una estúpida canción de amor. O de desamor. Ahora la odiaba. Se había hecho muy popular en Quito meses atrás, y la bailaba con Alejandra porque sonaba a todas horas o hacían versiones de ella en los bailes. Aún era capaz de sentir su calor, su aroma, la presencia de su cuerpo entre los brazos al escucharla. La última vez que la había oído fue la tarde en que se despidió de ella, y se le antojó una burla. Iba de camino a casa y le persiguió un largo trecho, con aquellas vocales alargadas hasta la extenuación, la primera o de «poco», la primera de «loco», la e de «abierta» y la de «puerta». El cantante, Sergio Velasques, apodado el Pincho, la interpretaba con todo el empaque de las baladas nostálgicas, interiorizando el dolor de la ruptura.

–Linda, ¿no es cierto? –dijo Octavio.

No respondió a la pregunta.

–¿Falta mucho?

–Ya llegamos. Es ahí.

La casa presentaba ruina. Allí no podía vivir nadie, salvo algún desesperado. Unas vigas de madera sostenían la fachada para evitar el derrumbe. En la entrada había dos jóvenes, uno a cada lado, como de veinte años a lo sumo. Sus músculos eran poderosos, forjados en horas de gimnasio y pesas. Llevaban el pañuelo verde en la cabeza, las camisetas negras con el lema «Nación Latina» en el pecho y un sinfín de cadenas colgando del cuello. El de la derecha tenía los brazos enteramente tatuados, sin dejar un resquicio.

Los dos se apartaron al verles llegar.

Miraron a Tasio de arriba abajo, con relativa indiferencia.

–Ahora, por Dios, escucha y mira bien lo que dices –le susurró Octavio.

–¿He de tener miedo? –pareció burlarse él.

–Respeto, primo. Respeto. No sólo te la juegas tú. También yo. Aquí lo que hace cada uno repercute en la familia, no lo olvides. Yo tengo una posición, me la he ganado, y ni tú ni nadie me la va a arrebatar.

La habitación, o lo que fuera aquello, estaba al fondo. Probablemente nadie subía a los dos pisos superiores, por precaución. La casa debía de haber tenido un local, una tienda, y aquello quedaría reservado al almacén. El techo era de uralita y mostraba algunos parches y remiendos, para evitar que la lluvia se colase dentro.

Contó nueve personas.

Una de ellas, la única que estaba sentada en una vieja butaca, era el joven del colgante con la letra M.

El mismo que había ido dos veces al bar.

A verle.

Octavio se detuvo frente a él, con Tasio a su lado. Los otros ocho, seis hombres y dos mujeres, siempre con edades que oscilaban de los dieciocho o diecinueve hasta los veinte y pocos, quedaron a ambos lados de su líder. Aquello no era un trono, pero poco le faltaba. No resultaba necesaria una butaca real. Era la forma en que alguien utilizaba una simple silla lo que confería ese rango al asiento.

–Este es Mauro –dijo Octavio–. Nuestro rey.

No supo qué decir.

Porque no se trataba de un juego, bien que lo sabía.

Y entonces reaccionó.

Alargó la mano y lo saludó. Primero extendió el puño cerrado, luego esperó a que él hiciera lo mismo. La espera fue larga pero mantuvo la firmeza de su gesto. Temió que se lo rechazara y entonces...

Mauro lo atravesó con la mirada.

Y acabó correspondiendo al ritual.

Entrechocaran los nudillos por tres veces, después unieron sus dedos índices, tirando con fuerza y, por último, de nuevo con el puño cerrado, lo alzaron a la altura del pecho.

Pareció como si el resto lo aprobara. Hubo miradas, leves sensaciones. Octavio suspiró y sonrió.

Mauro no cambió para nada su semblante.

Tasio ya no supo qué más hacer.

–¿Cómo estás? –habló por primera vez el rey señalando su cara machacada.

–Mejor.

–Te dieron duro.

–Sí.

–No te rendiste. Es lo que cuenta.

–Eran tres. No podía hacer mucho.

–Pero no te rendiste.

–¿Cómo lo sabes?

–Si lo hubieras hecho, si hubieras llorado o suplicado, te habrían hecho mucho más daño. Quizás te habrían cortado una oreja. Es su marca para los cobardes, según el código.

Había códigos en la selva.

–Hubiera sido una pena –comentó una de las chicas–. Es un cielo.

–Cállate Lorna –le ordenó Mauro. Y volviendo a Tasio añadió–: Octavio es uno de los mejores, ¿sabes? Tienes suerte de que sea tu

primo. De no ser por él no estarías aquí.

–Lo que sucedió fue un accidente.

El rey de la Nación Latina alzó una ceja. Solo una.

–¿Estás seguro?

–Sí.

–¿Por qué?

–No eran hispanos, ni llevaban pañuelos rojos como los Genos. Eran españoles, nazis o algo así.

–Nada de lo que sucede en el barrio es fortuito, Tasio. Y has de tener clara una prioridad: somos tu familia. Estos son tus hermanos y hermanas –abarcó al resto de los asistentes–. Venimos del mismo lugar, y tenemos una misión común.

–¿Cuál es?

–Sobrevivir, merecer el respeto de los demás, conseguir que los próximos hermanos que vengan lo hagan con la cabeza alta y plenas garantías de que aquí tendrán una oportunidad. Por último, nuestra misión es dejar un mundo mejor a nuestros hijos.

–Con violencia...

–¿De qué violencia hablas? –lo detuvo Mauro–. Son ellos los que te han dado una paliza –se tomó un par de segundos antes de continuar–: Estás solo. No te has hecho respetar, lo saben, y han actuado en consecuencia. Nosotros no podemos protegerte si no eres uno de los nuestros. No basta con llevar la misma sangre. Hay que unirse y gritarlo. Esto –se llevó el dedo índice de la mano derecha a la cabeza señalando su pañuelo verde–, es tu salvoconducto. Y esto –se tocó el pecho a la altura del corazón–, es lo que hará que tu vida sea digna y puedas sentirte orgulloso de ella.

Hablaba bien, con palabras hermosas.

Pero falsas.

–Tenía un amigo allí, en Quito.

–Darío Peña, sí. Todos conocemos la historia.

Tasio pareció comprenderlo de golpe.

–Así que por eso estoy aquí.

–Lo mataron. Cometió un error. Tú te portaste como un hombre.

–No cometió ningún error. Le tendieron una trampa y cayó en ella. En cuanto a mí...

–Hiciste lo que debías. Y sin mancharte las manos de sangre.

Tasio se mordió la lengua. No quería entrar en ello. Era un trapo rojo puesto delante de sus ojos de toro. Apretó las mandíbulas y el sesgo de su furia se le marcó a ambos lados de la cara.

Ya no lo disimuló.

Sabía que Octavio, a su lado, estaba pálido.

–Aquí eres un objetivo, Tasio, y te matarán por serlo –Mauro se levantó de su butaca.

–¿Por qué soy un objetivo?

–Porque eres nuevo y serás un ejemplo para los demás. Porque Octavio es tu primo. Porque tú estabas allí cuando mataron a Darío Peña, se sabe lo que hiciste y las voces corren. Porque los Genos simpatizan con los Maches. Por estos y muchas otros motivos, hermano. Y créeme –le puso una mano en el hombro–, entiendo tus razones. Ver morir a alguien a quien quieres es muy duro. Sin embargo nosotros no escogemos siempre. No podemos. Son la vida, las circunstancias, la propia sangre las que escogen.

Tasio sintió un leve mareo. Demasiado rato de pie y con las huellas de la paliza encima.

–¿Estás bien? –se interesó el rey de la Nación Latina.

–Sí –mintió.

–Eres fuerte. Y también pareces listo.

Mauro dejó de hablar. Deslizó la vista apartándola de él. Primero la posó en Octavio, después en sus ocho adláteres. La detuvo en la chica que había hablado antes, Lorna. Era una morena de carnes apretadas, o mejor decir que la ropa ajustada se las apretaba. La otra iba como el resto, con la ropa dos o tres tallas por encima de lo normal. Lorna era la imagen de una salvaje, una autentica depredadora. Los ojos eran puro fuego. Los labios, muy rojos, sensuales. El cuerpo tórrido. La mirada de su jefe la hizo sonreír con astucia.

–Te esperamos –retornó su atención a Tasio–. Ve, descansa y recupérate. Nadie te obliga a volver, pero sé que lo harás. Ahora no quiero que digas nada más.

Era una orden.

–Llévalo a casa, Octavio –ordenó.

–Pero...

–Llévalo –cortó su conato de protesta.

Tasio no supo si despedirse, si hacer el saludo o no. Seguía sin ser uno de ellos. El aturdimiento avanzaba de forma progresiva y temió incluso desvanecerse.

–¿Vamos con ellos? –propuso Lorna

–No. Quedaos. Octavio se ocupa.

Ella hizo una mueca de insatisfacción.

–Tasio –el rey se colocó delante de él. Medita bien lo que te he dicho. Tu padre no ha trabajado tantos años como una mula para enterrarte aquí.

Asintió con la cabeza.

Solo eso.

–Y una cosa más.

Octavio y él se detuvieron.

–Nadie que no sea uno de los nuestros está autorizado a hacer nuestro saludo –dijo Mauro–. Te lo he correspondido porque, de todas formas, me has demostrado respeto con él. No lo olvides.

Ahora sí fue el fin de la conversación.

22

Varias veces había estado delante de la hoja de papel, con el bolígrafo en la mano, sin atreverse a poner ni siquiera la primera palabra.

De repente sí se sentía con fuerzas.

Por lo menos para intentarlo.

Querida Alejandra:

El resto tenía que salirle del lugar de donde se supone que salen siempre las cosas: de las tripas.

Ya no era cuestión de corazón o cabeza.

Tu carta me demolió. Puede que la esperase, puede que la mereciera, puede que tú hayas visto lo que yo no supe ver, puede que sea lo más lógico, puede que no todo sea como imaginamos los dos y quede una esperanza. Hay tantas cosas que podrían ser.

Pero la realidad es esta, y tú has marcado la línea, aunque toda la culpa parta de mí y de ese alejamiento familiar impuesto.

–¿Tasio?

Dejó de escribir al llamarlo su madre, y apenas si tuvo tiempo de esconder la hoja de papel debajo del libro que tenía preparado por si acaso.

–¿Sí, mamá?

–Me voy a trabajar, ¿tú no?

–Hoy entro más tarde, es un día tranquilo.

–¿Qué haces?

–Leo.

–Se te van a caer los ojos. ¿Seguro que es bueno leer tanto?

Sonrió con tristeza. Ojalá pudiera leer más.

–Sólo la cultura te hace ser mejor persona y te da una oportunidad, mamá –manifestó.

–No sé quién te metió esas ideas en la cabeza, hijo, pero espero que tengas razón.

–Si pudiera dejar el bar mañana mismo, volvería a estudiar. Ya he encontrado alguna academia nocturna.

–Eso es caro.

–No, no lo es. Y trabajando duro podría pagarlo.

Ella miró la hora.

–He de irme, cariño.

–No lo limpies todo en una hora, que te conozco –se burló sin ganas.

Su madre se acercó y le besó en la frente. Tasio la vio salir de la habitación. Hubiera podido estar más cómodo en la sala, pero allí siempre había gente, por lo menos los más viejos, viendo la televisión. Esperó a que sus pasos se alejaran, sacó la hoja de papel con la carta para Alejandra y reanudó su redacción.

Ahora somos libres. Tú lo necesitabas ahí, en Quito, y yo... Aún no me he encontrado a mí mismo en España. Todavía no sé quién soy. Me muevo entre dos aguas, como un anfibio que no desea volver al mar pero que aún no se atreve a seguir la evolución y comenzar a arrastrarse por tierra. El tiempo dictará las normas, sentará las razones, y nos hará ver todo esto en perspectiva. Es lo que me decía aquel maestro: «Aléjese para verlo todo en perspectiva. Sólo así se capta la realidad del conjunto». ¿Lo recuerdas? Sin embargo, y aunque siempre pensé que un día vendrías a España conmigo, quizás sea yo el que acabe regresando más temprano que tarde, porque este país no es lo que yo imaginaba. A veces es como si no me hubiera movido de casa, y otras como si viviera en la Luna, tan lejos de la Tierra y de todo... Me siento como en una cárcel, sin salida.

No voy a olvidarte, Alejandra. Es lo único que no puedes pedirme, y lo único que jamás te daré. Supongo que somos aún demasiado jóvenes para hablar de «memoria», pero ahora estás en ella. Es más, creo que la llenas toda. Fuiste la primera boca que besé, la primera piel que mis manos acariciaron, el primer cuerpo que abracé. Nos poseímos y eso nos hizo

brevemente eternos. Si puedo estudiar en España, si un día tengo lo que deseo y anhelo, quiero escribir de nosotros, tratar de mostrar en imágenes y palabras la pureza de tu ser.

Perdona si te he hecho daño. No lo mereces. Yo también te amo y sé que si nos escribiéramos esas cartas llenas de dolor a las que te referías en la tuya, acabaríamos odiándonos o algo peor. No hay peor lazo que el de la atadura imposible. Me pides que sea feliz y yo te digo lo mismo. Si un día te enamoras, házmelo saber, para suspirar aliviado.

Tuyo, de corazón:

Tasio.

La estaba repasando cuando se abrió la puerta, sin más, y por el hueco asomó la redonda carita de Yolanda, la niña que vivía con sus padres en la habitación contigua a la suya. Tenía apenas nueve años, pero ya despuntaban en ella los dones de una mujer. Y pese a haber llegado a su nueva patria siendo tan niña que ya no recordaba nada de su pasado, era ciento por ciento ecuatoriana.

–¿A quién escribes? –fue directa.

–A un amigo.

–¿No es a una muchacha?

–No –mintió.

–Déjame ver –tendió su mano hacia la carta.

–Es privado –se negó él.

–¿No tienes novia?

–No.

–Mejor –no ocultó su coquetería–. Un día yo seré tu novia.

–Eres muy chica para eso.

–Cuando yo tenga quince tú tendrás veintitrés –lo proclamó sin ambages–. Es perfecto. Y seré muy guapa. Mi mamá lo dice.

–Entonces, hablaremos en ese momento –se mantuvo serio, para no herir su susceptibilidad.

–Tampoco hace falta esperar a los quince. Mi mamá me tuvo a los catorce y ya era novia de mi papá desde casi dos años antes.

–En España es diferente.

–Porque no saben –le guiñó un ojo con desparpajo.

La vida en un pañuelo, programada, establecida por padres y madres. Una forma de protección en el exilio. De pronto era un «buen partido». Joven, guapo... Y existía la leyenda de que siempre había más mujeres que hombres.

La caza era salvaje.

Tasio se puso en pie.

–He de irme a trabajar.

–Bien –la niña lo miró al pasar por delante, alzando la cabeza, sin perder detalle.

–Otra vez no abras la puerta sin llamar, ¿de acuerdo?

–Era por si te veía en calzoncillos –se echó a reír.

Y él supo que hablaba en serio.

23

Cada mañana, fuera la hora que fuera, al llegar, Fausto Quiroga le examinaba el rostro con atención casi médica. Raramente hacía comentarios. Sólo evaluaba su recuperación. Aquella mañana sí abrió la boca para decir:

–Ya casi estás bien.

–Gracias.

–No me preocupa tu salud, sino el efecto que causas en los parroquianos. Un camarero con el rostro machacado no es bueno para el negocio. Siempre hay quien piensa que la pelea tuvo lugar aquí, en el bar. Es cuestión de reputación.

–¿Sí?

–¿No me crees? –se cruzó de brazos y se le puso delante–. A lo peor te piensas que soy tu segundo padre.

–No tanto.

–El día menos pensado te vas, como todos; cuando encuentres algo mejor, con menos horas de trabajo y más sueldo.

Tasio se puso rojo.

–Es un mal pensado.

–¿No has mirado un solo anuncio del periódico desde que llegaste?

–Por curiosidad... sí, para ver lo que hay, que otras opciones...

–¡No me hables de opciones! –se enfurruñó el hombre–. Lo que hay es lo que hay y punto. ¡Tonto serías si no aspirases a algo mejor! ¡Y más tú, que eres listo, no como la acémila de Amalio, que sigue aquí sólo porque espera quedarse con el bar algún día!

–Yo no soy listo –bajó la cabeza.

–¡Y además falsamente modesto, o masoquista! ¡Pues claro que eres listo, y lo sabes! ¡Listo y atractivo para las mujeres, aunque espero que no te sirvas de eso para salir adelante! –frunció el ceño para mirarlo de hito en hito–. ¿Por qué dices que no eres listo?

–No sé, desde que he llegado...

–¿Ya querrías haberte comido el mundo? ¡Mira este!

–Aún me siento algo perdido.

–Es un gran cambio, un salto. Este país no te lo pone fácil ni aun teniendo papeles, como tú. ¿Quieres un consejo? Yo no suelo dar consejos, pero éste sí es válido. No corras. No tengas prisa. ¿Te crees que el tiempo pasa muy rápido? ¡Espera a llegar a mi edad! Vive cada momento y aprovéchate de él.

–¿Incluida la paliza?

Fausto Quiroga siguió observándolo, con los ojos de un viejo conocedor de la naturaleza humana. El bar seguía en calma, con los clientes de la barra apaciblemente sentados sin pedir nada más y los de las mesas quemando el tiempo ocioso que la vida les regalaba.

–¿Has sabido algo más acerca de quiénes te la dieron o por qué?

–No.

–¿Seguro?

–¿Por qué lo dice?

–¿Estás en alguna banda? –se lo soltó a quemarropa.

–No.

–¿Te lo han propuesto?

No supo qué contestarle, y la demora fue como un sí explícito.

–¿Qué vas a hacer? –el tono de su patrón era muy seco, pero también escondía una preocupación latente.

–No lo sé.

–Tasio...

–¡Les he dicho que no, pero no me dejan en paz! ¡Incluso pienso que la paliza me la dieron ellos mismos, es decir, amigos suyos, españoles, para no infundir sospechas! ¡Hablan de honor, de hermanos, de respeto...!

–El único honor que cuenta es el de tu sentido común, hijo –le

previno el señor Quiroga.

–¿Conoce a un ecuatoriano llamado Mauro?

–He oído ese nombre.

–Ha venido al bar un par de veces, pañuelo verde en la cabeza, una enorme M colgada del cuello...

–Lo he visto, sí.

–Es el rey.

–¡Dios! –estalló en una media carcajada cargada de ironía–. ¡Las bandas tienen reyes! ¡Presidentes no, claro, porque son electos y eso exigiría una democracia, pero reyes...! ¡Latin Kings, Ñetas, Salvatruchas...! ¿De qué banda es rey ese Mauro?

–Nación Latina.

Fausto Quiroga hizo un gesto de desagrado. Como si de pronto le doliera el estómago.

–Nación Latina, claro.

–Los otros son los Indígenas de Ecuador, los Genos.

–Nunca hay una sola banda. ¿Por qué siempre ha de haber dos y pelear entre sí? ¿Por qué?

No supo qué responderle. Ni siquiera estaba seguro de cómo habían acabado hablando de aquello. Ahora ya era tarde para evitarlo. El dueño del bar movió ligeramente el cuerpo y se sirvió un vaso de agua del grifo. Lo apuró de un largo sorbo.

–Mira, Tasio –movió el dedo índice de su mano derecha arriba y abajo frente a él–. Tanto da cómo se llamen unos y otros, que haya reyes y emperadores, que se llenen la boca con palabras hermosas como respeto, honor... Puede que las ideas sean buenas. Puede que el propósito sea encomiable. Puede. Pero el fin siempre es malo, y no justifica los medios, por mucho que el señor Maquiavelo defendiera eso. Sois jóvenes, os hierve la sangre y al final siempre, siempre, surgen problemas. Uno mira a una chica y el novio quiere defenderla. Otro marca una línea imaginaria en una calle y dice que es una frontera y que de aquí para allá ese barrio es de su gente. Un tercero piensa que los ecuatorianos, o los colombianos, o los de dónde sea, son sus enemigos... Al final siempre aparece la violencia. No hay otro camino. Cuando uno tiene un martillo, ve clavos por todas partes.

A Darío le habían aplastado la cabeza con un bate de béisbol.

–No se enfade conmigo –le pidió a su jefe–. Yo no he hecho nada.

–Ni espero que lo hagas, por Dios. Las bandas no son más que espejos del fascismo. ¿Sabes lo que es el fascismo, Tasio? –continuó sin esperar su respuesta–. ¿Cómo se puede creer en algo que, por ejemplo, no respeta a las mujeres, que las somete y las convierte en esclavas? ¡Dicen que los hombres las defienden, pero no es verdad, les quitan la libertad! ¡Llegan a ser instrumentos sexuales!

–¿Por qué grita tanto? –se asustó Tasio.

Fausto Quiroga miró a sus clientes. Casi todos le observaban con aprensión. Los más lejanos debían de pensar que lo estaba riñendo, porque uno dijo:

–¡No seas duro con el chico, Fausto, que tú también rompiste algún plato de joven!

El dueño del bar lo tomó de brazo y lo llevó a un lado de la barra.

–Tasio... –pareció vacilar, no encontrar las palabras adecuadas o luchar contra algo–. Tengo un nieto de doce años, ¿sabes? –suspiró de pronto–. Un nieto al que jamás he conocido, porque su madre se lo llevó muy lejos antes de que pudiera verle nacer.

–No entiendo...

Los ojos de Fausto Quiroga brillaban como ascuas.

–Fue aquí –abarcó el mundo al otro lado del bar–. Mi hijo tenía diecinueve años, era solo un poco mayor que tú, y se metió en una banda. Entonces no existía la Nación Latina, pero da lo mismo: son distintos perros con el mismo collar. Yo no lo supe hasta que fue tarde. Tenía una novia, si puede llamársele así, porque no era más que su chica, su esclava, como prefieras. Una propiedad más. Él chasqueaba los dedos y ella saltaba. Creo que incluso se la ganó a otro jefe, peleando. Hasta que un día... –abrió las manos, como dejando que algo se evaporara–, lo mataron, en una pelea, así –las dejó abiertas y flotando en el aire.

Tasio no podía hablar.

–Ella estaba embarazada –suspiró el dueño del bar–. Lo supe cuando ya era tarde. No quiso quedarse en esta nada con su niño y... se fue. Lo perdí a él, y perdí a mi nieto.

–¿Quién...?

–¿Qué importa? –esbozó una sonrisa de pesar–. No son cosas personales, solo... raciales. Unos llevan un pañuelo azul y otros lo

llevan amarillo. Alguien fue a por él o se trató de una pelea o... ¿qué más da? Muchos de vosotros no estáis preparados para venir a este país, y este país desde luego no lo está para acoger a quienes traen los males de allá. Y por desgracia, si no hay un bien común, una meta, un ideal...

El silencio se apoderó de ambos.

–¿Por qué me ha contado esto, señor Quiroga?

–Tú sabes por qué, Tasio.

–Yo no estoy...

Sonó el teléfono del bar y eso le cortó las palabras que iba a pronunciar. Volvieron a la realidad de golpe. Fue Fausto Quiroga quien se acercó al auricular y lo tomó. La conversación apenas si duró un segundo.

–Es para ti –se lo tendió a él.

–¿Para mí? –se extrañó Tasio.

–Es una chica.

–Solo le he dado este número a... –se le abrieron los ojos de par en par.

24

Sara llevaba una de sus habituales faldas largas y anchas. Todavía no le había visto las piernas. Pero si las manos, los brazos y los pies eran bonitos, las piernas no podían serlo menos. Lo que sí realzaba su figura era la camiseta ceñida, ajustada con perfecta armonía sobre su cuerpo. El escote, en forma de barca y muy bajo, permitía adivinar el nacimiento y la parte superior de los senos. Su piel era tan blanca que el cabello resaltaba igual que una llamarada pese a no ser excesivamente rojo. Lo mismo que resaltaban en su rostro aquellos increíbles ojos grisáceos.

Instintivamente pensó que abrazarla tenía que ser un sueño, como achuchar a una muñeca de tamaño natural, blandita y esponjosa, capaz de deshacerse en ese abrazo. Tasio le sacaba una cabeza y cuando ella lo miraba tenía que levantar la suya, estirando el cuello de forma que los labios cobraban una nueva dimensión.

Parecían ofrecerse como flores abriéndose con la mañana.

–Debieron de dejarte la cara hecha un mapa –se la estudió todavía más de cerca.

–No, peor fue el cuerpo.

–¿Sí?

Se levantó un poco la camiseta. Uno de sus lados había pasado del negro violáceo al amarillo comatoso.

–¡Por Dios! –se asustó ella.

–No te preocupes –bromeó–. Me consta que se les rompieron las manos y los pies al golpearme.

–Yo no le veo la gracia –estaba seria–. La violencia me puede, y más la gratuita. Es algo que... Ves morir a gente en la tele, y piensas que sus países están en guerra, por lo que sea, religiones, petróleo... Pero que unos chicos se dediquen a pegar a otro sin más...

–Fue un accidente, ya pasó.

–Puede volver a suceder.

–Gracias por avisarme.

Echaron a andar vencida la primera reacción, el beso en la mejilla y la sorpresa por los restos de la paliza aún visibles en él. Sara no parecía haberse arreglado especialmente. Lo que por lo visto en España llamaban «ponerse guapa», como hacía Lalena cuando salía. Sin embargo había detalles, el cabello limpio y frondoso, los pies delicados y como recién salidos de una ducha, ni siquiera una gota de sudor...

–Creía que te habías olvidado de mí –dijo ella.

–No.

–¿Por eso no me llamabas? –señaló sus golpes.

–En parte –fue sincero.

–¿Y eso qué quiere decir?

–No estaba seguro de... bueno –no supo cómo explicarlo.

–¿Un chico y una chica se dan los teléfonos y te crees que ella lo hace por cortesía o para no contestar si él la llama?

–No, claro.

–¿Qué pasa, que en Ecuador no se estilan las citas y esas cosas?

–He tenido algún problema.

–¿Además de la paliza?

–Llevo poco aquí. He de acostumbrarme a muchas cosas nuevas. Eres... mi primera amiga.

–Querrás decir tu primera amiga española.

–No, mi primera amiga en general –se dio cuenta de que apartaba a Lalena de ese círculo y no supo por qué.

–Pues me alegro de haber hablado contigo en aquella cola.

–Yo también.

A Sara se le iluminó el rostro.

–Menos mal que la excusa para llamarte es estupenda.

Se le había olvidado el motivo de la cita. Por teléfono ella le dijo que tenía una sorpresa.

Aunque más allá de la sorpresa seguía flotando el aroma de lo insólito, su posible interés por él.

Sara le agarró de la mano y lo condujo hasta uno de los bancos del parque.

–Tengo un posible trabajo.

–¿En serio?

–Ajá.

–¿Para mí?

–Para los dos –su sonrisa se expandió de oreja a oreja.

Tasio no supo qué decir.

–Cuando me hablaron de ello, pensé en ti. Es... perfecto.

–¿Qué clase de trabajo es?

–Una agencia de modelos busca chicos y chicas «diferentes» –hizo el entrecomillado con los dedos índice y medio de cada mano–. Es para una campaña publicitaria especial.

–Yo no soy modelo –abrió los ojos él.

–Yo tampoco, pero soy exótica. Y tú tienes ese aire latino... Das el pego, seguro. Necesitan cincuenta chicos y chicas de entre dieciséis y diecinueve años, algo multiétnico: blancos, negros, amarillos, rubias, pelirrojas, morenas… Y nada de profesionales, claro, porque cincuenta son muchos. El *casting* es mañana, y te aseguro que pagan bien para tres días de trabajo.

–¿Y si me cogen, qué le digo al señor Quiroga, el dueño del bar en el que estoy?

–Tres días enfermo.

–No puedo mentirle. El barrio es como un altavoz.

–Pues dile la verdad, que te dé permiso.

–Así de fácil.

–Tú inténtalo. Primero veamos si te aceptan, que seguro que sí, y cuando tengas el curro ves si te conviene.

–¿Y con estas marcas en la cara qué?

–El anuncio lo rodarían en dos o tres semanas, hombre. Estas cosas llevan su tiempo. Y aunque solo sea en una... ya estarás bien. Y pueden maquillarte.

–Eres genial –convino Tasio–. La persona más positiva que he conocido.

–Eso sí es cierto –lo aceptó ella.

–Y vas directa a lo que te interesa.

–Creído.

–¿Yo?

–Eso lo decías por ti, claro.

–No –se puso rojo–. Te juro que no pensaba...

–Míralo –se burló Sara–. El guaperas latino. Si cantases arrasarías. ¿Sabes cantar?

–No.

–Pues es una pena. Uno de los pintores para los que he posado conoce a mucha gente. Lo de la agencia me ha venido por él. Seguro que también tiene contactos en alguna discográfica.

–Pues lo siento.

–Más lo siento yo. Sería tu mánager.

Logró hacerle reír.

Se preguntó si aquel día, en la cola, sólo se le había acercado por ser atractivo, sin más.

–Tienes instinto, ¿verdad? –le preguntó de pronto.

–Mucho. Y me fío de él –asintió Sara.

Deseó besarla y se le antojó la idea más absurda y precipitada del mundo.

Como si estuviera loco, o necesitado, o ansioso, o todo a la vez.

–¿Tienes que ir al bar o podemos quedarnos aquí un rato, en plan romántico y tal? –bromeó de nuevo Sara haciendo ostensibles gestos con las manos y la cara.

–Podemos quedarnos –dijo él.

–¡Fantástico! –se le colgó del brazo–. Venga, cuéntame cosas: de ti, de Ecuador, de lo que quieras. A mí me encanta escuchar.

25

Dejó de flotar cuando se dio cuenta de que estaba en su calle, a pocos metros de su casa.

Entonces acompasó la respiración, dejó de sonreír y buscó la forma de parecer normal. Por primera vez pensó en lo que dirían sus padres cuando les contase que iba a trabajar tres días en el rodaje de un anuncio de televisión.

¿Y si no les parecía bien?

¿Y si lo consideraban algo... indigno?

Ellos no entendían la vida más que como trabajo y esfuerzo, lucha y penalidades, sufrimiento y puños apretados para seguir adelante. Que le pagaran tanto como un mes de trabajo en el bar probablemente les pareciese poco claro, sospechoso. Le machacarían a preguntas.

El rodaje era para dentro de dos semanas.

Tenía tiempo.

Se detuvo un momento, respiró, centró su atención y reanudó la marcha, aunque por dentro la excitación no menguaba. Era imposible. Además también la habían seleccionado a ella. Los dos juntos entre la cola de candidatos que se habían presentado.

Lo más curioso es que Sara estaba segura de que así sería.

–Hacemos una pareja estupenda –le había dicho.

Y era verdad. Incluso porque no tenían nada en común.

Creía que en un *casting* los candidatos hablaban, se movían, representaban alguna escena improvisada o les hacían interactuar con otros. Pero no había sido así. Al menos no en ese *casting*. Buscaban 50 chicos y chicas «diferentes» para rodarlos en grupo, para hacer bulto. Ninguno iba a abrir la boca. Se trataba de anunciar unas ropas globalizadas, es decir, universales. Prendas que podían llevar europeos

o africanos, altos o bajos, rubias o morenas; de ahí la mezcla, el potaje étnico.

Sara vivía a salto de mata. No era seguro, pero sí emocionante.

Tasio sintió aquel hormigueo.

–Suerte –oyó la voz de Alejandra en su cabeza.

–No te he olvidado –susurró él.

–Ella es real, está ahí, contigo. Y le gustas.

–No.

–Le gustas y lo sabes. Y ella te gusta a ti. A su lado sientes cosas.

–Cállate, Alejandra.

Se calló, y la vio desvanecerse sin perder su sonrisa dulce.

Llegó a la casa y se proyectó como una sombra huyendo del sol hacia el portal. Primero había creído que los gritos procedían de otra parte. Ni les había prestado atención. Ahora se dio cuenta de que salían de allí, de la escalera, de uno de los pisos superiores, tal vez el suyo.

Aceleró el paso y subió los escalones de tres en tres, olvidándose de Sara, del *casting*, de su sorprendente trabajo como modelo para dos semanas después.

Los gritos eran de un hombre y una mujer, pero con una diferencia: ella chillaba y él vociferaba.

Lo peor eran los golpes.

Llegó al rellano inferior al suyo. La puerta del piso de Lalena estaba medio abierta, y el escándalo procedía de su interior. Media docena de mujeres temblaba en la escalera, con las manos unidas, estremeciéndose con cada bofetada, los rostros desencajados. Pero ninguna hacía nada.

Tasio no hizo preguntas.

Escuchó la voz del padre de su amiga:

–¡Puta!

Y el nuevo impacto, acompañado por el gemido de la muchacha.

Se precipitó hacia el interior del piso. Tampoco tuvo que adentrarse mucho en él, porque la escena tenía lugar a pocos pasos del exiguo recibidor lleno de bultos, maletas y enseres que no les cabían

dentro a las familias que allí vivían. El hombre ni siquiera había esperado a que su hija cerrara la puerta.

Lalena estaba en el suelo, doblada sobre sí misma, protegiéndose la cabeza y más aún la cara con los dos brazos. Su padre, encima, la sujetaba por el pelo con la mano izquierda y la machacaba con la derecha. Cada bofetada restallaba con sequedad. Cada puñetazo era ahogado por la turgencia de la carne, ya enrojecida al máximo.

Tasio hizo lo único que podía, sabiendo que él no dejaría de golpearla pidiéndoselo.

Cargó contra el hombre, lo empujó hacia la pared, y éste no tuvo más remedio que soltar a su presa para protegerse y no caer.

–¡¿Pero qué...?! –bramó.

Tasio lo aplastó con su cuerpo.

–¡Basta, señor Rosendo!

–¿Qué coño...? –el padre de Lalena le hundió sus ojos enloquecidos y fuera de sí–. ¿A ti quién te ha dado vela en este entierro, niñato de mierda!

–No le pegue más.

–¡Es mi hija y hago lo que quiero! –forcejeó para sacárselo de encima pero no pudo, porque Tasio le tenía bien ganada la posición.

–Es su hija, pero no puede hacer lo que quiera. Y ya es mayor –trató de mantener la calma.

–¿Tú también te la tiras? ¿Es eso? ¿Uno más? –movió la cabeza para mirarla a ella, que se estaba incorporando mitad histérica mitad asustada–. ¿Con él también, puta?

Lalena alcanzó la pared, al lado de la puerta. Por el hueco se veía a las vecinas, apiñadas en el rellano, mirando la escena con sus rostros graves y expectantes.

–Se acabó, papá... –gimió la chica.

–¡Te voy a matar!

Tasio venció su ira final.

–Sal de aquí, Lalena –le dijo a su amiga.

Ella pareció estar bloqueada.

–¡Baja a la calle! –alzó un poco la voz para imprimir mayor carácter a sus palabras.

–¡Si te vas no vuelvas! –aulló el hombre–. ¿Me oyes, puta? ¡Si te vas se acabó! ¡Eres una vergüenza!

Lalena dio media vuelta y se desvaneció más allá de las mujeres.

Ningún murmullo.

Quedaron ellos dos.

–Suéltame –masculló el padre de la chica con los dientes apretados.

–Es una buena chica –suspiró Tasio agotado.

Las dos miradas convergieron en un punto intermedio, atravesándose.

–Suéltame –repitió el hombre.

Lo hizo.

Aflojó la presión. Luego se separó unos centímetros. Esperaba el golpe, pero no llegó. Esperaba más insultos, pero no se produjeron. Solo aquella mirada rabiosa, atravesada y fuera de sí.

Tasio dio un paso atrás.

Y otro, y otro más.

Lo último que escuchó a su espalda, cuando inició el descenso hacia la calle en pos de Lalena, fue la impotente explosión final del señor Rosendo.

–¡Puta!

26

Alcanzó a Lalena en la esquina. La chica se movía igual que un autómata averiado, abrazada a sí misma, con la cabeza baja hurtándole el rostro a los que la miraban y con el paso vacilante. No iba a ninguna parte, sólo corría, huía a la búsqueda de un paraíso inexistente.

–¡Lalena!

No se detuvo, así que forzó su propia carrera para sujetarla.

Ella se estremeció. Ni siquiera se daba cuenta de que era él, porque trató de soltarse, defenderse. Agitó los brazos, avanzó su cuerpo hacia adelante y lo golpeó sin fuerzas con las manos. Seguía con la cabeza baja y los ojos abstractos. Las marcas de la paliza eran visibles en sus brazos, el cuello...

–¡Lalena, soy yo, quieta!

La obligó a mirarle.

Primero pensó que no le reconocía, porque la mirada mantuvo aquel punto de ingrávida locura. Después, poco a poco, sintió cómo ella se relajaba, los músculos dejaban de estar tensos y los ojos perdían la orla de pánico que los hacía permanecer abiertos y fijos.

–Tranquila –susurró Tasio.

Lalena observó el movimiento tras él, por si aparecía su padre.

–*Sssh*... –la tranquilizó aún más.

La abrazó. Y ella entonces cedió viniéndose abajo, aplastándose contra su cuerpo al amparo de su protección, hundiendo el rostro en su pecho para llorar, liberada aunque no por ello menos aterrorizada.

La gente pasaba envolviéndolos con sus miradas.

Un hombre sonrió. Una mujer movió la cabeza pesarosa, de lado a

lado. Cada cuál interpretó lo que más quería, aquello que su instinto le dictaba.

–Vámonos –inició la marcha sin soltarla.

–¿A dónde? –gimió ella.

–No puedes volver a casa ahora. Ven conmigo al bar.

–¿Y luego qué?

–Tu padre se habrá calmado. Hablaré con él.

–¿Tú?

–Sí, yo, ¿qué pasa?

Lalena le acarició la mejilla y lo miró por entre sus lágrimas. Ahora en su expresión aparecieron gotas de ternura.

–Eres un niño –suspiró ella.

–Eso no es cierto.

–Tú también te irás de aquí.

–¿Qué ha sucedido? –pasó por alto lo incierto de sus palabras.

–Nada, no te preocupes.

–Por favor...

Logró hacerla caminar. Doblaron la esquina y se alejaron de la calle. El dolor era ya más anímico que físico, aunque la rojez de la carne delataba las zonas más castigadas. De todas formas no pudieron alejarse mucho. En la siguiente esquina la propia Lalena acabó sentándose en el bordillo, entre dos coches aparcados, sin importarle la suciedad del suelo. Aun en su estado estaba muy guapa, pero tenía desgarrones en la ropa y su alma acusaba la tensión emocional que la invadía.

–¿Por qué tu padre te llamaba puta si estás solo con Víctor?

La chica apartó su rostro.

–¡Tú me ayudaste a mí, deja que yo haga algo por ti, aunque sea «un niño»! –lo pronunció con falsa ironía.

–¿Y qué quieres que te diga?

–¿Te han visto con él?

–Sí.

–¿Cuándo? –le mostró su incomprensión.

Lalena no respondió.

Y entonces a Tasio se le erizó todo el vello del cuerpo.

–Fue... aquella noche, ¿verdad? La de mi paliza. La única vez que...

El silencio fue revelador.

–Lalena, lo siento...

–Hubiera sucedido tarde o temprano –musitó ella–. Te dije que las casas tienen ojos.

–Pero por mi culpa...

–No –ahora fue la muchacha la que impuso su tono de voz–. ¿Qué querías, que te dejara allí herido, como un perro? No digas tonterías, Tasio. ¿Acaso no me has ayudado tú ahora impidiendo que mi padre me matara?

–Yo no me juego nada. Tú te arriesgabas mucho más.

–¿Y qué importa que nos vieran esa noche? ¿Y si alguien del barrio se hubiera tropezado con Víctor y conmigo en el centro? El resultado habría sido el mismo. Uno le dice a otro, este a otro más, y en unos días alguien lo vierte en los oídos más convenientes y a su antojo, cambiando, tergiversando. Entonces tu padre cree lo peor. No escucha. No le importa nada. Cree lo peor, y eso es lo que más duele, ¿sabes?

Volvió a llorar.

–¿Qué le has dicho?

–Que es mi novio, que le quiero, que es colombiano de nacimiento pero español de adopción y tiene ya su vida en España, que yo... –se ahogó en su llanto.

–¿Y aun así te ha pegado?

–¿No te das cuenta?

–¿De qué?

–Cualquier padre desearía que su hija se casara con un español o con alguien que tenga la nacionalidad, y que así ella también se convirtiera en española. Un problema menos. Cualquiera menos el mío.

–No lo entiendo.

–¡Es esta sociedad cerrada que nos rodea, Tasio! ¡Las mujeres no

contamos! ¡Tú puedes tener una novia de acá y todos contentos! Pero yo, un novio que no sea ecuatoriano... ¡Yo soy una mujer, y perteneceré siempre a alguien, a mi padre ahora, a mi marido después! ¡Nos «protegen»!

–Pero no podemos vivir en España según las costumbres de allá.

–Siempre hay una primera generación que sufre las consecuencias del cambio, y nos ha tocado a nosotros.

–No digas eso.

Lalena le agarró las manos. Jugueteó con sus dedos, uno a uno, todavía con gestos nerviosos. Las suyas eran perfectas, y se las cuidaba. Las uñas eran como diez teclas de un piano de ensueño. El contacto hizo que él se estremeciera muy levemente.

–Eres un muchacho muy atractivo, Tasio. Y lo sabes. Eres hombre, pero aun así ándate con cuidado. A veces la belleza es una maldición. Si no se sabe cómo emplearla...

–No has hecho nada malo –quiso alentarla.

–Siempre he sido guapa, muy guapa –lo dijo con orgullo–. Una belleza. A los diez u once años ya me miraban los hombres. Todos, chicos y mayores. Conozco bien esas miradas. Me desarrollé rápido. A los doce tenía novios, a los trece perdí la virginidad, a los catorce, quince... Era la más guapa siempre, allá donde iba, y mi padre vigilándome, acechándome. Si le sonreía a uno, me pegaba. Si me veía con otro, a él le corría a palos y a mí me castigaba. ¡Ha querido matar todo el fuego que llevo dentro, y a mí se me ha avivado más y más por culpa de eso! ¡Pero no soy una cualquiera! ¡Nunca he ido con hombres casados ni con dos a la vez ni...! ¡Y cuando apareció Víctor me enamoré, Tasio! ¡Me enamoré! ¡Lo quiero!

–¿Qué hará cuando se entere de lo que tu padre te ha hecho?

–No lo sé –se llevó una mano a la frente y la apoyó en ella.

La otra siguió unida a las de él.

–¿Víctor puede reaccionar mal?

–No, y menos con mi padre. Ya sé lo que me dirá.

–¿Qué?

–Que me vaya a vivir con él. Soy mayor de edad.

–¿Lo harás?

Lalena levantó la cabeza. Miró al frente.

–¿Me queda otra solución? –encontrar el camino la hizo serenarse un poco más–. Ya no puedo volver a mi casa. No lo digo por si me golpea de nuevo. Lo digo porque es capaz de encerrarme o...

–Entonces...

–No hubiera querido que fuera así –movió la cabeza de lado a lado un par de veces–. Me habría gustado...

–¿Casarte?

Ella apoyó la cabeza en su hombro. Ahora los segundos los mecieron despacio. Y transcurrieron muchos. Un minuto. Dos.

–¿Puedes acompañarme a casa de Víctor? –rompió aquel silencio prolongado.

–Claro –afirmó él–. Cogemos un taxi ahí mismo.

La decisión estaba tomada.

Aun así, Lalena continuó sentada en el bordillo, jugando con los dedos de las manos de Tasio, paciente.

Se encontraba en el vértice de su vida y necesitaba doblarlo del todo.

27

Faltaban quince minutos para la hora de cierre cuando los vio aparecer por la terraza, aunque no ocuparon ninguna de las mesas libres, se quedaron de pie, esperando.

Octavio, una chica desconocida y la llamada Lorna, presente en la reunión en la casa que servía de refugio o punto de encuentro a los miembros de la Nación Latina.

Sabía que no era casual, así que esperó a que su primo entrara en el bar.

Cuando lo hizo fingió sorpresa, y la envolvió con un toque de naturalidad.

–Llevaba días sin verte –lo saludó el aparecido.

–Tengo mucho trabajo, y estoy buscando algo mejor, te lo dije.

–No sé por qué tienes tanta prisa en marcharte de aquí –abarcó el local con una mano–. Esto está bien, ves a la gente, bebes gratis...

–Cuando me vaya puedes pedir el puesto.

–Oh, no –Octavio sonrió con suficiencia–. A cada cual lo suyo.

–¿Y qué es lo tuyo?

–Negocios por la vía libre.

–¿Eso qué significa?

–Que sé moverme.

–¿De qué vives realmente? –le preguntó Tasio.

–Tengo mis cosas, ya te digo.

–¿Con la banda?

–No seas perverso, primo –se lo reprochó con una mueca de

desgana–. ¿Cuánto te falta para cerrar?

–Un poco –fue lo más impreciso que pudo.

–Entonces te esperamos.

Los dos miraron hacia el exterior. Las chicas estaban de perfil, hablando bajo la atenta expectación de los hombres que estaban solos, grupos de amigos o lo que fueran. No vestían precisamente para pasar desapercibidas. La desconocida estaba llena de curvas, entradas y salidas armonizadas con su ropa, hombros desnudos, escote pronunciado, ombligo al aire, vaqueros destrozados y con más agujeros que tela. Lorna no era menos, pero seguía con su ropa ajustada al máximo, mostrando la generosidad que la naturaleza, pródiga, le había regalado.

–Estoy cansado, Octavio –dijo apartando sus ojos de ellas.

–Eh, eh –el chico se le puso delante–. Es viernes noche.

–¿Y qué? Llevo todo el día de pie. No sería una buena compañía.

–Vamos a bailar.

–No –lo proclamó con firmeza.

–Primo, primo –Octavio le sujetó por un brazo y le hizo mirar hacia ellas–. ¿Has visto a Lorna? Se quedó contigo el otro día, en la casa. Está por ti. Chasquea los dedos y es tuya. Dios, ¿vas a rechazar a una hembra así?

–¿Por qué no?

–¿Te gustan las mujeres? –arrugó la cara.

–Sabes que sí.

–¡Pues aquí tienes una! ¡Por todos los santos!, ¿sabes cómo es Lorna? ¿Sabes la de hermanos que han querido estar con ella? ¡Es puro fuego!

–¿Regalo de la banda?

Octavio apretó las mandíbulas. Su aspecto risueño se desvaneció. Una sombra oscura impregnó sus facciones hasta casi cambiarlas.

–¿Qué te pasa? –quiso saber.

–Nada –dijo con su naturalidad reforzada pero en guardia.

–No puedes pasar de nosotros, de tu gente –se esforzó en hacérselo comprender Octavio–. No estás solo. Y si la rechazas a ella –apuntó con su dedo índice a Lorna–, rechazas algo más que a una

chica o la posibilidad de gozar de una gran noche. Nos rechazas a nosotros.

–Hay algo que no entiendo –se cruzó de brazos–. ¿Por qué no me dejáis en paz?

–¿Te crees demasiado bueno para tu gente? –el dedo índice se lo clavó ahora en el pecho–. ¿Vas a cambiarte la sangre y a limpiarte las venas? Porque eso es imposible, hermano. Eso no vas a cambiarlo. ¿Qué te sucede? ¿Qué pasa contigo? –la presión del dedo se hizo mayor–. Me comprometes a mí, desprecias a Lorna, que es una gata salvaje y peligrosa, nos das la espalda cuando te hemos dado una oportunidad...

–Vosotros no me habéis dado nada.

–Entonces serán otros los que te quiten lo que tienes.

–¿Y qué tengo yo?

Octavio se acercó hasta que la distancia que los separaba fue de apenas unos centímetros. Seguía serio, furioso. El pañuelo verde era un semáforo que no invitaba al paso. Desde el exterior les llegó la risa de las dos muchachas. Lorna acababa de echar la cabeza hacia atrás, desparramando su cabello por la espalda. Su compañera fumaba indolente.

–Nadie quiere estar solo, Tasio –dijo masticando cada palabra–. O estás loco o quieres que te maten; y te lo digo en serio, ambas cosas son más que seguras, especialmente la segunda.

La última mirada fue asesina.

Luego dio media vuelta y salió del bar gritando algo de que la noche era suya y con los brazos abiertos, dispuesto a recoger a las dos chicas y llevárselas de allí.

28

Le sorprendió encontrarse a su madre en la cama, sin haberse levantado para ir a trabajar. Entre semana limpiaban las oficinas haciendo la labor más rutinaria, suelos, polvo, papeleras... Pero los sábados atacaban a fondo: ventanas, servicios, escaleras...

–¿Mamá?

–Ah, hola, hijo. Buenos días.

–¿Qué haces aquí?

–No me encontraba muy bien. No tenía fuerzas para levantarme. Tu padre ha llamado para decir que estaba enferma.

–¿Enferma tú? –se asombró él.

–Ni que fuera de hierro.

–Casi.

Se sentó a su lado y le puso la mano en la frente. No tenía fiebre, pero sí los ojos debilitados por el agotamiento.

–Me recuperaré en seguida, tranquilo. Unas horas de descanso...

–¿Para eso vinimos aquí, mamá?

–No. Vinimos aquí porque es donde trabaja tu padre y donde construiremos un futuro mejor.

–¿Así? –mostró su postración.

–¿Vas a culparme de no encontrarme bien?

–Sabes que no es eso.

–¿Entonces qué es?

–Tú mereces algo mejor que limpiar la porquería de los demás.

–Todos merecemos algo mejor, pero tenemos lo que tenemos, y

hemos de aceptarlo tratando de que las cosas cambien. A tu edad...

–Sí, mamá, ya lo sé: era todavía más duro. Pero si te mueres deslomándote como lo haces, tampoco habrá servido de mucho.

–Nadie se muere por un poco de trabajo.

Era inútil discutir con ella. Y necesitaba descansar, dormir. Se inclinó sobre su cabeza y le besó la frente. Luego se incorporó y salió de la habitación. En la sala común había más gente de lo normal, como siempre en sábado o domingo.

–¿Han visto a mi padre?

–Salió hará un minutico –le indicó una de las ancianas del piso.

Bajó a la calle y le localizó a unos veinte metros, hablando con otros dos hombres en la acera de enfrente, a la sombra. Los tres llevaban pantalones cortos y dos iban en camiseta. Su padre por lo menos se cubría con una camisa. Caminó a su encuentro pero sin llegar a entrar en el círculo del trío.

–¡Papá! –lo llamó.

El hombre volvió la cabeza.

–¿Qué? –no se movió.

Tasio le hizo una seña. Su padre dobló los labios tensando las comisuras. Les dijo algo a los otros dos y se apartó de su lado para dirigirse hacia donde le esperaba su hijo.

–¿Qué quieres? –lo increpó.

–Hablar de mamá.

–¿Qué le pasa? Estaba descansando.

–Y sigue descansando, pero me preocupa.

–¿Por qué?

–Porque trabaja demasiado, y no es fuerte. No está para limpiar suelos.

–Mujeres mucho mayores que ella, hasta con sesenta años, lo hacen.

–No conozco a esas mujeres, pero mamá es mamá.

–¿Y qué quieres, hijo, que no trabaje? ¿Cómo saldremos adelante entonces?

–Así que hay que sacrificarla.

El hombre acusó el golpe. No le gustó. Su tono se revistió de amarguras.

–Todos nos sacrificamos. ¿Tú no? ¿O te crees que me gusta que seas camarero? Pero es necesario hacerlo ahora. Justo ahora, al comienzo. Un día tendremos nuestro propio piso, tal vez una pequeña tienda, y hasta es posible que tú vuelvas a estudiar como tanto deseas.

–Yo voy a estudiar antes de lo que piensas, papá.

Se produjo una pausa.

–Es tu vida –admitió el hombre–. Siempre he confiado en ti.

–Llévala esta tarde al cine, o a pasear, como hacíais en Quito hace años. Sácala un rato de esa casa y de esa habitación.

–¿Qué te pasa, hijo?

–Nada –dominó el nudo de su garganta.

–¿Tienes problemas en el bar?

–No. El señor Quiroga es una gran persona.

–Lo sé. Y él también está contento contigo.

–¿Ah, sí?

–¿Crees que no pregunto?

Parecía todo dicho. Iba a dar media vuelta pero su padre lo retuvo.

–Tasio, ¿sabes algo de la hija del señor Rosendo?

Se quedó paralizado.

–¿Por qué?

–Se ha escapado de casa. Ha desaparecido.

–No me extraña después de la paliza que le dio.

–Tú fuiste la última persona que la vio, según parece.

–No hice más que evitar que él la matara.

–Te metiste donde no te llamaban, entre un padre y su hija.

–No, papá. Me metí para ayudar a una amiga y una excelente persona, porque nada de lo que se dice de Lalena es cierto.

–¿Y tú cómo lo sabes?

–Somos amigos.

–Entonces sí sabes dónde está.

Se envaró.

–Eso no.

–Cuanto más tarde en volver será peor, más furioso se pondrá ese hombre –suspiró su padre–. Si la ves, díselo, adviértela. La están buscando.

–¿La policía?

–No –fue terminante el hombre–. ¿La policía? Ella es mayor de edad, y aunque no lo fuera… esto lo arreglamos nosotros. Es cosa nuestra.

Cosa suya.

Una «hermana» en peligro.

–Deberías llevar un pañuelo verde en la cabeza, papá –echó a andar Tasio.

–¿Qué dices?

No le respondió.

29

El local estaba lleno a rebosar. Ambientalmente por la gente que se apretaba en la pista, bailando. Sonoramente por la música que los atronaba y envolvía, fluyendo a todo trapo de los altavoces y descargando sobre ellos una tormenta de decibelios. Era casi imposible hablar y aun así, fuera de la pista, más cerca de las dos barras, algunos lo lograban, aunque empleándose a fondo, a gritos.

–¡Esto es genial! –le dijo Sara al oído.

–¿Te gusta? ¿En serio?

–¡Es una pasada! ¡Esa música...! ¡Quiero que me enseñes a bailar así!

–¡A tanto no sé si llego!

–¡Vamos, que todos vosotros habéis nacido con el ritmo en el cuerpo!

–¡Leyendas!

–¿Eso qué es? –señaló a una de las parejas.

–¡Salsa!

–¿Lo ves? ¡Yo no sé diferenciar la salsa del chachachá o eso del *reggaeton* del merengue! ¡En España el merengue siempre ha sido un postre!

Sara se quedó mirando a la pareja. Parecían tener alas en los pies y una dinamo en las caderas. Los movimientos eran perfectos: él la soltaba, la recogía, trenzaban sus piernas sin estorbarse, metiéndolas entre las del otro, se apretaban pelvis contra pelvis, pegaban sus frentes y las puntas de sus narices y luego se separaban de nuevo, ella alzaba los brazos y dejaba caer la cabeza hacia atrás, él la asía por la cintura, la hacía oscilar de lado a lado y jugaba con su cuerpo igual que si fuera de plastilina antes de que reiniciaran el ritual.

–¡Mira cómo mueven los pies, es alucinante!

No solo era esa pareja, aunque su exuberancia parecía mayor que la del resto. Casi todos bailaban con una soltura especial, con la libertad de unos movimientos tan flexibles y medidos como lujuriosos. Sara tenía los ojos abiertos y el corazón expectante.

–¡Oh, Tasio! –se le colgó del brazo y dio unos saltitos–. ¡Gracias por traerme! ¡No sabía que hubiera un sitio como este! ¡Y aunque lo hubiera sabido tampoco es cosa de venir sola!

–¿Por qué no?

–Soy la única... –se detuvo.

–¿Ibas a decir «extranjera»? –se burló él.

–¡Cállate, tonto! ¡Y vamos a bailar, va! Si no te avergüenzas de que haga el ridículo...

Tiró de él y sus cuerpos se fundieron en la pista, apretados entre los de los demás. Sara seguía el ritmo, pero bailar no se hallaba entre sus virtudes. Tasio intentó guiarla, y casi lo consiguió. Pero de la salsa se pasó a un merengue, y del merengue a un mambo. Por los altavoces las trompetas sonaban estridentes y los estribillos de las canciones se hacían eternos, llegando siempre al paroxismo en un *crescendo* agotador y delirante. Al final Sara optó por dejarse llevar y, simplemente, moverse, saltar, cerrar los ojos y emborracharse con la música. Cuando lo necesitaba se sujetaba a él, se abrazaba, se apretaba contra su cuerpo y se lo hacía sentir. Entonces abría los ojos y le miraba, riendo, en plan chica mala, cejas bajas, cara de perfidia que rápidamente cambiaba por otra explosión de alegría.

Bailaron cuatro o cinco temas, sudaron y expulsaron toneladas de adrenalina a través de sus poros y sus gestos antes de salirse de la pista.

Y también del local.

Hacia el exterior, para respirar un poco.

–¿Qué tal? –le preguntó él.

–¿Cómo no he tenido ningún novio hispanoamericano? –fingió llorar–. ¿Por qué me he perdido esto hasta ahora? ¡Voy a odiar las discotecas habituales!

–¿Tú ibas a discotecas?

–¿Yo? ¡No! Pero haberlas... ¡*haylas*!

–Eres única –reconoció–. Cuando ríes parece que todo el mundo se agite.

–¡Soy como unas castañuelas! –dio una vuelta sobre sí misma.

–Y yo que no estaba seguro de si te gustaría esto.

–Voy a aficionarme.

–Me alegro.

Se abrazaron un instante. Solo eso. Tasio hundió su nariz entre el revuelto cabello rojizo de Sara. Le bastó un simple segundo para sentir el disparo en su cerebro. La música llegaba hasta ellos amortiguada por la distancia pero aún fuerte, invitándolos. Así que caminaron un poco más, para sentirse a salvo y descansar antes de volver.

–Qué pena que sólo tengas un día libre a la semana –protestó ella.

–Pero no era hoy.

–¿Ah, no?

–¿Un sábado? Ni loco.

–¿Y cómo te las has arreglado?

–Un apaño con el sobrino del señor Quiroga. Dos por uno. Y desde luego contando con su beneplácito.

–¿Dos por uno... te refieres a que has cambiado dos días en que librabas por hoy?

–Sí.

–No tenías por qué hacerlo... –ella se pegó a su brazo y le besó la mejilla.

–Y todavía no le he dicho a mi jefe que faltaré tres días para el rodaje del anuncio.

–Te despedirá y tendrás más tiempo libre.

–No seas mala –apoyó la cabeza en la suya–. Me aprecia.

–Ningún jefe aprecia a sus empleados.

–El señor Quiroga es distinto.

–Iré a conocerlo.

–Le caerías bien.

Dejaron de hablar y se quedaron quietos, hasta que ella se apartó de su contacto. Por delante de ellos pasaba una muchacha de más o

menos veinte años, con un problema evidente de obesidad. Su cuerpo, hinchado, apenas si tenía formas.

Se la quedaron mirando hasta que desapareció en el baile.

–Algún día también voy a ser gorda; no como ella, pero sí como mi madre.

–No es verdad.

–Claro que lo es. No soy una chica de la talla 36, ni siquiera de la 38. Pero no me importa. Es lo que hay, y me gusto. Soy feliz así. No pienso meterme en dietas estúpidas ni en regímenes absurdos solo para gustarle a un idiota que las prefiera delgadas.

–A mí no me gustan delgadas.

–Tú no eres un idiota.

–Gracias.

–De todas formas aún falta mucho para eso –subió los hombros y alargó los brazos–. Mi madre empezó con su cambio morfológico a partir de tenerme a mí, y ya con casi cuarenta...

–¿Hay algo que te preocupe?

–¿A mí? Sí, la paz mundial, el sida, África, el hambre...

–En serio.

–En serio te lo digo. Lo superfluo apenas me afecta. Acepto lo evidente y lucho por lo que considero justo. Llámame simple pero es mi manera de ser y de funcionar.

–Me gusta.

–No te deslumbres –le guiñó un ojo.

–No estoy deslumbrado.

–Oh, sí lo estás –asintió con la cabeza–. Ahora te parezco perfecta pero dentro de cincuenta años ya verás.

–¿Cincuenta años?

–Qué menos, ¿no?

La posible respuesta de Tasio murió en sus labios, antes de que llegara a cobrar forma. El cortocircuito en su cerebro llegó a continuación. Sara notó la manera en que se tensaba.

–¿Qué sucede? –siguió la dirección de su mirada.

No hubo respuesta.

Mauro y varios miembros de la Nación Latina, entre ellos Octavio, entraban en ese instante en el baile. Formaban un núcleo diferencial. Una masa humana situada al margen del resto. Todos les dejaban paso. Nadie les decía nada. En los ojos de los demás había respeto, pero también miedo. Cualquier cosa menos indiferencia.

–¿Quiénes son? –preguntó su compañera.

Mauro volvió la cabeza y les vio.

Tasio comprendió entonces que no tendría que haber llevado a Sara a su terreno, su barrio, el baile.

Y ya era demasiado tarde.

–Tasio, ¿quieres hablarme? –insistió ella–. ¿De qué va esto? ¿Quiénes son esos fantasmas?

Los miembros de la Nación Latina entraron en el local y desaparecieron de su vista.

30

Sara se detuvo en la esquina.

–Es aquella casa –señaló un viejo edificio de ladrillo visto ubicado en la otra acera–. La que tiene la panadería abajo.

Tasio lo contempló. Necesitaba una reparación urgente de su fachada. Contó las ventanas y se detuvo en las del tercer piso, el de ella.

–Te diría que subieras a echar un vistazo, pero a esta hora me temo que mis compañeros estarán... ocupados.

–Ya.

–Sería un poco incómodo.

–Y es tarde.

–Y es tarde –convino la chica.

No quería equivocarse con Sara. Era española. Todavía no conocía demasiado bien los usos y costumbres de su nuevo país. Si metía la pata y lo estropeaba... Por esa razón se quedó un poco en suspenso, sin saber qué hacer, dudando como tantas veces dudaba.

–Ha sido genial, ¿vale? –inició ella la conversación final

–Siento que nos hayamos tenido que ir del primer sitio.

–No importa. En el otro también hemos bailado.

–Pero el primero era mejor.

–Lo malo es que te has puesto... triste –expresó su sentimiento con una mueca de dolor.

–Triste no, sólo preocupado.

–Bueno, todo lo que me has contado... –alzó las cejas expectante–. Te entiendo. Siempre que leo esas cosas en los periódicos me parecen

surgidas de otro mundo, y encima antiguo, tipo *West Side story*. ¡Bandas en el siglo XXI! Una no cree que estén ahí, en la calle, tan cerca, ni que existan esos problemas: fronteras en los barrios, todo ese rollo de los hermanos y las hermanas, los códigos... –hundió en él sus hermosos ojos grisáceos–. Me alegro de que no estés metido en eso.

–¿Sabes lo difícil que es vivir al margen de la mayoría?

–¡Pero no todos los que están en España se meten en bandas!

–Si van a por ti, eso es lo de menos. Ellos me quieren.

–¿Por qué?

Le había hablado de muchas cosas, de Octavio, de Mauro, de Lalena, de cómo vivían… pero no de Quito, ni de Darío.

Y no sabía si hacerlo.

–¿No quieres contármelo? –musitó Sara.

–No es una historia bonita.

–Las parejas no están todo el día contándose chistes.

Se rindió. Tanto porque quería contarlo y así liberarse como por la necesidad de compartirlo con ella.

–Darío era mi mejor amigo –dijo abriendo muy despacio su corazón–. Más que amigo, un hermano. Estudiábamos juntos, pasábamos el tiempo juntos, planeábamos cosas juntos... No teníamos más que sueños y esperanzas, pero nos bastaban. Sentíamos la necesidad de cambiar el mundo y no nos dimos cuenta de que el mundo nos iba a cambiar a nosotros.

–¿Y qué os sucedió?

–Un día él se enamoró –su expresión se volvió dulce–. Eso pasó hace un año, a punto de cumplir los dieciséis. Ella tenía quince y era muy bonita, mucho. Pero era la hermana de un rey. Y no solo eso. Había sido novia de uno de los lugartenientes de su hermano. Darío y yo no éramos nada, no pertenecíamos a nada, y el rey le dijo a mi amigo que si quería seguir con ella tendría que formar parte de la banda –desvió sus ojos de los de ella un momento porque empezaba a emocionarse–. La muchacha era preciosa, se llamaba Teresa, y Darío estaba muy enamorado, así que aceptó. Yo le dije que no fuera loco, que si se metía no saldría, pero resultó inútil. Había perdido la cabeza.

–El amor suele provocar eso en la adolescencia, sí –comentó Sara–. Y también a los veinte, los treinta... Supongo que siempre, si es que te da fuerte.

–Darío hubiera entrado en la banda sin ningún problema –continuó Tasio–, pero el ex novio de Teresa no lo veía con tan buenos ojos. Seguía enamorado de la chica, o tal vez se despertaron en él los celos al verla o imaginarla con otro. Quizás esperaba recuperarla. Lo cierto es que maquinó un plan para deshacerse de mi amigo... y lo consiguió.

–Cabrón –susurró Sara.

–Un día le robó algunas cosas, papeles, con su nombre. Mató a un miembro de la principal banda rival, el hermano menor del rey en esa zona, y dejó las pruebas contra Darío junto al cadáver. Así que cuando los de la banda lo descubrieron fueron a por él y... nos sorprendieron.

–¿Estabais juntos?

–Sí.

–¿Cómo... no te mataron también a ti?

–Puede que pensaran hacerlo, y puede que no. Yo no pertenecía a la banda y ellos lo sabían. No les importa dejar testigos. ¿Quién es tan loco comopara denunciar algo? El caso es que me sujetaron mientras le daban una paliza y luego el hermano del chico muerto, el rey, lo remató con un bate de béisbol –dos lágrimas cayeron de sus ojos–. Le... aplastaron la cabeza, ¿sabes? A veces aún escucho ese ruido, ese sonido sordo, como de árbol aplastado. Fue...

–No sigas –quiso detenerlo ella–. Ya vale.

Tasio negó con vehemencia.

–¿No quieres saber por qué me ofrecen entrar en la Nación Latina? ¿Ni qué hice aquel día?

–¿Qué... hiciste? –apenas tenía aliento.

–Perdí la razón. Conseguí soltarme de los dos que me tenían cogido, aprovechando que se habían relajado tras el asesinato de Darío. Ni siquiera pensé en escapar. Estaba vivo, pero no me importaba. El cuerpo de Darío me gritaba desde su silencio, así que me abalancé sobre el rey y lo derribé.

–¿Le mataste? –Sara abrió unos ojos como platos.

–Luchamos, como hombres, y aunque él era rey, y mucho más fuerte que yo, le vencí. No sé si tuve suerte, o si la rabia que me poseía me hizo más duro. Cada golpe que me daba me hacía más insensible. Tragaba el dolor. Un velo de sangre me cubría los ojos. Realmente quería matarlo. Deseaba hacerle lo mismo que le había

hecho a Darío, pero cuando lo tuve en el suelo, inconsciente, a mi merced...

–No lo hiciste.

–No pude.

–¿Y te dejaron marchar?

–Sí, por supuesto.

–Y eso, según los normas de esa gente... ¿qué significa?

–Muchas cosas –mencionó él–. Cada banda tiene sus estatutos, su constitución, su biblia, hay muchas formas de llamarlo, pero para los Maches aquello representó que yo era el nuevo rey si lo pedía, que el derrotado se convertía poco menos que en mi servidor... Qué se yo. Había sido una pelea justa y legal. Para eso están los códigos. Sin embargo mi única sensación seguía siendo la rabia, hasta que de pronto se vio superada por el miedo, y el miedo trajo la frustración, como si le hubiera fallado a Darío.

–Tú no le fallaste.

–Lo sé, pero en ese momento...

–¿Qué pasó después?

–Nada.

–¿Cómo que nada?

–Dos chicos de dos bandas rivales muertos. Eso allá es moneda común. Se investigó lo justo y poco más. Ningún policía cruza esos límites. Eso sí, cuando la historia trascendió, por el barrio y por los aledaños, y hasta el más tonto comprendió que lo sucedido a Darío no había sido más que una trampa, al ex novio de Teresa no tardaron en matarlo.

–¿Quién lo hizo?

–Se le juzgó por traidor, por atentar contra la dignidad de otro hermano. El rey lo expulsó. Pero es que una expulsión en esas condiciones es como una sentencia de muerte. Por más que intentó esconderse, y posiblemente huir, acabaron dando con él y lo mataron. Supongo que los de la banda rival. Y en este caso no hubo represalias. Ya no era uno de ellos.

–Dios...

Tasio se mordió el labio inferior.

–Y aquí llega lo más curioso –desgranó cada palabra como si le quemara–, que yo me convertí en una especie de héroe.

–¿En serio? –Sara no podía creerlo.

–Había vencido a un rey, y no le había matado ni tomado su banda. Había defendido una injusticia. En las calles las noticias corren más rápido que el viento. Unos me vieron como un solitario con sus propias normas, otros como un rebelde. Logré sin pretenderlo lo que muchos tardaban años en conseguir: respeto. ¡Y a mí todo eso me daba igual! ¡Yo sólo quería...!

–¿Qué querías, Tasio?

–No lo sé –se llevó una mano a los ojos.

–¿Y tus padres?

–Ellos no supieron nada, ni él aquí ni ella allá, salvo que Darío estaba muerto. Cuando digo que las cosas corren como el viento me refiero a nivel de bandas, en el subsuelo. Los mayores viven ajenos a eso.

–Y ahora estás aquí.

–Soy un símbolo, o algo parecido.

Sara se abrazó a él, inesperadamente.

–Gracias por contármelo –exhaló.

Tasio la abrazo, y el resto fue ya imparable.

Sus rostros ávidos, sus miradas cálidas, sus labios buscándose, el beso...

La tormenta en el silencio de la noche.

31

El beso, el abrazo, los suspiros, los susurros, las caricias, el aroma, el sabor de Sara... todo le acompañaba de regreso a casa, le hacía volar. Los gritos de su mente se mecían bajo la noche suave y estrellada. Quería atrapar el momento, no dejarlo escapar, hacerlo eterno, y suyo, pero lo único que conseguía era avivar el deseo de dar media vuelta y echar a correr tras ella, detenerla, pedirle que le abriera la puerta de su casa.

Cuando el automóvil se detuvo en la acera, a tres metros de él, todo eso desapareció de su cabeza.

Primero pensó que iban a darle otra paliza.

Pero antes de que echara a correr, por la ventanilla apareció la cabeza de Octavio.

–Sube –le pidió.

Fue algo más eso: fue una orden.

–¿Por qué? –se resistió.

–Porque vamos a casa y te llevamos. Y porque queremos hablar contigo.

No tenía sentido decir que no.

Lo peor era que ellos le habían seguido, por la razón que fuese, y ahora sabían dónde vivía Sara.

Los habían visto besándose.

Apretó los puños y subió al coche.

Los dos de delante estaban en la reunión en la casa de la Nación Latina. Octavio y él iban detrás. El vehículo era pequeño, nada estridente, de color gris metalizado. No llevaban la radio puesta ni música a todo volumen. Absoluta discreción.

–¿Es casual que estéis aquí? –le preguntó a Octavio.

–Claro –hizo un gesto de indiferencia–. Pasábamos, te hemos visto, y como queríamos hablarte lo hemos aprovechado. Así de paso te protegemos.

–No necesito protección.

–Si te matan habrá una guerra. ¿Quieres eso?

–Estáis locos.

–Relájate. La pasaste bien. Y ahora estás con tus hermanos, ¿no, primo?

–¿De qué queréis hablarme?

–De Lalena.

Lo esperaba casi todo menos aquello.

–¿De Lalena?

–Sí, de tu amiga y vecina, ¿te extraña?

–Un poco.

–¿Sabes dónde está?

Intentó parecer calmado, y sobre todo no traicionarse.

–No.

–Su padre dice que la defendiste. Algo muy bonito, por cierto, porque ese hombre cuando pierde los estribos... Igual la hubiera matado, o señalado de por vida –se estremeció visiblemente–. ¿Te imaginas estropear algo tan bello?

–No sé dónde está.

–Pero erais amigos.

–Nos veíamos en la escalera, y hablábamos. Si eso es ser amigos... pues sí, lo éramos. Pero ella es una mujer, y yo un chico.

-¿Te gustaba?

–¿Y a quién no?

–Sí, eso es cierto –asintió Octavio–. Una hembra así... Lástima.

–¿Lástima de qué?

–Ya sabes.

–No, no sé. Su padre está loco. No hizo nada para merecer esa

paliza, ni es cierto lo que dicen de ella.

–¿En serio?

–Sí.

–¿Habla el amor o la seguridad? Porque si es el amor... pero si es la seguridad, entonces sí parece que erais muy amigos… y sabes algo.

Tasio se sintió desbordado.

–¿Por qué estáis metidos en esto? –preguntó.

–El señor Rosendo nos pidió ayuda.

–¿A vosotros?

–Sí, naturalmente –le miró con expectación–. No somos una policía paralela, pero cuidamos de nuestra gente y del bien del barrio. Protegemos a los hermanos y las hermanas.

–¿Y para qué quiere que vuelva, para matarla?

–Es su hija, tiene derecho, y estaba con uno que no es de los nuestros.

–Yo también lo estoy –apretó por segunda vez los puños.

–Es distinto.

–¿Qué es distinto, Octavio?

–Nuestras mujeres son nuestras mujeres. Van a ser las madres de nuestros hijos. Ni se van ni queremos que las toquen otras manos.

–¿Y si Lalena quería ser libre?

–Tasio –el chico hizo un gesto de desagrado–, hablas de la libertad como si... no sé, fuera algo sobrenatural.

–No hay nada más importante.

–Sí –Octavio se golpeó la pierna con la mano abierta–. Están la familia, el honor, la dignidad, el respeto, tus hermanos...

–Pareces un programa de ordenador, por Dios. ¡La familia suele ser una cárcel para muchos; el honor es algo que aterra, porque siempre hablan de él los militares que envían tropas a morir en guerras que los políticos se inventan; la dignidad no puede existir sin la libertad; el respeto se alcanza con la honestidad de nuestros actos… ¡Y los hermanos...! ¿De qué hermanos hablas? ¡Se os llena la boca hablando de los hermanos! ¡Eso no son más que excusas para matar a los demás y sembrar miedos y odios!

El coche se detuvo abruptamente. El conductor giró la mitad superior de su cuerpo y lo atravesó con una mirada cargada de acero frío. Era el mayor de todos y lucía una visible cicatriz que le atravesaba la mejilla derecha de arriba abajo.

–Sigue, Ernesto –le ordenó Octavio.

Ernesto no le hizo caso. Continuó inmóvil.

–Sigue –pronunció con sequedad la orden.

El que iba a su lado le dio un golpe con el dorso de la mano. El conductor se tomó su tiempo para situarse de nuevo de cara al volante y arrancar.

–¿Tú le ganaste al rey de los Maches? –rezongó.

La pregunta flotó en el aire.

–En Quito esos no eran más que mierda –dijo Octavio.

El automóvil ganó una inusitada velocidad. Ernesto conducía con ira. Por el espejo retrovisor interior taladró de nuevo a Tasio. Este sostuvo su mirada harto de rendirse.

–Escucha, primo –Octavio se revistió de cansancio–. Hemos de dar con Lalena, ¿de acuerdo?

Tasio no respondió.

–¿Sabes con quién salía? ¿Te dijo un nombre?

–No.

–Si la proteges será peor, tal vez compliques las cosas...

–¡No! –alzó la voz.

El coche se detuvo en un semáforo.

Tasio abrió la puerta y se bajó de él sin decir adiós.

32

El único cliente instalado en la barra era su amigo casi treintañero, el que le había hablado de dignidad días antes. Tenía la boda próxima y aparecía menos por el bar, pero cuando podía se mantenía fiel a sus costumbres. Ni siquiera sabía su nombre. Seguían siendo cliente y camarero. No era un emigrante triunfador, ni siquiera un ecuatoriano diferente, pero lo parecía. Había en él un perpetuo halo de paz y serenidad. Hablaba siempre desde la reflexión y la naturalidad, y le gustaba escucharlo. En ocasiones, sobre todo en su piso, en la casa o en el barrio, a Tasio le parecía que todos vivían igual, hacinados, sometidos al invisible peso de una dura realidad basada en su origen como emigrantes. Pero aquel tipo era diferente. Y desde luego en modo alguno se trataba de un caso aparte, al contrario. Había una comunidad ecuatoriana, ya veterana, trabajando, superando adversidades, abriéndose camino para darle a la siguiente generación una esperanza mayor.

–Cuando quieras te presento alguna muchacha, fuera de aquí –le había dicho un par de días antes.

–No soy un primerizo. Ya tengo a alguien.

–De acuerdo, perdona –se echó a reír el cliente.

Esta vez Tasio no quiso acodarse en la barra y escucharle aprovechando la poca actividad.

Había esperado el momento, no solo ese día, sino también el anterior. Y la oportunidad por fin se presentaba. Encontró a Fausto Quiroga en la trastienda del bar, contando las cajas de cerveza que le quedaban. Amalio atendía a la escasa clientela de primera hora de la tarde, con el sol de verano en todo lo alto invitando a la siesta, no a salir a la calle, aunque fuera para ir a tomarse algo frío al bar.

–Señor Quiroga –lo abordó–, quería pedirle un favor.

–Si quieres que te suba el sueldo, vas listo.

–No se trata de eso.

–Entonces a lo mejor. ¿De qué se trata? –continuó contando las cajas.

–Dentro de un par de semanas necesitaré dejar de venir tres días.

–¿Qué? –logró confundirle y reclamar toda su atención.

–Tres días. Es importante para mí. Y por supuesto no los cobraré, porque necesitará pagar a alguien que me sustituya.

–¡Pues claro que no los cobrarás! –el enfado emergió igual que un corcho sumergido en el fondo de un estanque plácido–. ¿Y para qué diablos quieres tú tres días de vacaciones?

–No son vacaciones, señor Quiroga.

–¡Ni hablar!

–Escuche…

–¡Estamos en verano, hay trabajo!

–Es importante para mí, se lo aseguro. De lo contrario no me atrevería a…

Fausto Quiroga se cruzó de brazos.

–Dime de qué se trata.

–Es que…

–Entonces no. Si quieres, te despides.

–Voy a rodar un anuncio para la televisión –se rindió.

Logró captar algo más su atención.

–¿Que vas a hacer qué?

–Un anuncio.

–¿Tú?

–Sí, ¿qué pasa?

–¿Ahora me has salido figurín?

–Es una oportunidad.

–Para irte de todas formas, claro.

–No se enfade conmigo –casi se lo suplicó.

–¡A mí no me pongas caritas de pena!, ¿eh? ¡Que menudo cuento

tenéis todos! ¡Un anuncio! ¡El guaperas acaba de llegar, va y ya sale por la tele! –lo miró son sorna–. Bueno, al menos si te haces famoso pondré tu foto en el bar y espero que vengan tus fans en peregrinación.

–Que somos cincuenta, señor Quiroga. ¿Cómo quiere que me haga famoso?

–¿Cuánto te pagan?

Se lo dijo, y eso hizo que el hombre alzara las cejas hasta casi más arriba de la frente.

–Estáis locos –suspiró el dueño del bar–. Pero ojalá tuviera yo tu edad.

–¿Entonces me da su permiso?

–Si encuentras a alguien para sustituirte, qué remedio. ¡y que sea honrado o lo muelo a palos!

–No se preocupe.

–¡Oh, sí me preocupo! ¡Vaya si me preocupo!

–Gracias.

La explosión declinó. Fausto Quiroga recuperó su estabilidad. Llevaba unos días algo mal humorado. Amalio decía que la novia estaba de vacaciones y que él la echaba de menos.

No era cuestión de risa.

El amor solía ser siempre complicado, y las ausencias se pagaban.

–Te dije que tarde o temprano te irías –movió la cabeza con pesar el hombre.

–No me voy, sólo serán tres días.

–Te irás. Es ley de vida. Y tú tienes algo que no tienen los demás.

–¿Qué es?

–¿Ahora quieres que te halague la vanidad?

–Venga, hombre.

–Tienes corazón y eres listo –asintió Fausto Quiroga–. Y lo sabes, no me vengas con tonterías.

Todo el mundo creía en él. Apostaba por él. Todos menos él mismo.

A veces eso era un peso.

–En la vida ser listo no siempre lo es todo –repuso.

–Es bastante. Tú trabajas bien, eres honrado, joven, no pierdes el tiempo con tonterías, no te quejas, demuestras tener la cabeza sobre los hombros. Está claro que no tienes nada que ver con esto –abarcó el bar–. Y sabes que me alegraré por ti. Las oportunidades, en la vida, son escasas. Hay que ir a por ellas, y más si se presentan. Aquí tendrás siempre un lugar al que ir pase lo que pase.

–Es usted...

–No lo digas –le detuvo–. Las escenas íntimas, para las novias. De momento soy tu jodido jefe, así que... ¡¿Se puede saber qué estás haciendo aquí, de palique, en lugar de estar detrás del mostrador o en la terraza trabajando?!

33

Se aseguró media docena de veces de que no le seguían. Tomó dos autobuses, un metro, caminó, empleó el triple de tiempo del normal, y todo para convencerse de que estaba solo y de que ninguno de los miembros de Nación Latina iba tras sus pasos. Si hubiera tenido un número de teléfono, la habría llamado, pero lo único que conocía de Víctor eran sus señas, desde el día en que la acompañó en taxi hasta su casa y la dejó en la puerta. Ni siquiera sabía el apellido.

Aunque hubiera podido telefonear a todos los números de la guía referidos a ese edificio y probar suerte.

Cuando se detuvo en el portal chasqueó la lengua impotente.

¿A qué piso llamaba?

Probó suerte con el más alto, el sobreático. Nadie contestó. Siguió con los dos áticos. En el primero, a través del interfono, lo recibió una voz de mujer.

–¿Víctor?

–No –le cortó.

En el segundo la voz fue de hombre, quizás un chico joven.

–¿Víctor?

–¿Estivill o Cortés?

–Solo sé el nombre –reaccionó comprendiendo que, casualmente, allí vivían dos hombres llamados Víctor.

–Estivill es el segundo segunda. Cortés el tercero primera.

Fue al tercer piso y oprimió el botón de la primera puerta.

Entonces escuchó su voz, con aquel acento tan dulce y latino.

–¿Quién es?

–¡Lalena! ¡Soy Tasio, abre!

Un zumbido liberó el cierre de la puerta. Entró en el vestíbulo y no tomó el ascensor, para no perder el tiempo. Subió a la carrera y se encontró a la chica en el rellano. Llevaba una bata que la cubría de arriba abajo. Una bata masculina y nada favorecedora. Pero a ella le bastaba con su rostro, aun estando despeinada y sin arreglar, para mostrar todo su magnetismo. Ni el miedo y la preocupación de verle, contrastando con su alegría, conseguían empañar eso.

–¡Tasio! –lo abrazó con fuerza.

Al comienzo, los primeros días, al conocerla y quedar atrapado por su magia, habría deseado tal vez ese abrazo. Ahora era el de una amiga. Y nunca la cambiaría por Sara.

–¿Cómo estás? –la tranquilizó con un beso en la frente.

–¿Qué haces aquí? ¿Sucede algo?

–¿Estás sola?

–Sí. Víctor trabaja. Todavía no me atrevo a salir a la calle. Ni siquiera tengo ropa... ¡Oh, Tasio! Ven, pasa.

Lo introdujo en el piso, a salvo de miradas ajenas, y lo acompañó hasta la sala comedor, tan grande como dos de las habitaciones de su casa. El piso era antiguo, y tenía muy pocos detalles, como si su dueño llevara poco tiempo en él y todavía no lo hubiese terminado de arreglar o llenar. Para Tasio sin embargo era lo más parecido a un paraíso. Allí vivían solo dos personas. Víctor y ella.

–Qué suerte tienes –ponderó.

Lalena le obligó a sentarse en un sofá. Ella se puso en cuclillas, de cara a él. Le tomó de ambas manos, como la última vez, sentados en el bordillo. Sus piernas quedaron al descubierto al abrirse la bata. En sus ojos vio algo mucho más desnudo que ellas.

Felicidad.

–¡Me alegro tanto de verte! –suspiró la muchacha.

–¿Cómo va todo?

–Con Víctor, de maravilla –sus ojos se iluminaron–. Esto es un sueño, Tasio. ¡Un sueño! Tengo mi casa, mi vida, me siento libre... –una sombra hizo palidecer esa luz–. Pero sé que no he cortado con el pasado, que sigo teniendo una familia, mi padre... Así que... no sé. ¿Cómo está todo por allá?

Decía «allá» como si fuera el confín del mundo.

Tuvo ciertos reparos de decírselo sin más.

–Tu ausencia ha causado mucho revuelo –quiso contemporizar.

–Lo imagino.

–Me preguntaron si sabía dónde estabas.

¡No les dirías...!

–¡No! ¿Por quién me tomas? Me dejaría cortar un brazo antes que revelarles eso.

–Te comprometí –exhaló ella.

–No seas tonta. Que se hayan vuelto locos no significa más que eso.

–¿Por qué dices que se han vuelto locos?

Era el momento.

–Tu padre les ha pedido a los de la Nación Latina que te busquen.

–¡No!

Tasio sostuvo la incredulidad de su mirada.

–Santo Dios... ¡Me encontrarán!

–¿Por qué han de hacerlo? Esto es una ciudad, no un pueblo. Y siempre puedes acudir a la policía.

–¿Y denunciar a los míos? –se sobrecogió ella.

–¡Tu padre te habría matado de una paliza, y puede que aún lo haga si te encuentran, para «lavar su honor» o algo así! No aceptan que estés con un español, ni que te hayas fugado de casa. ¡Si no te permiten ser feliz no son «los tuyos»!

–Siempre lo serán, Tasio. Eso no se borra. Aunque mi padre no me hable, o me odie, nunca dejará de serlo.

–¿Y vivirás con esa cadena?

La muchacha no le respondió.

–Lalena, es horrible vivir con miedo –insistió él.

–No elegimos dónde nacemos, ni quiénes son nuestros padres, ni las condiciones de nuestra vida.

–Eso no es cierto. Podemos elegir esas condiciones. Tarde o

temprano siempre lo hacemos. Quizás no a los catorce, quince o dieciséis años, pero sí después. Tú lo has hecho.

–Yo no he elegido –movió la cabeza con pesar–. No he tenido más remedio que hacer lo que hago. Se trata más bien de supervivencia. ¿Crees que si pudiera conseguir que las cosas fuesen distintas, no lo intentaría?

–No vuelvas a tu casa ahora, Lalena –la previno–. Consolida tu relación con Víctor, y luego enfrentaos los dos juntos a lo que sea.

Ella sonrió con ternura.

–¿De dónde saliste tú tan maduro, amor?

–Yo estoy saliendo con una española –le confesó.

–¿En serio? –los ojos se convirtieron en dos lunas llenas–. ¡Pero Tasio, esto es...! ¡Cuenta, cuenta! ¿Cómo es ella? ¿Dónde la conociste? ¿Cómo se llama? ¡Oh, Tasio...!

Había logrado salvar la situación, superar la gravedad del momento. La tenía encandilada, rendida. Le hablaba de amor a una chica enamorada. La entente perfecta.

Y por otra parte, deseaba compartirlo con ella.

No tenía a nadie más.

–Se llama Sara –comenzó a decir–. Y es lo más bonito y diferente que he visto jamás.

34

No podía dormir.

Sara, Lalena, Octavio, Mauro, la Nación Latina...

¡Qué pronto y rápido había cambiado su vida desde el día que llegó a España!

Y ni siquiera tenía noción de haber hecho nada.

Sólo dejarse llevar.

También se había dejado llevar en Quito, como compañero del amor de Darío por Teresa, como parte indirecta de su drama, como testigo de su asesinato.

Pero, sobre todo, le azuzaba el recuerdo de aquel instante supremo.

Cuando tuvo la vida del rey de los Maches en sus manos.

¿Por qué no lo hizo?

¿Qué le detuvo?

¿Por qué, aun teniendo el cadáver de Darío casi al lado, no había sido capaz de quitarle la vida a quien se la había arrebatado a él?

¿Cobardía?

–No, sabes que no fue eso –musitó en voz alta.

Entonces, ¿cómo llamarlo?

¿Era su amor por la vida, el respeto, la integridad, el hecho de saber que se condenaría por ello aunque la ley nunca lo atrapara?

–No se puede vivir con sangre en las manos –habló de nuevo.

¿Y si los Maches, en lugar de respetar su propio código interno, le hubiesen matado a él?

¿Cómo era morir, no sentir, no estar?

No poder ver ni tocar a Sara.

Intentó castigarse sin saber muy bien por qué y pensó en Alejandra. Quizás ella estuviese llorando en aquel mismo momento en Quito. Por él. Llorando por el amor perdido.

¿Tan rápido la había olvidado?

Se llevó una mano a la frente y la presionó. Las preguntas caían como cuñas aceradas. Casi podía sentirlas en la oscuridad de su espacio robado a la habitación de sus padres. En la casa esa noche reinaba el silencio. Ninguna tos, ningún niño llorando, ningún sexo robado al tiempo. Sólo el silencio y las sombras bajo las cuales se mecían todos los sentimientos.

Alejandra era el amor de la adolescencia.

Y él había dado un gran salto. Sin darse cuenta. Un salto enorme.

Sara representaba el amor del despertar.

Suspiró largamente.

Estaba enamorado.

Así de simple: enamorado.

Increíble.

¿Y por qué, en lugar de cantar, gritar, sentía aquel peso en el pecho?

Lalena estaba en peligro. Sara podía llegar a estarlo. Y también él.

–No eres responsable de lo que le suceda a Lalena –habló por tercera vez.

Pero era su amiga.

Ella lo había ayudado, arriesgándose, aquella noche.

Se preguntó si existiría alguna forma de cerrar el círculo, que la dejaran en paz con su Víctor, y a él con Sara.

No, la perfección no existía.

Aunque sí quedaba la esperanza de rozarla.

Y sabía cómo.

–No lo hagas.

Lo sabía, lo sabía, lo sabía...

Cerró los ojos y buscó el recuerdo de Sara, del beso y la certeza de lo que sentía. Se arropó con ello y destensó sus músculos.

Se durmió deseando soñar con ella.

35

Sara regresó a la habitación, se sentó en la cama y le hizo cosquillas. Tasio se estremeció, pero fue incapaz de moverse y mucho menos de impedir que ella siguiera.

–Continúa –susurró todavía adormilado.

–No sé cómo puedes contenerte –advirtió ella.

–Me gusta.

–Y a mí, pero no puedo dominarme.

–¿En serio? –hizo ademán de cogerla.

–¡No! –la chica se apartó de un salto.

–Oh, vamos, vuelve –se arrepintió al instante de su acción.

–Ah, ah –se negó Sara.

–Ven.

–Levántate.

–Un poco más...

–Levántate –se apoyó en el quicio de la puerta y se cruzó de brazos.

–Tienes las piernas bonitas –dijo él–. Todavía no te las había visto.

–Menudo morro tienes –exclamó.

–¡Pero si es verdad!

–¿Te gustan, en serio? –se las miró.

–Mucho.

–Un poco cortas, ¿no? Y con demasiada cadera, y muslos...

–No seas masoquista.

–Y tú no hables como un tonto enamorado. Una tiene sus limitaciones.

–¿Crees que estoy enamorado?

–No, es un pronto –se puso grave aunque ficticiamente seria.

–¿De verdad?

–Suelo causar este efecto en mis amantes –agitó su cabellera rojiza–. Debo de exudar unas feromonas tremendas, o como se llamen. Y con estos ojos de gata... Caéis como moscas. Y entonces me cubrís de lisonjas. No me veis a mí. Veis lo que queréis ver, lo que anheláis. Es perfecto. Pero yo sigo siendo la misma calabaza de siempre.

–¿Dónde aprendiste a hablar así? –balbuceó él anonadado.

–Leyendo.

–Pues has leído mucho.

–Eso es cierto –convino–. Por lo menos, si no puedes estudiar, lee.

–Ven.

–No, vamos. Es hora de irnos.

–¿Por qué?

–Van a volver mis compañeros de piso, y no quiero darles explicaciones todavía, ni quiero soportar risitas y ese rollo. Después de todo fue un error dejarte subir.

–¿En serio? –no pudo creerlo.

–Sabes que sí.

–No es verdad.

–Tasio...

–¿Qué?

Seguía apoyada en el quicio de la puerta, llevando solamente una camiseta hasta la parte superior de los muslos. La blancura de su piel y la rojez de su pelo contrastaban con la tenue luz de la estancia, así que su imagen tenia algo de fantasmal.

Ante su silencio, fue Tasio el que se levantó.

Ella no se movió. Aguardó a que llegara a su lado, y cerró los ojos cuando él la besó.

Un beso de ternura, lánguido y perezoso, no pasional.

–Vístete –le pidió–. En serio.

–De acuerdo –dijo el chico.

Se apartaron el uno del otro. Sara abrió la ventana del todo y Tasio se dirigió al cuarto de baño. La imagen que le devolvió el espejo fue la de una persona feliz y radiante, alguien que había tocado el cielo con las manos.

Y que seguía en él.

La vida tenía que ser eso. Una suma de factores tan simples como los que sentía. Sencillez, amor, trabajo, lucha...

El miedo brotó de algún lugar a flor de piel.

Un agujero imposible de cerrar.

–Has de pelear por esto –le dijo a su otro yo atrapado en el espejo del baño.

Sara, incluso Lalena.

Pelear.

Y entonces su otro yo del espejo le dijo:

–¿Crees que ellos te dejarán ser libre y feliz, sin más?

Toda su felicidad se desvaneció de un plumazo.

Pelear.

Le harían daño a Lalena. Y si Octavio o Mauro le habían enviado a él a los tres de la paliza, podían hacer lo mismo con Sara.

Ahora tenía algo que perder.

Tasio cerró los ojos.

–¿Qué haces? –oyó la voz de su compañera al otro lado de la puerta.

–Nada –respondió él.

Nada.

Y tenía que hacer algo.

36

Si se sorprendió al verlo aparecer, Octavio no lo demostró. Continuó apoyado en la pared, hablando con una muchacha mulata que llevaba el pelo recogido en la nuca. De tan estirado que lo tenía parecía que la cara se le hubiera ido hacia atrás, alargando sus facciones.

Tasio le hizo una seña, sin acercarse más, y esperó a que él dejara de hablar con ella.

Tardó menos de un minuto.

–¿Primo? –preguntó entre curioso y expectante.

–¿Qué habré de hacer si me uno a la Nación? –fue directo Tasio.

Ahora sí fue un impacto.

Octavio se dominó y trató de que sus palabras fueran normales, sin delatar ningún cambio en su tono de voz.

–Formamos una comunidad. No habrás de hacer nada especial, salvo pagar tu cuota mensual para disponer de fondos en caso de necesidad, ayudar a un hermano, pagar un abogado si hay problemas... Esas cosas.

–¿A qué problemas te refieres?

–Los normales. A veces la policía nos toca los huevos, se detiene a alguno. Los abogados cuestan dinero. Y si alguien va a la cárcel hay que ayudar a la familia.

–¿Por qué habría de ir alguien a la cárcel si formamos una comunidad y nadie hace nada especial?

–Vamos, primo, no empieces con preguntas retorcidas. Hace un año que no pasa nada, no hay problemas. La cosa está calmada. La Nación solo actúa en caso de necesidad.

–¿Y si un día estalla una guerra entre bandas?

–Nos defenderemos. Si hay que pelear, se pelea. Aunque no todos sirven para eso.

–Yo no sirvo para pelear –quiso aclarárselo.

–¿Y lo que hiciste en Quito?

–Fue un accidente.

–Así que has de tener un accidente para luchar.

–¡Habían matado a mi mejor amigo!

Octavio levantó las dos manos formando una pantalla.

–No te enfades. Te cuento lo que hay. No sabes lo feliz que me hace tenerte aquí y que quieras formar parte de la Nación Latina. Pero te repito lo que te he dicho otras veces: necesitamos estar unidos, todos, y ser fuertes, nada más. Nosotros somos la base. Tú deja que los reyes se ocupen de los problemas.

Ya no había vuelta atrás. Sara y Lalena le empujaban.

Sólo por conseguir un poco de tiempo, ya valía la pena.

Probablemente.

–Me haré de la Nación Latina si no os metéis en mi vida.

–¿Y por qué íbamos a meternos en tu vida? –trató de justificarse Octavio–. Es tuya y de nadie más.

–Sabes a qué me refiero.

–¡Puedes meterla en todos los conejitos blancos que quieras!

–Y dejaréis de buscar a Lalena.

Eso no lo esperaba. Le impactó. Octavio se quedó mudo y en suspenso. Tasio aguardó su respuesta sin parpadear, intentando seguir controlando la situación aun sabiendo el terreno resbaladizo por el que pisaba.

–Así que es eso –suspiró su primo.

–No, no es eso. Es únicamente una parte.

–¿Por qué te interesa ella?

–Lo sabes: somos amigos.

–¿Nada más?

–Nada más. La noche de la paliza me ayudó, y descubrieron lo suyo con ese chico con el que sale por este motivo. Estoy en deuda con ella.

Volvió el silencio, prolongado, mantenido por la densidad de sus dos miradas cruzadas.

–No sé qué decirte –Octavio le mostró algo de abatimiento.

–Es muy fácil.

–Pero no está en mi mano. El padre de Lalena fue a ver al rey, y Mauro le prometió ayudarlo. Así están las cosas. ¿Cómo satisfacer a una parte traicionando a la otra?

–Pregúntalo. Lalena por mí.

–¿Y el señor Rosendo qué?

–Dejad de buscarla y le decís a él que ha desaparecido, que se ha ido de la ciudad.

Octavio arrugó sus facciones.

–Es mi condición –dijo Tasio.

–No deberías poner condiciones.

–Lo hago.

Octavio se apartó de su lado y dio dos pasos hacia la izquierda. Luego otros dos hacia atrás. Y dos más rotando sobre sí mismo hasta completar un cuadrado y volver a situarse delante de su primo. Mantuvo la cabeza baja, debatiendo en su interior.

–Me pones en un apuro con Mauro.

Tasio guardó silencio. Todo lo que tenía que decir lo había dicho ya.

Octavio lo atravesó con la mirada.

–Nadie impone condiciones. Es el grupo el que las fija para aceptar a alguien.

La inmovilidad de Tasio lo incomodó.

–¿Sabes la de muchachos que están deseando entrar? –rozó un atisbo de enfurecimiento.

–¿Quieres que hable yo con Mauro? –se ofreció.

–No, lo haré yo.

–Entonces… –se dispuso a irse.

–Espera –lo detuvo Octavio–. ¿Cuándo querrás pasar la prueba?

–¿Qué prueba?

–En la Nación Latina hay unos protocolos de admisión. Has de hacer algo importante para ser admitido.

–Algo… ¿como qué? –preguntó Tasio.

37

Se sentía como si se marchara a la guerra.

Miró su diminuta habitación. La odiaba. No era su casa. No era más que una jaula. Pero aun así le servía de refugio. Allí había crecido noche tras noche desde su llegada a España. Allí había enterrado a Alejandra y había renacido con Sara. Aquel espacio era igual que una cápsula. Y él un astronauta solitario en mitad del infinito. Por eso la sensación de poder perderla se convertía en un halo fantasmal que lo agarrotaba.

Si algo salía mal, aquella noche tal vez no regresaría a casa.

¿Valía la pena?

Sara y Lalena se le aparecieron en la mente.

Las vio, pero no quiso escucharlas.

Salió de los dos sitios, su cubículo y el de sus padres, enfiló el pasillo, rebasó la zona común del piso y los dejó a todos atrás para ir a su trabajo en el bar. Le quedaba el día por delante, y al llegar la noche...

La prueba.

Que extraño eufemismo.

Recordó la parte final del diálogo con Octavio.

–En la Nación Latina hay unos protocolos de admisión. Has de hacer algo importante para ser admitido.

–Algo... ¿como qué?

–Eso te lo dirá Mauro.

–No, Octavio. Dímelo tú.

–¿Por qué?

–Porque no puedo ir a ver a Mauro sin saber de qué va esto.

Su primo se demoró unos segundos.

Hasta rendirse.

–El valor se demuestra de muchas formas –empezó a decir–. Pero el verdadero valor es transgresor, no tiene límites. Esto no es un juego, Tasio. No se trata de llamar a todos los timbres de una escalera y salir corriendo, o subirle las faldas a una chica y bajarle las bragas. No somos niños. Somos hombres. ¿Sabes cuál fue mi prueba? –no esperó a que él le respondiera–. Tuve que robar en una gasolinera. Y resultó... perfecto. Nunca había sentido nada igual, el disparo de la adrenalina en mi cabeza. Un chute. No fue nada, apenas doscientos euros, y la pistola era de juguete –se rió–. ¡De juguete! Pero cuando salí supe que me había probado a mí mismo, y que les había probado a todos mi valor.

–¿Asaltar una gasolinera es probar tu valor? –le había dicho Tasio.

–Sí, porque lo haces por una causa, no por el dinero en sí. Eso es lo de menos. ¡Tasio, en África los chicos matan leones! ¡Probar el valor, la lealtad para con los tuyos, es una forma de madurez!, ¿no te das cuenta?

–¿Y yo qué tendré que robar?

–¡No lo sé! ¡Será cosa de Mauro! ¡Puede que no debas robar nada, pero sí entrar en una casa! ¡O puede que tengas que traernos un coche como presente! ¡Yo qué sé! ¿Tanto te importa?

¿Le importaba?

Estaba comprando la libertad de Lalena, y la de Sara, a cambio de convertirse en esclavo de lo que más odiaba. Y de alguna forma mantenía la secreta esperanza de que todo aquello no fuese más que algo temporal, una circunstancia que desaparecería con el tiempo, lo que tardase en marcharse del barrio, estudiar, empezar una nueva vida...

«Si entras en una banda, ya no sales.»

No quiso compartir sus pensamientos con sus padres o el señor Quiroga. Ni tampoco con Darío.

–Tasio, yo estoy muerto.

Dejó de caminar por la calle y echó a correr.

Iba al bar, al trabajo, pero quiso creer que lo hacia sin rumbo, a

ninguna parte.

Cerró los ojos y cruzó la calzada sin mirar.

El chirriar de unos frenos lo alertó. Volvió a abrirlos y se encontró con el automóvil casi encima. Por la abierta ventanilla el conductor, un hombre impecablemente trajeado, le gritó:

–¡Idiota!

No le hizo caso y siguió corriendo, bajo el sol, con el corazón a mil y los sentidos dispersos.

38

El rito de iniciación, el protocolo de admisión, las diversas formas como lo llamaban, había reunido a dos docenas de acólitos en la casa. Tasio vio a Lorna, a Ernesto, y también a algunos de los chicos que solían ir por el bar. Octavio estaba al lado del rey, el único sentado de todos ellos. Pese a la solemnidad, se le antojó una pantomima, una burda patraña tendente a impresionar a los más jóvenes o inexpertos. Más que una ceremonia iniciática parecían formar parte de una mala película de serie B. Una de vampiros.

Cuando Mauro se puso en pie, cesaron los comentarios en voz baja, las risas o los rumores.

El rey de la Nación Latina se aproximó al candidato.

–Bienvenido, Anastasio Maldonado Cruz –lo saludó.

–¡Bienvenido, Anastasio Maldonado Cruz! –repitieron los demás a coro.

–Estos son tus hermanos y hermanos –los presentó Mauro.

–¡Y tú eres nuestro hermano! –cantaron ellos.

El rey dio otro paso más.

–Desde hoy ya no estarás solo –proclamó–. Te unes a algo más fuerte que la sangre o la vida. Te unes a tu gente y tu raza. Te unes al poder y la fuerza de nuestra Nación Latina.

–¡Larga vida a la Nación Latina! –gritaron los asistentes al acto.

–¿Estás dispuesto a probarte a ti mismo, y a demostrarnos tu valor para ser uno de nosotros, Anastasio Maldonado Cruz? –le preguntó Mauro.

–Lo estoy –habló él por primera vez.

–No te oímos.

–¡Lo estoy! –se vio obligado a alzar la voz.

El rey comenzó a moverse de nuevo. Caminó paso a paso, despacio, alrededor suyo, con las manos detrás de la espalda y la cabeza alta, abarcando a sus adláteres.

–Este candidato a ser uno de los nuestros –les dijo–, ha tentado a la autoridad de esta jefatura –se tomó un par de segundos antes de proseguir–. ¡Nos ha impuesto una condición! –la segunda pausa dramática fue más enervante–. Sólo teniendo en cuenta quién es, lo que hizo en el pasado, y el respeto que, sin embargo, nos demuestra, hemos decidido atender su petición. Pero...

Ya había dado la vuelta entera y estaba de nuevo cara a cara con Tasio.

Muy serio.

Casi feroz.

–En otras circunstancias, Anastasio Maldonado Cruz, sólo deberías probarnos tu valor, arriesgándote en una misión encomendada para ello –los ojos se empequeñecieron antes de repetir–: En otras circunstancias –y las mandíbulas formaron dos ángulos rectos a ambos lados de la cara.

Tasio sintió miedo por primera vez.

–Habrás de cometer delito de sangre –dijo por fin Mauro–. ¿Estás dispuesto?

No lo esperaba, así que se traicionó a sí mismo.

–¿Qué clase de delito de sangre?

–¡¿Estás dispuesto?! –el rey pegó literalmente su cara a la suya.

Tasio miró un poco mas allá de él, a Octavio. Su primo movió ligeramente la cabeza de arriba abajo.

Ya no repitió la pregunta.

No estaba en condición de hacerlo.

–Sí –manifestó intentando demostrar que no estaba asustado.

Sin dejar de mirar al candidato, Mauro alargó su mano derecha. Uno de los miembros de la banda se acercó a él y le puso en ella una navaja. El rey presionó el resorte que liberaba la hoja y esta centelleó en el aire.

–Robarás a una persona –anunció–. Tendrá que ser un hombre, no

una mujer. De entre veinte y cincuenta años, ni un niño ni un anciano. Nos traerás su billetera, para probar que cometiste el robo, y esta hoja manchada, para probar que cometiste el delito de sangre. No vas a matarlo, Tasio. Pero deberás hundirle esta navaja en un brazo, una pierna, y regresar aquí antes de que la sangre se seque en ella. Ahora dime. ¿Estás dispuesto?

No tenía que matar a nadie. No lo hubiera hecho. Ni se lo habrían pedido. Un simple robo. Una simple herida. Y sería feliz con Sara. Y dejarían en paz a Lalena.

Tasio sintió una creciente náusea en su interior.

–Sí –sostuvo.

–¿Estás dispuesto? –gritó el rey.

–¡Sí!

La navaja pasó de la mano de Mauro a la suya.

–Tienes dos horas desde este instante –le dijo él.

La película de serie B acababa de convertirse en una pesadilla real.

39

La noche era esclava de su angustia.

Ya no era un chico que acababa de cumplir los diecisiete, sino un depredador, un animal a la caza, no para comer, sólo para satisfacer un código absurdo. Buscaba una víctima.

Hombre, de entre veinte y cincuenta.

Sentía la navaja en su bolsillo. Le golpeaba rítmicamente la pierna al andar. Y si se detenía, le pesaba. Un pedazo de plomo venciendo su resistencia, arrastrándolo hacia abajo. Nunca había tenido navaja, ni de niño. Un día le dijo a su maestra que su héroe era Gandhi y los demás chicos se rieron de él, aunque la maestra le puso la nota más alta. Le repugnaba la violencia.

Por eso se repugnaba ahora a sí mismo.

–Por Sara. Por Lalena –se repetía tratando de llegar a la catarsis.

Ya no había gente por la calle a aquella hora, y si se dirigía a zonas más concurridas, el peligro sería mayor. Había salido del barrio y se movía por vericuetos desconocidos para él. Intentó memorizar las vías de escape y buscó puntos de referencia.

Quizás no tuviera que hundir demasiado la navaja en la carne.

Un corte superficial, suficiente para empapar toda la hoja.

La envolvería en un pañuelo y...

Vio a una mujer sola, pero le habían prohibido que fuera una mujer. Por dos veces había mirado tras de sí, por si le seguían, pero la noche no era el mejor marco para apreciarlo. Todo eran sombras, portales.

Nada de mujeres.

Dos barrenderos. Imposible. Un hombre esperando el autobús.

Demasiada luz en la parada, sin olvidar el riesgo de que apareciera el transporte antes de terminar la misión.

La misión, extraña palabra.

Tres calles más. Ya llevaba una hora dando vueltas. Y tenía que regresar. Si se demoraba tampoco serviría de nada.

Un perro solitario y abandonado cruzó la calzada.

¿Y si robaba una billetera, pero a quien hería era al perro?

El animal le miró desde la mitad de la calle. Tenía los ojos muy tristes. Sus dueños lo habrían abandonado para irse de vacaciones. Le esperaba la soledad, la perrera, la muerte.

El perro movió la cola.

Y Tasio continuó andando, buscando a su posible víctima en un horizonte cada vez más cerrado y limitado.

Se detuvo al llegar a la siguiente esquina. Casi no pudo creerlo. En medio de la acera, a unos diez metros, vio a un hombre joven, un veinteañero, inmóvil. No había ninguna parada de autobús, ni siquiera un cajero automático en el que aguardara entrar. No había nada.

Tasio introdujo la mano en el bolsillo y agarró la navaja.

Dio un primer paso.

Lo abortó.

De un portal surgió un segundo joven, subiéndose la cremallera del pantalón.

–Eres un cerdo –oyó decir al primero.

–Coño, tú, que no llegaba –se defendió el segundo.

Se alejaron calle abajo y él se apoyó en la pared dominando la inesperada cabalgata de su corazón.

Aunque encontrara el valor para hacerlo, apenas si dispondría de tiempo para volver y eso lo haría sin duda peor, más absurdo.

Cuando reanudó la marcha lo hizo a la desesperada, inundado por la furia. El mundo era un lugar egoísta. También él tenía que serlo. Un poco de sangre y el contratiempo de una billetera robada no eran un precio excesivo para su tranquilidad. Cuando luchó con el rey de los Maches había sentido fuegos incontrolados que ni siquiera sabía que latían bajo su piel.

Cualquier ser humano era ángel y demonio a la vez.

Cordero y lobo.

Lobo.

Se encontró con el vagabundo en el claroscuro de una tienda y se detuvo en seco. La víctima ideal. Un sin techo. Dormía recogido sobre sí mismo, en posición fetal, con la cabeza apoyada en algunas bolsas de plástico, probablemente todo su mundo. Tal vez ni se daría cuenta de la herida. Y más si era superficial.

Tasio volvió a sentir el vértigo.

Pero también aquella voz:

–¿Un sin techo con documentación? ¿Estás seguro? ¿Vas a registrarle, o a inspeccionar esas bolsas llenas de basura buscándola?

Estuvo a punto de gritar.

Y entonces apareció la moto.

Se detuvo a unos quince metros de dónde se encontraba apostado y de la parte posterior saltó una mujer. Se quitó el casco, lo mismo que el piloto, y los dos se fundieron en un abrazo y un largo beso de despedida. No lo repitieron, porque ella parecía tener prisa. Al separarse echó a correr y se metió en el portal.

Su última oportunidad.

Tasio no esperó más. Si el hombre arrancaba y se iba, no tendría ni fuerzas para seguir buscando. Caminó pegado a la pared y al pasar frente al contenedor de una obra agarró un trozo de cascote con la mano derecha. Ahora su cerebro funcionaba rápido, ausente de culpa. Era un autómata obedeciendo a un impulso. Sentía a Sara dentro de sí pero veía la espalda del piloto de la moto a medida que se acercaba a él.

Si se ponía el casco no lo lograría.

Corrió los últimos tres metros para impedirlo y cuando la piedra chocó contra la cabeza del hombre el mundo entero pareció estallar con ella.

40

Se desplomó de forma pesada, inerme. Primero hacia adelante, y después de lado, sobre la parte izquierda de la moto. El casco rebotó en el suelo y rodó un metro antes de precipitarse a los pies del pequeño rectángulo del cual emergía un árbol seco. La máquina no llegó a caer porque para dejar bajar a su novia y poder besarla la había afianzado con el trípode inferior.

Tasio miró el portal.

La mujer ya no estaba allí.

Se arrodilló junto al desvanecido y por primera vez le vio la cara. Tendría unos treinta años, atractivo, cazadora de cuero negro, camisa y corbata, pantalones impecables, aspecto de ejecutivo.

–Lo siento –le dijo.

Pensó que, a lo mejor, el golpe con la piedra le habría abierto una brecha en la cabeza de la cual con suerte manaría un poco de sangre.

Lo examinó.

No había sangre.

El tiempo seguía apremiando, así que no lo perdió con nuevas divagaciones. Primero le registró los bolsillos. La billetera se hallaba en el interior derecho de la cazadora. La abrió y comprobó que el documento nacional de identidad estuviera dentro. Ni siquiera contó el dinero. Se la guardó en el pantalón y entonces sí extrajo la navaja.

Pulsó el resorte.

¿Y si se hacía una herida él mismo?

Un poco de sangre, solo eso. Suficiente.

Le examinarían. Encontrarían el corte. Sería peor.

Se inclinó sobre el cuerpo del caído y tragó saliva. Lo que sentía

ya no era miedo. Era dolor. Un intenso dolor en el pecho que le oprimía el corazón y enviaba ramalazos y zumbidos a su cerebro.

Levantó la navaja.

¿Qué era mejor, un brazo o una pierna?

¿No estaba en la pierna aquella vena tan importante que provocaba el desangramiento de una persona en apenas unos minutos?

–El brazo, el brazo...

Le subió un poco la manga del izquierdo. Lo que pudo. Luego colocó la punta de la hoja en la carne y la presionó un poco.

–Sangra, por Dios... ¡sangra!

Tendría que hacerlo más fuerte, hundirla.

Su mente dio la orden.

Sus músculos no le obedecieron.

O quizás fuera al revés.

Tasio se dejó caer hacia atrás, sobre sus posaderas, junto al cuerpo del motorista. Elevó el rostro al cielo y cerró los ojos sintiéndose perdido.

–Sabía que no podrías.

El sobresalto fue total.

Volvió la cabeza y se encontró con Octavio.

–Eres un mierda, primo –le despreció el chico–. Un mierda y una vergüenza.

–Yo no soy tu primo –musitó él.

–Te lo dije: llevamos la misma sangre, y eso pesa. Somos familia y me avergüenzo de ti.

Tasio cerró los puños. Quería...

–No vas a hacerlo, ¿verdad?

–¿Qué sentido tiene todo esto? –le preguntó.

–En un ejército el capitán da una orden y los soldados no se la cuestionan. Confían en él. Simplemente obedecen, por disciplina.

–No somos un ejército. No somos nada.

–Pínchale, Tasio –ordenó Octavio.

Sabía que ya no podía hacerlo.

–No.

–No voy a dejar que me humilles delante de los demás.

El motorista emitió un leve gemido. Los dos miraron hacia él.

Volvía en sí.

–Tasio, ahora.

–¡No!

Octavio se arrodilló a su lado. Todo fue muy rápido. Le cogió la navaja de la mano y, sin pensárselo dos veces, la hundió en el brazo del hombre, un poco más arriba del codo.

Tasio vio brotar la sangre.

–Dios mío... –gimió.

Su primo la empapó bien. Toda la hoja. Luego la cerró y se la introdujo a él en el bolsillo sin que le importara mancharle. Cuando se incorporó le tendió la mano para ayudarlo.

El coche de la guardia urbana dobló la esquina en ese instante.

–¡Corre, Tasio! –reaccionó Octavio.

Tuvo que seguirle, a la mayor velocidad que sus piernas se lo permitieron, atravesando la noche con la misma facilidad con la que la navaja había atravesado la carne del herido.

41

No les habían visto, pero eso no importaba.

Corrían.

Estaban a salvo, con el mundo por frontera y el barrio por destino.

Corrían.

Octavio iba delante, marcando el camino. Tasio detrás, con el dolor en el pecho y los zumbidos en las sienes. La navaja volvía a pesarle en el bolsillo.

Pensó en arrojarla lejos.

Y comprendió que eso no serviría de nada.

–¡Sí! –oyó gritar a Octavio.

Lo disfrutaba.

En ese momento lo odió más de lo que nunca había odiado a nadie.

Casi tanto como se despreciaba a sí mismo.

¿Era el mismo chico del que se había enamorado Sara?

Recordó su última conversación...

–Eres extraño.

–¿Yo? ¿Por qué?

–A veces rezumas inocencia, y otras... me haces estremecer.

–Tú sí me haces estremecer a mí.

–¿Sabes por qué me acerqué a ti aquel día en la cola?

No encontró una respuesta que pudiera darle.

–Primero pensé que eras muy guapo, una suerte de amante latino, y me dije que me encantaría tener un rollo con alguien así, como tú. Pero luego...

–¿Luego qué?

–Te oí suspirar ante una grosería que uno de los empleados le dijo a una mujer mayor, y vi tu carita de... No sé cómo explicarlo. Pero era muy dulce, y muy tierna. Te habría comido a besos. Entonces comprendí que no eras solo para un rollo.

–Así que fuiste a por mí.

–Fijo.

–¿Y ahora?

Ella lo había besado.

–Como dicen al final de la película *Casablanca*, «creo que este es el comienzo de una hermosa amistad»... y algo más.

Tenía tantas ganas de abrazar a Sara, y pedirle perdón.

Olvidarlo todo junto a ella.

O quizás fuera mejor no parar, perderse, regresar a Quito y olvidar, aunque eso resultase la peor de las cobardías.

Cruzaron los límites del barrio cinco minutos después. No habían dejado de correr. Jadeaban por el esfuerzo. Al dejar atrás la última avenida la velocidad de Octavio menguó.

Y al amparo de la primera calle conocida se detuvo.

Tasio se lo encontró encima inesperadamente.

–Y ahora escucha, primo –lo amenazó con el puño delante de la cara–. Tú esta noche has cumplido, ¿sí? Has robado a un tipo y le has herido para pasar la prueba, ¿de acuerdo? –al comprobar que no había respuesta le gritó–: ¿De acuerdo?

Asintió con la cabeza.

–Yo lo confirmaré –continuó su primo–. Era tu ángel de la guarda y les diré lo que vi, cómo le diste con la piedra, cómo le robaste la billetera y cómo le pinchaste. Sin vacilar.

–Está bien –se rindió.

–Te mataré si me haces perder el respeto de los demás o me llenas de ridículo. Te lo juro, Tasio. Te lo juro.

–Suéltame –le pidió.

No lo hizo. Su mirada se hizo más agresiva.

–Es casi la hora, Octavio –le recordó él.

Fue definitivo.

–Vamos –lo apremió dejándolo ir con todo su desprecio.

42

La noche en la que un nuevo miembro de la Nación Latina ingresaba en la banda, nadie parecía dormir.

Seguían allí, en la casa, dentro y fuera, escuchando música, bailando, hablando, besándose con libertad aquellos que formaban pareja. Un mundo aparte, con sus propias reglas. Una isla en mitad de su propia nada.

Todos se callaron al ver aparecer a Tasio.

Octavio le seguía a unos pocos pasos.

Una mano apagó la música. Cesaron las conversaciones y se separaron los cuerpos. Lo mismo que Moisés atravesando el Mar Rojo, Tasio pasó por entre ellos y no se detuvo hasta la sala en la que se ubicaba la butaca de Mauro, el trono del rey. Por detrás fueron apareciendo los demás, abriéndose por los lados en forma de abanico. Algunos mostraban expectación.

Lorna le lanzó un beso al recién llegado.

Luego le mostró la punta de la lengua.

Mauro miró el reloj.

–Tres minutos –dijo.

No era una pregunta, así que Tasio no respondió al comentario.

–¿Has tenido que ir muy lejos?

–Sí –fue su turno de hablar.

–¿Me muestras la navaja? –extendió la mano con la palma hacia arriba, casi indolente.

Tasio la extrajo del bolsillo. La sangre se lo había manchado, y le impregnó los dedos de la mano. Se la entregó manteniendo la distancia que lo separaba del jefe del grupo.

Mauro pulsó el percutor y la hoja salió disparada hacia afuera.

Miró la sangre.

Extendió la otra mano.

Tasio le entregó la billetera del motorista al que había asaltado.

–José María Rosales Campos –leyó el nombre de su propietario en voz alta.

–¡Teníamos que habernos llevado su moto! –alzó la voz Octavio.

El rey dirigió su mirada hacia él.

–¿Tú lo viste todo? –le preguntó.

–De lejos, sí –asintió el chico.

–¿Y qué tal?

–Le golpeó con una piedra. Cayó como un saco –entrechocó la palma de su mano derecha sobre la de la izquierda–. Luego le quitó la billetera y le pinchó justo a tiempo, porque una patrulla de la guardia urbana...

–¿Por qué no dejas que lo cuente él? –lo detuvo Mauro.

–Es como ha dicho Octavio –lo corroboró Tasio venciendo su último pudor.

Sólo deseaba salir de allí, respirar aire puro.

Quizás ir a casa de Sara a pesar de la hora.

–No pareces muy contento –dijo el rey.

–¿Importa mucho eso?

–Sí.

–No es mi idea de la libertad –se oyó decir a sí mismo.

–¿Y cuál es tu idea de la libertad, hermano?

No supo qué decir. Ya no.

Mauro depositó la billetera del motorista sobre sus piernas para no soltar la navaja que todavía sostenía con la otra mano. Encontró algunos billetes de cinco, diez y veinte euros y los retiró de ella. Se los guardó. Luego le tendió la billetera al acólito que tenía más cerca.

–Hacedla desaparecer –ordenó.

De alguna forma, Tasio supo que algo iba mal.

Y ya era demasiado tarde para hacer nada.

El rey se levantó con la navaja en la mano. Cubrió los tres pasos que le separaban de él con deliberada parsimonia, observando la hoja empañada por la sangre, y se detuvo a menos de un palmo con la misma concentración que parecía dominar el silencio de los demás.

Cuando colocó la punta de la navaja en el cuello de Tasio este se quedó muy quieto.

La punta se hundió en la carne, sin atravesarla.

–Escúchame bien, hijo de puta –lo heló con su voz cadenciosa–. Nadie nos pone condiciones, ¿entiendes? Nadie –se tomó un par de segundos para que sus palabras calaran y apretó un poco más la presión de la navaja en el cuello–. ¿Qué te has creído que es esto, Tasio, una hermandad? ¡Somos la Nación Latina y somos fuertes porque tenemos disciplina, códigos, poder! ¿Entiendes eso? ¡Di!, ¿lo entiendes?

Un hilito de sangre manó del pinchazo ya consumado.

Tasio asintió con la cabeza.

–Ya eres uno de los nuestros –lo saludó Mauro, cambiando el tono–. Enhorabuena. Pero ¿de verdad creías que podías imponernos condiciones?

–Sólo quería...

–¡Cállate!

La navaja penetró un poco más en la carne.

–¡Aquí todos aprendemos, tú, yo, Lalena, todos! ¡Si se quebrantan los códigos, si cedemos, si somos débiles, no somos nada!

Mauro arrojó la navaja al cuello.

Y le hundió su puño derecho en el estómago, con todas sus fuerzas.

Tasio cayó hacia adelante, doblado sobre sí mismo, tratando de llevar aire a sus pulmones. Estaba tan pendiente de las palabras del rey y de la navaja que el puñetazo le había cogido desprevenido. Toda aquella sensación de irrealidad, la búsqueda de una víctima, la acción de Octavio, el regreso a la casa, la reunión con la Nación Latina…, de pronto se convertía en algo sucio y mezquino. Otra clase de trampa, como la que llevó a Darío a la muerte.

–Bienvenido, Tasio –le dijo Mauro desde arriba.

Comenzaron a desfilar, primero el rey, después los demás. Algunos, al pasar por su lado, le dirigieron unas palabras finales.

–Ya aprenderás.

–Serás un buen hermano, seguro.

–Felicidades.

El penúltimo fue Octavio.

–No... sabía nada –farfulló mitad asustado mitad impresionado–. Te juro que no...

Siguió el camino de los demás.

La última en marcharse fue Lorna.

Se agachó frente a él, le tomó el rostro con las dos manos y lo besó en los labios.

No dijo nada.

Solo eso.

Después, Tasio se quedó solo.

43

Las ideas tardaron en concretarse.

Daban vueltas y más vueltas por su cabeza, danzando como el polen que cae de los árboles en primavera y el viento dispersa hasta que, poco a poco, va depositándose en el suelo y allí se queda. No le dolía el estómago. Le dolía el alma.

¿Qué había hecho?

Ni siquiera estaba seguro.

Miró la navaja, caída en tierra de nadie, a un par de metros de él.

Y sin saber por qué la recogió, la cerró y se la guardó en el bolsillo.

Cuando abandonó la casa no había nadie por las inmediaciones. De día no era más que un lugar abandonado. Y ninguna persona del barrio se hubiera atrevido a entrar sin ser un miembro de la Nación Latina. El silencio de la calle era furioso.

Llevaba ecos, risas.

Se pasó una mano por el pinchazo del cuello, nada importante, y caminó por las sombras igual que una rata pegada a la pared. No quería volver a su casa. Y sin embargo no tenía ningún otro lugar al que ir.

Salvo con Sara.

Pensó en llamarla.

Luego desistió.

Le produciría un enorme sobresalto y sería peor, aunque por lo menos con ella tendría el abrazo que necesitaba, la calma y la paz que encontraba a su lado. Y en el fondo no le importaría.

–Eres un niño asustado –apretó los puños.

Recordó el beso de Lorna y escupió al suelo. Recordó la voz de su pobre y estúpido primo y sintió rabia. Pero luego le estallo en la mente la última frase de Mauro, antes de que lo golpeara y le diera la bienvenida.

–¡Aquí todos aprendemos, tú, yo, Lalena, todos! ¡Si se quebrantan los códigos, si cedemos, si somos débiles, no somos nada!

Lalena.

Cerró los ojos y se estremeció.

Cuando volvió a abrirlos vio despuntar el alba por una esquina remota de la ciudad.

En unos minutos apareció por la calle el primer madrugador del día.

Luego un coche.

Un autobús por la calle principal.

Lalena.

Mientras él estaba jugando a ser «un hermano»...

Antes de echar a correr miró el dinero que llevaba en el bolsillo, por si podía coger un taxi. De cualquier forma no vio ninguno, así que le puso la directa a sus piernas. Lo peor seguía siendo la orientación. Todavía se perdía.

Y su aspecto no era el mejor para detener a nadie y preguntar.

Tardó quince minutos en llegar a las inmediaciones de la casa de Víctor. Y en ese tiempo no dejó de correr y correr, como horas antes, con Octavio, al aparecer el coche de la guardia urbana después de asaltar al motorista. Tenía buen fondo, pero los acontecimientos de la noche lo habían agotado emocionalmente. A veces las piernas le parecían de cartón. Otras lo que sentía como tal era el cerebro. Ahora todo se desmenuzaba allá dentro, en plan batidora. Se mezclaban Alejandra, Darío, Sara, Lalena... Su pequeño mundo, agitado hasta el límite en aquellas horas cruciales.

Y él había demostrado ser un estúpido, un inseguro, un héroe de pacotilla retando a la banda para salvar a quien no podía salvar.

La claridad del amanecer ya era una realidad cuando llegó a la calle en la que vivían Víctor y Lalena. Para entonces, la ciudad se había despertado, iniciando su pulso cotidiano.

Se detuvo en el portal, cerrado, y llamó al timbre exterior.Una

vez, dos, tres.

Nadie le abrió desde las alturas.

Tasio se mordió el labio inferior. Lalena tenía que estar allí, salvo que hubiera madrugado para... ¿Para qué?

Sintió impotencia.

Y volvió a llamar, pegando su dedo al pulsador.

–¡Lalena! –le gritó al edificio.

Se apartó de él, miró hacia arriba, caminó unos pasos, regresó. Los siguientes cinco minutos fueron de absoluta crispación. No quería irse. Necesitaba estar seguro de que sus malos presentimientos no eran más que eso, el producto de su nerviosismo. Pero con cada momento de espera la certeza se hacía mayor.

Y con ella el vértigo.

De pronto, cuando menos lo esperaba, la puerta de la calle se abrió y por ella apareció un hombre que llevaba una cartera de piel en la mano. Tasio apenas si tuvo tiempo de volver y detenerla antes de que se cerrara de nuevo.

Subió los escalones de tres en tres y alcanzó la puerta del piso.

La golpeó.

–¡Lalena!

La que se abrió fue la de enfrente, un poco, apenas unos centímetros, quince o veinte segundos después, sin que él dejara de llamar y gritar. Tasio volvió la cabeza y se encontró con la mirada asustada de una mujer. Por el quicio vio su aspecto somnoliento, la bata ajada con la que se cubría.

–La muchacha que vive aquí... –balbuceó él–. Víctor...

La mujer no se confió. Mantuvo la puerta apenas entornada.

–No están –le dijo.

No hizo la siguiente pregunta. No pudo.

–Anoche a ella la asaltaron –continuó la vecina–. Le dieron una paliza brutal y está en el hospital, aquí cerca. No tiene más que salir a la derecha y...

Tasio ya corría escaleras abajo.

44

Víctor se encontraba en la sala de espera de urgencias. Le localizó en seguida. Tenía el cuerpo doblado hacia adelante, los codos hincados en las rodillas y la cabeza apoyada en las manos. No se le veía el rostro. Su imagen era la de la desolación.

Desolación y soledad.

Tasio llegó hasta él. Se quedó de pie delante de él, sin saber qué decir. Su presencia sin embargo fue lo mismo que un grito. Víctor levantó la cabeza, abrió los ojos.

Le vio.

Su reacción fue inesperada.

Saltó como un resorte, agarró a Tasio por la camiseta y girando sobre sí mismo lo empujó contra la pared, con él encima.

–¡¿Qué le habéis hecho, hijos de puta?! ¡¿Y por qué?!

Todas las personas que aguardaban en silencio en la sala de espera miraron hacia ellos, pero ninguna se movió.

–Víctor, no... –apenas si pudo balbucear Tasio.

–¡Joder! –gritó el novio de Lalena mientras le empujaba más y más–. ¡Joder, joder, joder!

Se echó a llorar.

Y con ello la presión cedió, lo mismo que su ira.

Tasio mantuvo silencio unos pocos segundos más.

–Ha sido el barrio, el entorno, la familia, la maldita banda y... –logró decir con voz débil.

–No os entiendo –gimió Víctor–. Nosotros, vosotros... Venimos aquí y, en muchos casos, seguimos formando guetos, nos aislamos,

trazamos fronteras, importamos las mismas guerras que en nuestros países... ¡Yo me salí de mi mierda! ¿Por qué vosotros no?

–No todos somos así –dijo ahora él con firmeza.

Las manos de Víctor cayeron hacia abajo.

Y Tasio pudo hacer la pregunta que más le quemaba.

–¿Cómo está?

Su compañero se derrumbó en el asiento de plástico en el que estaba. La gente dejó de sentir el morbo de su curiosidad, aunque no les perdieron de vista. Tasio ocupó el espacio contiguo, a su izquierda.

–La han masacrado –Víctor tragó saliva–. Ha sido... brutal, tres costillas rotas, el pulmón perforado...

–¿Pero se pondrá bien? –se quedó sin aliento.

Víctor asintió con la cabeza.

Y Tasio llevó aire a sus pulmones.

El silencio se instaló entre ellos apenas medio minuto.

–¿Qué le digo a la policía, Tasio? –preguntó el novio de Lalena.

–¿Vio a alguien?

–No.

–¿Se atreverá a denunciarlos?

–No lo sé. Y sin pruebas...

–¿La quieres?

Víctor le miró con el ceño fruncido.

–¿Qué clase de pregunta es esa?

–¿La quieres? –repitió él.

–¡Pues claro que la quiero! ¡Es toda mi vida!

–Entonces sácala de aquí, llévatela lejos, al otro lado de la ciudad, donde sea, y sed fuertes. Ya no le harán nada. Ha sido un ejemplo, un escarmiento para otras. Pero no será libre mientras esté cerca de toda esa mierda.

Víctor consiguió esbozar una sonrisa.

–Lalena dice que eres muy maduro para tu edad.

–Ella es fantástica.

–Y tú un buen tío, ¿verdad? –suspiró.

–No, no lo soy –reconoció él.

Su compañero le puso una mano en la pierna, con afecto.

–Perdona por lo de hace un minuto –se excusó–. Necesitaba matar a alguien.

–No importa.

Tasio se apoyó en el respaldo. Las sillas de plástico estaban unidas unas con otras y eran muy viejas. Algunas incluso estaban rotas. La gente, ahora ya sí, dejó de mirarlos. Cada cual volvió a su angustia y dolor por el ser que, en alguna parte de urgencias, luchaba por recuperarse. Otras personas llegaban ya y se sumaban a ellas. El día parecía haber comenzado mal para algunos, y para otros el final de la noche se mantenía con toda su incertidumbre.

–¿Puedo verla? –preguntó Tasio.

–No te dejarán. Y tampoco te lo recomiendo.

Aun así se levantó.

Salió de la sala de urgencias. Necesitaba moverse.

No vio a ningún médico o enfermera cerca. Todo el lugar destilaba una tensa calma. Caminó unos pasos hasta el centro de admisiones. Fue antes de llegar cuando aparecieron ellos.

Tres personas, un hombre y dos mujeres.

Una era el padre de Lalena.

Las otras dos, vecinas de su piso.

La escena se congeló en mitad de aquel limbo extraño. Las dos mujeres tenían las manos unidas sobre su vientre. El señor Rosendo parecía haber sido sacudido por un vendaval, pelo revuelto, ojos extraviados, sin afeitar, mal vestido.

Tasio se quedó sin fuerzas.

Agotado.

Iba a dar media vuelta, pero le detuvo la voz del padre de su amiga.

–Yo... no quería esto... –balbuceó.

–¿Y qué quería entonces, señor Rosendo? –le preguntó él.

Le vio desfondarse, hundirse en sí mismo, llorar. Las dos mujeres,

una a cada lado, le sostuvieron. Ambas rehuyeron su última mirada.

No hubo más.

45

Caminó igual que un muerto viviente por la ciudad.

Era un perro apaleado.

Nadie le miró. Nadie le echó un hueso. Nadie le dio una palmada en el hombro ni le dirigió una sonrisa de aliento. Era la soledad absoluta que debió de sentir el primer hombre que puso un pie en la Luna. Todas las distancias eran enormes, sobre todo porque nacían y morían en sí mismo. Se había sentido igual al perder a Darío, pero aquello fue un año antes.

Una eternidad antes.

En otro tiempo y otro lugar.

Caminó hasta su casa, pero al llegar a la calle renunció a subir al piso. Caminó hasta el bar, pero al llegar a la plaza se sintió sin fuerzas para cruzarla y entrar en él, como si nada hubiera sucedido. Caminó hasta el parque renunciando a lo último, ir a ver a Sara.

Aún no era el momento.

Antes...

Se sentó en un banco. El sol ya caldeaba el ambiente estival pero los ancianos de cada día todavía no acudían a su llamada. Tampoco había niños, y mucho menos las parejas de la tarde. Rezumaba una calma cargada de melancolías y presagios.

La navaja volvía a pesarle en el bolsillo.

Sí, antes tenía que hacer una última cosa.

Después, con suerte, podría ir a ver a Sara.

El trabajo para el anuncio de la televisión era en dos días. Un primer paso. Tal vez, ahora, el más decisivo.

Tasio vio su futuro.

El más inmediato.

A cara o cruz.

No se precipitó. Siguió sentado en el banco, pensando, pensando, pensando, buscando las palabras, adecuando su ira y su frustración, calmándose para no caer en la peor de las trampas. Logró atemperar cada acceso de rabia, dominarlo y convertirlo en razón. Finalmente miró sus manos.

Como si en ellas tuviera todas las respuestas.

Su destino.

No supo el tiempo que pasó allí. Una hora, dos o tres. No le importó. En el momento de levantarse conocía el camino. No el de la ciudad, sino el de su mundo interior para alcanzar la paz.

Aunque antes tuviese que librar la última batalla.

46

Tardó una hora y media en encontrar a Mauro.

Vivía en un edificio no muy distinto al suyo, más grande, con más gente, pero con la misma sensación de provisionalidad. Por lo menos no lo hacía con padres o familia. Disponía de su propio piso, aunque compartido con otros miembros de la banda y su chica. Todo esto lo supo mientras lo buscaba.

–Es muy temprano para él –le dijeron.

–¿No fuiste tú el que se inició anoche? ¿Para qué quieres verlo? Se acostó al amanecer –le advirtieron.

–Espera a la noche, y vete a la casa de la Nación Latina –le aconsejaron.

No les hizo caso, y continuó tras su rastro.

Cuando consiguió la pista final y llegó al edificio, abajo se encontró con dos guardias de seguridad.

Era un rey.

–¿A dónde vas? –lo detuvo la torre humana de la izquierda.

–Quiero ver a Mauro.

–Él no quiere verte a ti –la torre humana de la derecha fue bastante directa.

–¿Por qué?

–A esta hora no quiere ver a nadie, hermano.

–Decidle que Tasio está aquí.

–Se lo diremos cuando se despierte.

–Decidle también que es un cobarde y un mierda.

Los dos vigilantes enderezaron la espalda e intercambiaron una mirada difusa.

–¿Estás loco, hermano? –dijo el de la izquierda.

–No soy tu hermano –lo desafió él.

–Está loco –asintió el de la derecha.

–Estaré ahí delante –señaló la acera frontal.

Les dio la espalda y caminó hasta su destino. Se sentó en el bordillo y miró fijamente el edificio, la puerta, a los dos guardias de seguridad. Durante diez minutos no sucedió nada.

Ni se movió nada.

Solo sus miradas, yendo de lado a lado de la calle.

Finalmente uno de ellos, el de la izquierda, abandonó su posición y desapareció en las profundidades de la casa.

La escena se congeló todavía cinco minutos más.

Hasta que apareció Mauro.

Serio.

Muy serio.

Tasio se puso en pie y lo esperó. No fue hacia él. Lo esperó. El rey de la Nación Latina ni se dio cuenta de la provocación. A pesar de la distancia, el sesgo duro de sus mandíbulas apretadas era visible desde allí. Cruzó la calle despacio y se acercó a él.

Se detuvo a un metro.

–¿Te has vuelto loco? –le preguntó.

–No.

–¿Qué quieres?

–A ti.

–Entonces sí estás loco –fue a dar media vuelta Mauro.

–Espera.

–¿Para qué?

–Anoche fui un idiota.

–Sigues siendo un idiota.

–No. Esta mañana ya no. ¿Quién dijo que es mejor morir de pie

que vivir de rodillas?

–¿Quieres morir, Tasio?

–No. Estoy aquí precisamente porque quiero vivir. He venido a decirte que si vuelves a tocar a Lalena te mataré.

–Nadie va a volver a tocar a Lalena –dijo el rey–. En cuanto a lo segundo que has dicho...

–Te mataré –lo reiteró él–. Y por supuesto, si es que ayer gané algo, olvídate de ello. No soy ni seré nunca de ninguna banda.

–Ya no puedes.

–Sí puedo.

–Nadie...

–Podéis darme una paliza, todos, como a ella, cobardemente –lo interrumpió–. O puedes dármela tú, como un hombre. O tal vez te la dé yo a ti. ¿Qué mas da? Sólo será un gesto. Lo importante es que me voy, quería advertirte de cómo están las cosas y que lo supieras.

–No puedo dejarte ir, Tasio –Mauro masticó cada una de sus palabras.

–Entonces...

–Aquellos tres debieron de afectarte el cerebro –cerró los puños.

–Fuisteis vosotros, ¿no? O quizás Octavio, por su cuenta.

Mauro dio un paso hacia él.

Había calculado los movimientos, el ritmo, los gestos, pero se lo encontró encima igual que un toro furioso. No quiso golpearlo, quiso derribarlo, placarlo como si jugaran al *rugby*. El puñetazo de Tasio con la derecha se perdió en el aire. Y el de la izquierda, impotente, ya vencido, impactó en el flanco del agresor de la misma forma que una bocanada de aire impactaría contra un elefante.

El peso de Mauro lo aplastó.

El primer puñetazo le hizo crujir la mandíbula.

El segundo fue una maza dirigida a su plexo solar.

No hubo un tercero.

–No quiero ensuciarme las manos contigo –le escupió el rey.

Se puso en pie. Lo miró desde arriba, seguro, y sonrió por primera vez. Los ojos se llenaron de desprecio. Luego dio media vuelta para

regresar a la casa.

–Tendrás que matarme, Mauro –escuchó la voz de Tasio a su espalda.

Se detuvo.

Tasio volvía a estar de pie.

–Maldito hijo de puta... –suspiró el rey de la Nación Latina.

Ya no fue un ataque sereno, como el primero, sino furioso. Quiso acabar cuanto antes, por la vía rápida. Volvió a cargar como un elefante.

Solo que esta vez, él fue mucho más rápido.

No estaba en España. Estaba en Quito. Darío yacía muerto a pocos metros y aquella bestia lo había matado reventándole la cabeza con un bate de béisbol.

No sabía luchar, pero era rápido.

Y tenía corazón.

Fintó a la derecha, y cuando Mauro se desvió para atraparle lo hizo a la izquierda. Al pasar por su lado, desguarnecido, le descargó las dos manos unidas sobre la nuca.

El rey cayó de forma pesada.

No pudo incorporarse.

Antes de que pudiera reaccionar le tenía encima, con la navaja abierta sobre su garganta.

En los ojos de Mauro aleteó una sensación desconocida.

El miedo.

Los dos guardianes de la casa llegaron hasta ellos, uno por cada lado. Tasio los esperaba. Apretó un poco más la punta de acero sobre el cuello del caído.

–¡Quietos! –los detuvo.

Miraron a su jefe.

–¡He retado al rey! –dijo Tasio–. ¡Me acojo al código!

–¿De qué estás hablando? ¡Ese no es nuestro código! ¡Al rey lo designa el consejo de reyes! –perdió los estribos Mauro, aunque sin moverse por el contacto de la navaja.

–Entonces te mataré porque sí.

–No...

–¡Que se aparten!

Los dos gigantones vacilaron por segunda vez.

–¡Díselo, Mauro! –ordenó él.

El miedo había dado paso a la incomprensión.

–¡Díselo! –gritó.

Mauro hizo un leve gesto con la cabeza.

Fue suficiente para que ambos se retiraran unos metros. Suficientes.

–¿Así que es eso? –volvió a mirarle a él hablando casi entre dientes–. ¿Quieres ser un rey?

–¿Crees que me interesa ser una escoria social?

–¿Entonces qué quieres?

–Te lo he dicho: irme, sin represalias. Se acabó.

–No puedes irte –Mauro cerró los ojos.

–¿Quieres que corra la voz de que te he vencido?

El silencio cayó como una pesada nube sobre ambos.

–Tú no eres un hombre –lo despreció el rey de la Nación Latina.

–Por eso me voy. Y te conviene. A esos dos puedes prohibirles hablar. Nadie se enterará de esto. Sabes que si me quedo será peor. Una china en tu zapato.

La realidad penetraba despacio en la mente del vencido.

–Mauro, ya –le presionó la carne con la punta de la navaja igual que él había hecho la noche anterior.

–¿Cómo estás seguro de que no acabaré contigo?

–Porque si me das tu palabra yo te daré la mía, y eso sí forma parte del código de lealtad, ¿no es así?

–El código es para...

Asomó una gota de sangre en la piel de Mauro.

–¿Tan importante es para ti? –dominó el dolor.

–Sí.

–Estarás solo –le advirtió–. Solo, con tu piel cobriza, tus rasgos indígenas, en un país extraño. Solo y perdido, Tasio.

–Me arriesgaré.

–No podrás volver.

–No lo haré. Pero no podéis tocarme después de esto –retiró la navaja de la garganta y la paseó por delante de sus ojos.

Mauro tragó saliva.

Y Tasio regresó a España, a la realidad. Dejó Quito, el cadáver de Darío, aquel día en el que había querido matar a un ser humano, y a punto estuvo de hacerlo.

–Vete –le dijo el rey.

Ya no tuvo el menor recelo. Por una vez, el código lo amparaba, aunque fuese un absurdo montado para sustentar una estupidez. Apartó la navaja de su objetivo, pulsó el resorte y la cerró. Luego la arrojó a un lado, lejos.

Cuando se levantó, Mauro continuó en el suelo.

Tasio no volvió la cabeza ni una sola vez mientras se alejaba de allí.

Pero vomitó al doblar la esquina y expulsar todo el miedo retenido en su cuerpo.

47

Había llegado a España con apenas una maleta y una bolsa de viaje. Todas sus cosas. Su mundo. Tampoco era demasiado. Se suponía que salía de la miseria para llegar a la abundancia.

Ahora no tenía mucho más.

Cerró la maleta y acomodó el resto en la bolsa. El postrer vistazo fue para su «habitación», aquel reducido cubículo en el que había dormido, que no vivido, las últimas semanas.

Supo que no iba a echarla de menos.

Ni siquiera con un reducido atisbo de nostalgia.

Cerró la puerta y dejó la maleta y la bolsa a los pies de la cama de sus padres. Luego se sentó en ella. Los sonidos del piso, de la casa, eran fuertes dada la hora. Y más con las ventanas abiertas debido al calor. Televisiones, cantos, música, gritos, lloros, voces, peleas... una amalgama de estímulos que le hablaban de la vida.

La vida hacinada de un montón de personas en apenas unos metros cuadrados de espacio en el paraíso.

Abrió y cerró sus manos. Le dolían por el golpe dado en la nuca de Mauro, y sin embargo estaba seguro de que era un precio muy escaso por su libertad.

Aunque nunca escaparía de sus otras cadenas.

Dejó pasar el tiempo. No quiso salir y encontrarse con el resto de los habitantes de la casa antes que con sus padres. No era cosa suya. La única pregunta posible era la antesala de la respuesta que tenía que darles a ellos.

Aunque era una pregunta enorme.

Un mundo.

También pasó del reloj.

No tenía prisa. Necesitaba de aquel momento para convencerse más y más, asentar y aceptar la nueva realidad. El tiempo, de pronto, no contaba tanto como la certeza de los hechos.

Si había ido a España en busca de algo, lo había encontrado.

Esperó, como en el parque, pero sin el peso de la navaja en su bolsillo ni el de su conciencia en el alma.

El primero en aparecer fue él. Entró en la habitación y al verle sólo pudo abrir la boca. La maleta y la bolsa hicieron el resto, con contundencia. La cerró y frunció el ceño.

–Tasio... –exhaló su padre.

–Estoy bien, papá. Ahora sí.

Ella se sumó a la escena riendo por algo que acababan de decirle en el pasillo, despreocupada. Al verlos a los dos hizo lo mismo que su marido, mirar a Tasio, intentar decir una palabra... y reparar en la maleta y la bolsa.

Algo más que un símbolo.

–¡Hijo! –se asustó.

–No vuelvo a casa, mamá –quiso tranquilizarla–. Me quedo aquí, con vosotros, aunque no en el barrio.

–Pero...

–No puedo –impidió que ella intentara encontrar un simple argumento–. Y sé que no vais a retenerme. Confiad en mí.

–¿Qué harás? –quiso saber su padre.

–Lo que vine a hacer. Trabajar, pero también estudiar. Es la única forma de salir adelante y ser mejor, y ayudar a que otros lo sean –dominó la emoción final antes de agregar–: Nunca os sentiréis defraudados, os lo prometo.

Pese a todo, ella estaba pálida.

Derrotada.

–¿A dónde irás? –musitó sin fuerzas.

–Hay una persona, mamá –le confesó el.

–¿Quién?

Y Tasio sonrió por primera vez mientras la abrazaba con todo sus

sentidos.

48

Se lo encontró sentado en el rellano al salir del ascensor.

Primero, se le iluminó la faz. A continuación reparó en el detalle, la maleta, la bolsa.

–¡Tasio!

Se arrodilló frente a él y se abrazaron. Muy fuerte. Tasio le puso una mano en la nuca, para sentirla todavía más. Ella le beso el cuello. Solo cuando dejaron de temblar se separaron unos centímetros.

–Ayúdame, Sara –le pidió.

–¿Qué ha sucedido?

–No quiero rendirme, volver a mi país o quedarme en el barrio. Quiero... luchar aquí, ser libre y ser mejor que ellos. Necesito...

Le tapó los labios con los suyos antes de que rompiera a llorar.

–Tranquilo –susurró mientras se los besaba–. Tranquilo, cariño...

–¿Puedo quedarme contigo?

–¿De verdad? –levantó las dos cejas hasta casi lo imposible.

–Sólo hasta que encuentre algo, puedo dormir donde sea...

Sara le cortó con una carcajada.

–¡Pero qué tonto eres! –exclamó lanzando su grito al aire.

–¿Y si los que viven contigo...?

–¡Estarán encantados!

–Sara...

Volvió a besarlo, a detener sus palabras. Aun así él quiso hablar, como si fuera una necesidad.

–Te prometo…

–Anastasio Maldonado Cruz –se encontró con el dedo índice de la mano derecha de Sara ante sus ojos–. ¿Quieres callarte de una puñetera vez?

Se calló.

Entonces Sara se levantó, sacó las llaves de su bolsa, abrió la puerta y lo miró desde el quicio.

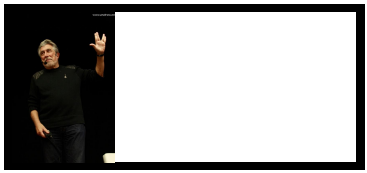
–Bienvenido a casa –fue lo único que le dijo mientras le tendía su mano para que se levantara.

AGRADECIMIENTOS

Mi gratitud a los periodistas y medios informativos que han colaborado indirectamente en la preparación de esta novela, así como a las fuentes de internet. Quiero citar expresamente a José Antonio Hernández, Francisco Javier Barroso, Ferrán Sales, Ester Riu, Adrián Foncillas, Ginger Thompson, Rafael Ruiz, Jordi Soler, Borja Vilaseca y Andrea Aguilar, así como a *El País*, *El Periódico* y *The New York Times*.

No he querido personalizar esta historia de ficción en ninguna banda latina conocida de la actualidad (Mara Salvatrucha, Vatos Locos, Latinos del Fuego, Dominican Don´t Play, Dark Latin Globbers, Latin Kings, Ñetas, La Máquina, Mao Mao, M-13, Mara18, Rancutas, Maters, etc.), para no darles protagonismo ni inducir al lector a creer que si citaba más a una que a otra mostraba preferencias o inclinaciones por una de ellas. Todos los nombres utilizados en la obra son, pues, inventados. No así el marco urbano ni el submundo en que se mueven, con sus códigos y sus leyes propias de cada una de ellas.

Este libro está dedicado a todos aquellos que piensan por sí mismos y a cuantos hispanoamericanos han llegado a España de corazón, para ser uno más entre nosotros.



Jordi Sierra i Fabra (Barcelona 1947) publica su primer libro en 1972. Ha escrito más de 500 obras, ha ganado más de 50 premios literarios a ambos lados del Atlántico y ha sido traducido a 30 lenguas. Cuatro veces candidato al Premio Andersen y cinco al Astrid Lindgren hasta 2022, en 2007 recibió el Nacional de Literatura Infantil y Juvenil y en 2013 el Iberoamericano por el conjunto de su obra. También mereció la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes en 2017 y la Creu de Sant Jordi en 2018. Sus ventas alcanzan los 14 millones de libros en 2022.

Por su compromiso ético y social, en 2004 crea la Fundació Jordi Sierra i Fabra en Barcelona y la Fundación Taller de Letras Jordi Sierra i Fabra en Medellín (Colombia). Desde entonces concede anualmente el premio que lleva su nombre a escritores menores de 18 años. En 2010 sus Fundaciones recibieron el premio internacional Ibby-Asahi de Promoción de la Lectura y en 2015 la Medalla de Honor de Barcelona.

www.lapaginaescrita.com es la revista literaria de las Fundaciones.

Created with Writer2ePub

by Luca Calcinai